

LOS NUEVE LIBROS  
DE LA HISTORIA  
TOMO 7

---

HERODOTO DE  
HALICARNASO

Ediciones **elaleph**.com

Editado por  
**elaleph.com**

© 2000 – Copyright [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)  
Todos los Derechos Reservados

## **LIBRO SÉPTIMO**

### **POLIMNIA.**

Muere Darío haciendo contra la Grecia aprestos militares, que continúa su hijo Jerges: con este objeto hace abrir un canal en el Athos y echar un puente sobre el Helesponto. Orden de marcha del ejército persa de mar y tierra; su número y aumento; naciones que lo componían y generales encargados del mando. -Disputa de Jerges con el lacedemonio Demarato acerca del valor y resistencia de los Griegos. -Pasa revista Jerges a su ejército en Dorisco y se pone en marcha. -Envían los Lacedemonios a Jerges dos heraldos en compensación de los que ellos habían muerto. -Prepáranse los Atenenses a resistir, a pesar de los infaustos oráculos de Delfos. -Los Argivos se niegan a entrar en la confederación

de los Griegos, y Gelon, tirano de Sicilia, lo rehúsa igualmente si no se le da el mando. Los isleños de Corfú tratan de alucinar con promesas a los embajadores, y los de Creta rehúsan también entrar en la confederación. -Abandonan los Griegos la defensa del paso del Olimpo, y se deciden a defender las Termópilas. Número prodigioso de hombres que componían el ejército persa de mar y tierra. -Tempestad que sufre su escuadra. -Ataque de las Termópilas y muerte de Leonidas con los Espartanos. -Decide Jerges continuar su marcha, y avanza contra la Grecia despreciando los consejos de Demarato.

Cuando llegó al rey Darío, hijo de Histaspes, la nueva de la batalla dada en Maraton, hallándole ya altamente prevenido de antemano contra los Atenienses a causa de la sorpresa con que habían entrado en Sardes, acabó entonces de irritarle contra aquellos pueblos, obstinándose más y más en invadir de nuevo la Grecia. Desde luego, despachando correos a las ciudades de sus dominios a fin de que le aprontasen tropas, exigió a cada una un número mayor del que antes le habían dado de galeras, caballos, provisiones y barcas de transporte. En la pre-

vención de estos preparativos se vio agitada por tres años el Asia; y como de todas partes se hiciesen levadas de la mejor tropa en atención a que la guerra había de ser contra los Griegos, sucedió que al cuarto año de aquellos, los Egipcios antes conquistados por Cambises se levantaron contra los Persas, motivo que empeñó mucho más a Darío en hacer la guerra a entrambas naciones.

II. Estando ya Darío para partir a las expediciones de Egipto y Atenas, originóse entre sus hijos una gran contienda sobre quién había de ser nombrado sucesor o príncipe jurado del Imperio, fundándose en una ley de los Persas que ordena que antes de salir el rey a campaña nombre al príncipe que ha de sucederle. Había tenido ya Darío antes de subir al trono tres hijos en la hija de Gobrias, su primera esposa, y después de coronado tuvo cuatro más en la princesa Atosa, hija de Ciro. El mayor de los tres primeros era Artobazanes, y el mayor de los cuatro últimos era Jerges: no siendo hijos de la misma madre, tenían los dos pretensiones a la corona. Fundaba las suyas Artobazanes en el derecho de primogenitura recibido entre todas las naciones, que daba el imperio al que primero había nacido: Jerges, por su parte, alegaba ser hijo de Atosa y nieto de

Ciro, que habla sido el autor de la libertad e imperio de los Persas.

III. Antes que Darío declarase su voluntad, hallándose en la corte por aquel tiempo Demarato, hijo de Ariston, quien depuesto del trono de Esparta y fugitivo de Lacedemonia se había refugiado a Susa para su seguridad, luego que entendió las desavenencias acerca de la sucesión entre los príncipes hijos de Darío, como hombre político fue a verse con Jerges, y, según es fama, le dio el consejo de que a las razones de su pretensión añadiese la otra de haber nacido de Darío siendo ya éste soberano y teniendo el mando sobre los Persas, mientras que al nacer Artobazanes Darío no era rey todavía, sino un mero particular; que por tanto, a ningún otro mejor que a él tocaba de derecho y razón el heredar la soberanía. Añádiale Demarato al aviso que alegase usarse así en Esparta, donde si un padre antes de subir al trono tenía algunos hijos y después de subido al trono le nacía otro príncipe, recaía la sucesión a la corona en el que después naciese. En efecto, valióse Jerges de las razones que Demarato le suministró; y persuadido Darío de la justicia de lo que decía, declaróle por sucesor al imperio; bien es verdad, en mí concepto, que sin la insinuación de De-

marato hubiera recaído la corona en las sienes de Jerges, siendo Atosa la que todo lo podía en el Estado.

IV. Nombrado ya Jerges sucesor del imperio persiano, sólo pensaba Darío en la guerra; pero quiso la fortuna que un año después de la sublevación del Egipto, haciendo sus preparativos, le cogiese la muerte, habiendo reinado 36 años, sin que tuviese la satisfacción de vengarse ni de los Egipcios rebeldes, ni de los Atenenses enemigos.

V. Por la muerte de Darío pasó el cetro a las manos de su hijo Jerges, quien no mostraba al principio de su reinado mucha propensión a llevar las armas contra la Grecia, preparando la expedición solamente contra el Egipto. Hallábase cerca de su persona, y era el que más cabida tenía con él entre todos los Persas, Mardonio, el hijo de Gobrias, primo del mismo Jerges por hijo de una hermana de Darío, quien le habló en estos términos: -«Señor, no parece bien que dejeis sin la correspondiente venganza a los Atenenses, que tanto mal han hecho hasta aquí a los Persas. Muy bien haréis ahora en llevar a cabo la expedición que tenéis entre manos; pero después de abatir el orgullo de Egipto que se nos levantó audazmente, sería yo de parecer que

movieseis las armas contra Atenas, así para conservar en el mundo la reputación debida a vuestra corona, como para que en adelante se guarden todos de invadir vuestros dominios.» Este discurso de Mardonio se ordenaba a la venganza, si bien no dejó de concluirlo con la insinuante cláusula de que la Europa era una bellísima región, poblada de todo género de árboles frutales, sumamente buena para todo, digna, en una palabra, de no tener otro conquistador ni dueño que el rey.

VI. Así hablaba Mardonio, ya por ser amigo de nuevas empresas, ya por la ambición que tenía de llegar a ser virrey de la Grecia. Y en efecto, con el tiempo logró su intento, persuadiendo a Jerges a entrar en la empresa; si bien concurrieron otros accidentes que sirvieron mucha para aquella resolución del persa. Uno de ellos fue el que algunos embajadores de Tesalia, venidos de parte de los Alévadas<sup>1</sup>, convidaban al rey a que viniera contra la Grecia, ofreciéndose de su parte a ayudarle y servirle con todo celo y prontitud, lo que podrían ellos

---

<sup>1</sup> Hijos de Alevas, que gobernaban la Tesalia con sujeción a las leyes de la patria, y que la vendieron al Persa llevados de la ambición y de la avaricia: su familia subsistía aun en Larisa en tiempo de Demóstenes, partidaria de Filipo el Macedonio.

hacer siendo reyes de Tesalia. El otro era que los Pisistrátidas venidos a Susa no sólo confirmaban con mucho empeño las razones de los Alévadas, sino que aún añadían algo más de suyo, por tener consigo al célebre Ateniese Onomácrita, que era adivino y al mismo tiempo intérprete de los oráculos de Museo, con quien antes de refugiarse a Susa habían ellos hecho las paces. Había sido antes Onomácrita echado de Atenas por Hiparco, el hijo de Pisistrato, a causa de que Laso Hermionense le había sorprendido en el acto de ingerir entre los oráculos de Museo uno de cuño propio, acerca de que con el tiempo desaparecerían sumidas en el mar las islas circunvecinas a Lemnos; delito por el cual Hiparco desterró a Onomácrita, habiendo sido antes gran privado suyo. Entonces, pues, habiendo subido con los Pisistrátidas a la corte, siempre que se presentaba a la vista del monarca, delante de quien lo elevaban ellos al cielo con sus elogios, recitaba varios oráculos, y si en alguno veía algo que pronosticase al bárbaro algún tropiezo, pasaba éste en silencio, mientras que, por el contrario, al oráculo que profetizaba felicidades lo escogía y entresacaba, diciendo ser preciso que el Helesponto llevase

un puente hecho por un varón persa, y de un modo semejante iba declarando la expedición.

VII. Así, pues, él adivinando y los hijos de Pisistrato aconsejando, se ganaban al monarca. Persuadido ya Jerges a la guerra contra Grecia, al segundo año de la muerte de Darío dio principio a la jornada contra los sublevados, a quienes, después que hubo rendido y puesto en mucha mayor sujeción el Egipto entero de la que tenía en tiempo de Darío, les dio por virrey a Aquemenes, hijo de aquél y hermano suyo; y éste es aquel Aquemenes que, hallándose con el mando del Egipto, fue muerto algún tiempo después por Inario, hijo de Psamético, natural de la Libia.

VIII. Después de la rendición del Egipto, cuando Jerges estaba ya para mover el ejército contra Atenas, juntó una asamblea extraordinaria de los grandes de la Persia, a fin de oír sus pareceres y de hablar él mismo lo que tenía resuelto. Reunidos ya todos ellos, dijoles así Jerges: -«Magnates de la Persia, no penséis que intente ahora introducir nuevos usos entre vosotros; sigo únicamente los ya introducidos; pues según oigo a los avanzados en edad, jamás, desde que el imperio de los Medos vino a nuestras manos, habiendo Ciro despojado de él a

Astiages, hemos tenido hasta aquí un día de sosiego. No parece sino que Dios así lo ordena echando la bendición a las empresas a que nos aplicamos con empeño y desvelo. No juzgo del caso referiros ahora ni las hazañas de Ciro, ni las de Cambises, ni las que hizo mi propio padre Darío, ni el fruto de ellas en las naciones que conquistaron. De mí puedo decir que, desde que subí al trono, todo mi desvelo ha sido no quedarme atrás a los que en él me precedieran con tanto honor del imperio; antes bien, adquirir a los Persas un poder nada inferior al que ellos te alcanzaron. Y fijando la atención en lo presente, hallo que por una parte hemos añadido lustre a la corona conquistando una provincia ni menor ni inferior a las demás, sino mucho más fértil y rica, y por otra hemos vengado las injurias con una entera satisfacción de la majestad violada. En atención, pues, a esto, he tenido a bien convocaros para daros parte de mis designios actuales. Mi ánimo es, después de construir un puente sobre el Helesponto, conducir mis ejércitos por la Europa contra la Grecia, resuelto a vengar en los Atenenses las injurias que tienen hechas a los Persas y a nuestro padre. Testigos de vista sois vosotros, cómo Darío iba en derecha al frente de sus tropas contra esos hom-

bres insolentes, si bien tuvo el dolor de morir antes de poder vengarse de sus agravios. Mas yo no dejaré las armas de la mano, si primero no veo tomada y entregada al fuego la ciudad de Atenas, que tuvo la osadía de anticipar sus hostilidades, las más inicuas, contra mi padre y contra mí. Bien sabéis que ellos, conducidos antes por Aristágoras el Milesio, aquel esclavo nuestro, llegaron hasta Sardes y pegaron fuego a los bosques sagrados y a los templos; y nadie ignora cómo nos recibieron al desembarcar en sus costas, cuando Datis y Artafernes iban al frente del ejército. Este es el motivo que me precisa a ir contra ellos con mis tropas: y además de esto, cuando me detengo en pensarlo, hallo sumas ventajas en su conquista, tales en realidad que si logramos sujetarles a ellos y a sus vecinos que habitan el país de Pélope el Frigio, no serán ya otros los confines del imperio persiano que los que dividen en la región del aire el firmamento del suelo.

Desde aquel punto no verá el mismo sol otro imperio confinante con el nuestro, porque yo al frente de mis Persas, y en compañía vuestra, corriendo vencedor por toda la Europa, de todos los Estados de ella haré uno sólo, y este mío; pues a lo que tengo entendido, una vez rotas y allanadas las

provincias que llevo dichas, no queda ya Estado, ni ciudad, ni gente alguna capaz de venir a las manos en campo abierto con nuestras tropas. Así lograremos, en fin, poner bajo nuestro dominio, tanto a los que nos tienen ofendidos, como a los que ningún agravio nos han ocasionado. Yo me prometo de vosotros que en la ejecución de estos mis designios haréis que me dé por bien servido, y que en el tiempo que aplazaré para la concurrencia y reseña del ejército, os esmerareis todos en la puntualidad cumpliendo con vuestro deber. Lo que añado es, que honraré con dones y premios, los más preciosos y honoríficos del Estado, al que se presente de vosotros con la gente mejor ordenada y apercebida. Esto es lo que tengo resuelto que se haga; mas para que nadie diga que me gobierno por mis dictámenes particulares, os doy licencia de deliberar sobre la empresa, diciendo su parecer cualquiera de vosotros que quisiere decirlo.» Con esto dio fin a su discurso.

IX. Después del rey tomó Mardonio la palabra: -«Señor, dice, vos sois el mejor Persa, no digo de cuantos hubo hasta aquí, sino de cuantos habrá jamás en lo porvenir. Buena prueba nos da de ello ese vuestro discurso en que campean por una parte la elocuencia y la verdad, y por otra triunfan el honor

y la gloria del imperio, no pudiendo mirar vos con indiferencia que esos Jonios europeos, gente vil y baja, se burlen de nosotros. Insufrible cosa fuera en verdad que los que hicimos con las armas vasallos nuestros a los Sacas, a los Indios, a los Etiopes, a los Asirios, a tantas otras y tan grandes naciones, no porque nos hubiesen ofendido en cosa alguna, sino por querer nosotros extender el imperio, dejásemos sin venganza a los Griegos que han sido los primeros en injuriarnos. ¿Por qué motivo temerles? ¿Qué número de tropas pueden juntar? ¿Qué abundancia de dinero recoger? Bien sabemos su modo de combatir; bien sabemos cuán poco ninguno es su valor. Hijos suyos son esos que llevamos vencidos; esos que viven en nuestros dominios; esos, digo, que se llaman Jonios, Eolios y Dorios. Yo mismo hice ya la prueba de ellos cuando por orden de vuestro padre conduje contra esos hombres un ejército; lo cierto es que internándome hasta la Macedonia y faltándome ya poco para llegar a la misma Atenas, nadie se me presentó en campo de batalla. Oigo decir de los Griegos, que son en la guerra la gente del mundo más falta de consejo, así por la impericia, como por su cortedad. Decláranse la guerra unos a otros, salen a campaña, y para darse la batalla escogen la

llanura más hermosa y despejada que pueden encontrar, de donde no salen sin gran pérdida los mismos vencedores, pues de los vencidos no es menester que hable yo palabra, siendo sabido que quedan aniquilados.

¿Cuánto mejor les fuera, hablando todos la misma lengua, componer sus diferencias por medio de heraldos y mensajeros y venir antes a cualquier convención, que no dar la batalla? Y en caso de llegar a declararse la guerra por precisión, les convendría ver por dónde unos y otros estarían más a cubierto de los tiros del enemigo y acometer por aquel lado. Repito que por este pésimo modo de guerrear, no hubo pueblo alguno griego, cuando penetré hasta la Macedonia, que se atreviese a entrar conmigo en batalla. Y contra vos, señor, ¿quién habrá de ellos que armado os salga al encuentro, cuando os vean venir con todas las fuerzas del Asia por tierra y con todas las naves por agua? No, señor; no ha de llegar a tanto, si no me engaño, el atrevimiento de los Griegos. Pero demos que me engañe en mi opinión, y que faltos ellos de juicio y llenos de su loca presunción no rehúsen la batalla: peleen en mal hora, y aprendan en su ruina que no hay sobre la tierra tropa mejor que la persiana. Menester es hacer prueba

de todo, si todo queremos conseguirlo. Las conveniencias no entran por sí mismas en casa de los mortales: premio suelen ser de los que todo lo experimentan.» Calló Mardonio, habiendo adulado y hablado así al paladar de Jerges.

X. Callaban después los demás Persas, sin que nadie osase proferir un sentimiento contrario al parecer propuesto, cuando Artabano, hijo de Histaspes y tío paterno de Jerges, fiado en este vínculo tan estrecho, habló en los siguientes términos: -«Señor, en una consulta en que no se propongan dictámenes varios y aun entre sí opuestos, no queda al arbitrio medio de elegir el mejor, sino que es preciso seguir el único que se dio; sólo queda lugar a la elección cuando son diversos los pareceres. Sucede en esto lo que en el oro: si una pieza se mira de por sí, no acertamos a decir si es oro puro; pero si la miramos al lado de otra del mismo metal, decidimos luego cuál es el más fino. Bien presente tengo lo que dije a Darío, vuestro padre y hermano mío, que no convenía hacer la guerra a los Escitas, hombres que no tienen morada fija ni ciudad edificada. Mi buen hermano, muy confiado en que iba a domar a los Escitas nómadas, no siguió mi consejo; y lo que sacó de la jornada fue volver atrás, después de perdida

mucha y buena tropa de la que llevaba. Vos, señor, vais a emprender ahora la guerra contra unos hombres que en valor son muy otros que los Escitas, y que por mar y por tierra se dice no tener otros que les igualen. Debo deciros, a fuerza de quien soy, lo que puede temerse de su bravura. Decís que, construido un puente sobre el Helesponto, queréis conducir el ejército por la Europa hacia la Grecia; pero reflexionad, señor, que pues los Griegos tienen fama de valientes, pudiera suceder fuésemos por ellos derrotados, o bien por mar, o bien por tierra, o bien por entrambas partes. No lo digo de ligero, que bien nos lo da a conocer la experiencia; pues que solos los Atenenses derrotaron un ejército tan numeroso como el que, conducido por Datis y Arfarernes entró en el Ática. Peligra, pues, que no tengamos éxito ni por tierra ni por mar. Y ¿cuál no sería nuestra fatalidad, señor, si acometiéndonos, con sus galeras y victoriosos en una batalla naval se fuesen al Helesponto y allí nos cortasen el puente? Este peligro, ni yo lo imagino sin razón, ni lo finjo en mi fantasía, sino que este es el caso en que por poco no nos vimos perdidos cuando vuestro padre, hecho un puente sobre el Bósforo Tracio y otro sobre el Danubio, pasó el ejército contra los Escitas. Entonces

fue cuando ellos no perdonaron diligencia alguna, empeñándose con los Jonios, a cuya custodia se había confiado el puente del Danubio, para que se nos cortase el paso con deshacerlo. Y en efecto, si Histieo, señor de Mileto, siguiera el parecer de los otros, o no se opusiera a todos con el suyo, allí se acabara el imperio de los Persas. Y ¿quién no se horroriza sólo de oír que la salud de toda la monarquía llegó a depender de la voluntad y arbitrio de un hombre sólo? No queráis, pues, ahora, ya que no os fuerza a ello necesidad alguna, poner en consulta si será del caso arriesgarnos a un peligro tan grande como este. Mejor haréis en seguir mi parecer, que es el de despachar ahora, sin tomar ningún acuerdo, este congreso; y después, cuando a vos os pareciere, echando bien, la cuenta a vuestras solas, podéis mandarnos aquello que mejor os cuadre. No hallo cosa más recomendable que una resolución bien deliberada, la cual, aun cuando experimente alguna contrariedad no por eso deja de ser sana y buena igualmente; síguese tan sólo que pudo más la fortuna que la razón. Pero si ayuda la fortuna al que tomó una resolución imprudente, lo que logra éste es dar con un buen hallazgo, sin que deje por ello de ser verdad que fue mala su resolución. ¿No echáis

de ver, por otra parte, cómo fulmina Dios contra los brutos descomunales a quienes no deja ensoberbecer, y de los pequeños no pasa cuidado? ¿No echáis de ver tampoco, cómo lanza sus rayos contra las grandes fábricas y elevados árboles? Ello es que suele y se complace Dios en abatir lo encumbrado; y a este modo suele quedar deshecho un grande ejército por otro pequeño, siempre que ofendido Dios y mirándolo da mal ojo, le infunde miedo o truena sobre su cabeza; accidentes todos que vienen a dar con él miserablemente en el suelo. No permite Dios que nadie se encumbre en su competencia: él sólo es grande de suyo; él sólo quiere parecerlo. Vuelvo al punto y repito que una consulta precipitada lleva consigo el desacierto, del cual suelen nacer grandes males, y que al revés un consejo cuerdo y maduro contiene mil provechos, los cuales por más que desde luego no salten a los ojos, los toca después uno con las manos a su tiempo. Este es, señor, en resolución mi consejo. Pero tú, Mardonio mío, buen hijo de Gobrias, créeme y déjate ya de desatinar contra los Griegos; que no merecen que los trates con tanto desprecio. Tú con esas calumnias y patrañas incitas al rey a la expedición, y todo tu empeño, a lo que parece, está en que se verifique.

Esto no va bien; ningún medio más indigno que el de la calumnia en que dos son los injuriadores y uno el injuriado: injuriador es el que la trama, porque acusa al que no está presente; injuriador asimismo el que te da crédito antes de tenerla bien averiguada. El acusado en ausencia, ese es el injuriado, así por el que le delata reo, como por el que le cree convicto sobre la fe del enemigo. ¿Para qué más razones? Hagamos aquí una propuesta, si tan indispensable sé nos pinta la guerra contra esos hombres. Pidamos al rey que se quiera quedar en palacio entre los Persas. Escoge tú las tropas persianas que quieras, y con un ejército cuan grande le escojas, haz la expedición que pretendes. Aquí están mis hijos, ofrece tú los tuyos, y hagamos la siguiente apuesta: si fuere el que pretendes el éxito de la jornada, convengo en que mates a mis hijos y a mí después de ellos; pero si fuere el que yo pronostico, obligate tú a que los tuyos pasen por lo mismo, y con ellos tú también si vuelves vivo de la expedición. Si no quisieres aceptar el partido y de todas maneras salieres con tu pretensión de conducir las tropas contra la Grecia, desde ahora para entonces digo que alguno de los que por acá quedaren oirá contar de ti, oh Mardonio, que después de una gran derrota de los Persas naci-

da de tu ambición, has sido arrastrado y comido de los perros y aves de rapiña, o en algún campo de los Atenenses, o cuando no, de los Lacedemonios, si no es que antes de llegar allá te salga la muerte al camino, para que aprendas por el hecho contra qué hombres aconsejas al rey que haga la guerra.»

XI. Irritado allí Jerges y lleno de cólera: -«Artabano, le responde, válgate el ser hermano de mi padre; este respeto hará que no lleves tu merecido por ese tu parecer necio e injurioso; si bien desde ahora te hago la gracia ignominiosa de que por cobarde y fementido no me sigas en la jornada que voy a emprender yo contra la Grecia, antes te quedas acá de asiento en compañía de las mujeres, que yo sin la tuya daré fin a la empresa que llevo dicha. Renegara yo de mí mismo y me corriera de ser quien soy, hijo de Darío y descendiente de mis abuelos Histaspes, Arsamenes, Armnes, Telspis y Aquemenes, si no pudiera vengarme a ellos y a mí de los Atenenses; y tanto más por ver bien claro que si los dejamos en paz nosotros los Persas, no dejarán ellos vivir a los Persas en paz, sino que bien pronto nos invadirán nuestros Estados, según nos podemos prometer de sus primeros insultos, cuando moviendo sus armas contra el Asia nos incendia-

ron a Sardes. En suma, ni ellos ni nosotros podemos ya volver atrás del empeño que nos obliga o a la ofensa o a la defensa, hasta que o pase a los Griegos nuestro imperio, o caigan bajo nuestro imperio los Griegos: el odio mutuo no admito ya conciliación alguna. Pide, pues, nuestra reputación que nosotros, antes ofendidos, no dilatemos la venganza, sino que nos adelantemos a ver cuál es la bravura con que nos amenazan, acometiendo con nuestras tropas a unos hombres a quienes Pélope el Frigio, vasallo de nuestros antepasados, de tal manera domó, que hasta hoy día, no sólo los moradores del país, sino aun el país domado, llevan el nombre del domador.» Así habló Jerges.

XII. Vino después la noche y halló a Jerges inquieto y desazonado por el parecer de Artabano, y consultando con ella sobre el asunto, absolutamente se persuadía de que en buena política no debía dirigirse contra la Grecia. En este pensamiento y contraria resolución le cogió el sueño, en que, según refieren los Persas, tuvo aquella noche la siguiente visión: Parecíale a Jerges que un varón alto y bien parecido se le acercaba y le decía: -«Conque, Persa, ¿nada hay ya de lo concertado? ¿No harás ya la expedición contra la Grecia después de la orden dada

a los Persas de juntar un ejército? Sábeta, pues, que ni obras bien en mudar de parecer, ni yo te lo apruebo. Déjate de eso y no vaciles en seguir rectamente el camino como de día lo habías resuelto.»

XIII. Luego que amaneció otro día, sin hacer caso ninguno de su sueño, llamó a junta a los mismos Persas que antes había convocado, y les habló en estos términos: -«Os pido, Persas míos, que disimuléis conmigo si tan presto me veis mudar de parecer. Confieso que no he llegado aún a lo sumo de la prudencia, y os hago saber que no me dejan un punto los que me aconsejan lo que ayer propuse. Lo mismo fue oír el parecer de Artabano que sentir en mis venas un ardor juvenil que me hizo prorrumpir en expresiones insolentes, que contra un varón anciano no debía yo proferir. Reconozco ahora mi falta, y en prueba de ello sigo su parecer. Así que estaos quietos, que yo revoco la orden de hacer la guerra a la Grecia.» Los Persas, llenos de gozo al oír esto, le hicieron una profunda reverencia.

XIV. Otra vez en la noche próxima aconteció a Jerges en cama aquel mismo sueño, hablándole en estos términos: -«Vos, hijo de Darío, parece que habéis retirado ya la orden dada para la jornada de los Persas, no contando más con mis palabras que si

nadie os las hubiera dicho. Pues ahora os aseguro, y de ello no dudéis, que si luego no emprendéis la expedición, os va a suceder en castigo que tan en breve como habéis llegado a ser un grande y poderoso soberano, vendréis a parar en hombre humilde y despreciable.»

XV. Confuso y aturdido Jerges con la visión, salta el punto de la cama y envía un recado a Artabano llamándole a toda prisa, a quien luego de llegado habló en esta forma: -«Visto has, Artabano, cómo yo, aunque llevado de un ímpetu repentino hubiese correspondido a un buen consejo con un ultraje temerario y necio, no dejé pasar con todo mucho tiempo sin que arrepentido te diera la debida satisfacción, resuelto a seguir tu aviso y parecer. ¿Crearás ahora lo que voy a decirte? Quiero y no puedo darte gusto en ello. ¡Cosa singular! después de mudar de opinión, estando ya resuelto a todo lo contrario, vínome un sueño que de ningún modo aprobaba mi última resolución; y lo peor es que entre iras y amenazas acaba de desaparecer ahora mismo. Atiende a lo que he pensado: si Dios es realmente el que tal sueño envía poniendo todo su gusto y conato en que se haga la jornada contra la Grecia, te acometerá sin falta el mismo sueño orde-

nándote lo que a mí. Esto lo podremos probar del modo que he discurrido: toma tú todo mi aparato real, vístete de soberano, sube así y siéntate en mi trono, y después vete a dormir en mi lecho.»

XVI. A estas palabras que acababa Jerges de decir, no se mostraba al principio obediente Artabano, teniéndose por indigno de ocupar el real solio; pero viéndose al fin obligado, hizo lo que se le mandaba, después de haber hablado así: «El mismo aprecio, señor, se merece para mí el que por sí sabe pensar bien, y el que quiere gobernarse por un buen pensamiento ajeno, cuyas dos prendas de prudencia y docilidad las veo en vuestra persona; pero siento que la cabida y el valimiento de ciertos sujetos depravados os desvíen del acierto. Sucédeos lo que al mar, uno de los elementos más útiles al hombre, al cual suele agitar de modo la furia de los vientos, a lo que dicen, que no le dan lugar a que use de su bondad natural para con todos. Por lo que a mí toca, no tuve tanta pena de ver que me trataseis mal de palabra, como de entender vuestro modo de pensar, pues siendo dos los pareceres propuestos en la junta de los Persas, uno que inflamaba la soberbia y violencia del imperio persiano, el otro que la reprimía con decir que era cosa perjudicial acostumbrar el

ánimo a la codicia y ambición perpetua de nuevas conquistas, os declarábais a favor de aquel parecer que de los dos era el más expuesto y peligroso, tanto para vos, como para el Estado de los Persas. Sobre lo que añadís que después de haber mejorado de resolución no queriendo ya enviar las tropas contra la Grecia, os ha venido un sueño de parte de algún dios que no os permite desarmar a los Persas enviándoles a sus casas, dadme licencia, hijo mío, para deciros la verdad, que esto de soñar no es cosa del otro mundo. ¿Queréis que yo, que en tantos años os aventajo, os diga en qué consisten esos sueños que van y vienen para la gente dormida? Sabed que las especies de lo que uno piensa entre día esas son las que de noche comúnmente nos van rodando por la cabeza. Y nosotros cabalmente el día antes no hicimos más que hablar y tratar de dicha expedición. Pero si no es ese sueño como digo, sino que anda en él la mano de alguno de los dioses, habéis dado vos en el blanco, y no hay más que decir; del mismo modo se me presentará a mí que a vos con esa su pretensión. Verdad es que no veo por qué deba venir a visitarme si me visto yo vuestro vestido, y no sí me estoy con el mío; que venga si me echo a dormir en vuestra cama, y no si en la mía,

una vez que absolutamente quiera hacerme la visita; que al cabo no ha de ser tan lerdo y grosero ese tal, sea quien se fuere el que se os dejó ver entre sueños, que por verme a mí con vuestros paños se engañe y me tome por otro. Pero si de mí no hiciere caso, no se dignará venirme a visitar, ora vista yo vuestras ropas, ora las mías, sino que guardará para vos su visita. Mas bien presto lo sabremos todo; hasta yo mismo llegaré a creer que procede de arriba ese sueño si continuase a mentido sus apariciones. Al cabo estamos, si vos así lo tenéis resuelto y no hay lugar para otra cosa; aquí estoy, señor; voyme luego a dormir en vuestra misma cama; veamos si con esto soñaré a lo regio, que sola esta esperanza pudiera inducirme a daros gusto en ello.»

XVII. Pensando Artabano hacer ver a Jerges que nada había en aquello de realidad, después de este discurso, hizo lo que se le decía. Vistióse, en efecto, con el aparato de Jerges, sentóse en el trono real, de allí se fue a la cama, y he aquí que el mismo sueño que había acometido a Jerges carga sobre Artabano, y plantado allí, le dice: «¿Conque tú eres el que con capa de tutor detienes a Jerges para que no mueva las armas contra la Grecia? ¡Infeliz de ti! que ni ahora ni después te alabarás de haber querido

estorbar lo que es preciso que se haga. Bien sabe Jerges lo que le espera si no quisiere obedecer.»

XVIII. Así le pareció a Artabano que te amenazaba el sueño y que en seguida con unos hierros encendidos iba a herirle en los ojos. Da luego un fuerte grito, salta de la cama, y váse corriendo a sentar al lado de Jerges, le cuenta el sueño que acaba de ver, y añádele después: «Yo, señor, como hombre experimentado, teniendo bien presente que muchas veces el que menos puede triunfa de un enemigo superior, no era de parecer que os dejaseis llevar del ardor impetuoso de la juventud, sabiendo cuan perniciosos son en un príncipe el espíritu y los pujos de conquistador, acordándome, por una parte, del infeliz éxito de la expedición de Ciro contra los Masagetas; y también, por otra la que hizo Cambises contra los Etiopes, y habiendo sido yo mismo testigo y compañero de la de Darío contra los Escitas. Gobernado por estas máximas, estaba persuadido de que vos en un gobierno Pacífico ibais a ser de todos celebrado por el príncipe más feliz. Pero, viendo ahora que anda en ello la mano de Dios, que quiere hacer algún ejemplar castigo ya decretado contra los Griegos, varío yo mismo de opinión y sigo vuestro modo de pensar. Bien haréis, pues, en

dar cuenta a los Persas de estos avisos que Dios os da, mandándoles que estén a las primeras órdenes tocantes al aparato de la guerra: procurad que nada falte por vuestra parte con el apoyo del cielo.» Pasados estos discursos y atónitos y suspensos los ánimos de entrambos con la visión, apenas amaneció dio Jerges cuenta de todo a los Persas, y Artabano que había sido antes el único que retardaba la empresa, entonces en presencia de todos la apresuraba.

XIX. Empeñado ya Jerges en aquella jornada, tuvo entre sueños una tercera visión, de la cual informados los magos resolvieron que comprendía aquella a la tierra entera, de suerte que todas las naciones deberían caer bajo el dominio de Jerges. Era esta la visión: soñábase Jerges coronado con un tallo de olivo, del cual salían unas ramas que se extendían por toda la tierra, si bien después se le desaparecía la corona que le ceñía la cabeza. Después que los magos y los Persas congregados aprobaron la interpretación del sueño, partió cada uno de los gobernadores a su respectiva provincia, donde se esmeró cada cual con todo conato en la ejecución de los preparativos, procurando alcanzar los dones y premios propuestos.

XX. Jerges por su parte hizo tales levadas y reclutas para dicha jornada, que no dejó rincón en todo su continente que no escudriñase; pues por espacio de cuatro años enteros, contando desde la toma del Egipto, se estuvo ocupando en prevenir la armada y todo lo necesario para las tropas. En el discurso del año quinto, emprendió sus marchas llevando un ejército numerosísimo, porque de cuantas armadas se tiene noticia, aquella fue sin comparación la que excedió a todas en número. De suerte que en su coitejo en nada debe tenerse la armada de Darío contra los Escitas; en nada aquella de los Escitas, cuando persiguiendo a los Cimerios y dejándose caer sobre la región de la Media, subyugaron a casi toda el Asia superior dueños de su imperio, cuyas injurias fueron las que después pretendió vengar Darío; en nada la que tanto se celebra de los Atridas contra Ilion; en nada, finalmente, la de los Misios y Teucros, anterior a la guerra troyana, quienes después de pasar por el Bósforo a la Europa, conquistados los Tracios, todos bajaron victoriosos hasta el seno Jonio, y llevaron las armas hasta el río Peneo<sup>2</sup>, que corre hacia el Mediodía.

---

<sup>2</sup> Río de la Elida en el Peloponeso, llamado Igiaco al presente.

XXI. Todas estas expediciones juntas, añadidas aun las que fuera de estas se hicieron en todo el mundo, no son dignas de compararse con aquella sola. Porque ¿qué nación del Asia no llevó Jerges contra la Grecia? ¿Qué corriente no agotó aquel ejército, si se exceptúan los más famosos ríos? Unas naciones concurrían con sus galeras, otras venían alistadas en la infantería, otras añadían su caballería a los peones, a estas se les ordenaba que para el transporte de los caballos prestasen sus navíos a las que juntamente militaban, a aquellas que aprontasen barcas largas para la construcción de los puentes, a estas otras que dieron víveres y bastimentos para su conducción. Y por cuanto habían padecido los Persas años atrás un gran naufragio al ir a doblar el cabo de Atos empezóse además, cosa de tres años antes de la presente expedición, a disponer el paso por dicho monte, practicándose del siguiente modo: tenían sus galeras en Eleunte, ciudad del Quersoneso, y desde allí hacían venir soldados de todas naciones, y les obligaban con el látigo en la mano a que abriesen un canal; los unos sucedían a los otros en los trabajos, y los pueblos vecinos al monte Atos entraban también a la parte de la fatiga. Los jefes de las obras eran dos persas principales, el uno Buba-

res, hijo de Megabazo, y el otro Artaquees, hijo de Arteo.

XXII. Es el Atos un gran monte y famoso promontorio que se avanza dentro del mar, todo bien poblado y formando una especie de península, cuyo istmo donde termina el monte unido con el continente viene a ser de 12 estadios. Este istmo es una llanura con algunos no muy altos cerros, que se extiende desde el mar de los Acantios hasta el mar opuesto de Torona<sup>3</sup>, y allí mismo donde termina el monte Atos se halla Sana, ciudad griega. Las ciudades mas acá de Sana que están situadas en lo interior del Atos, y que los Persas pretendían hacer isleñas en vez de ciudades de tierra firme, son Dio, Olofizo, Acrotoon, Tiso, Cleonas, ciudades todas contenidas en el recinto del Atos.

XXIII. El orden y modo de la excavación era en esta forma: repartieron los bárbaros el terreno por naciones, habiéndole medido con un cordel tirado por cerca de la ciudad de Sana. Cuando la fosa abierta era ya profunda, unos en la parte inferior

---

<sup>3</sup> Acanto es al presente Eriso, y Torona Castelrampo, por donde puede conocerse la situación de Sana, colonia de los Andrios, separada de tierra firme por un canal: de las demás poblaciones, todas quizá derruídas, se ignora el nombre moderno.

continuaban cavando, otros colocados en escaleras recibían la tierra que se iba sacando, pasándola de mano en mano hasta llegar a los que estaban más arriba de entrambos, quienes la iban derramando y extendiendo. Así que todas las naciones que turnaban con el trabajo, excepto sólo los Fenicios, tenían doble fatiga, nacida de que la fosa en sus márgenes se cortaba a nivel; porque siendo igual la medida y anchura de ella en la parte de arriba a la de abajo, les era forzoso que el trabajo se duplicase. Pero los Fenicios, así en otras obras, como principalmente en la de este canal, mostraron su ingenio y habilidad; pues habiéndoles cabido en suerte su porción, abrieron el canal en la parte superior, de una anchura dos veces mayor de la que debía tener la excavación; pero al paso que ahondaban en ella, íbanla estrechando, de suerte que al llegar al suelo era su obra igual a la de los otros<sup>4</sup>. Allí cerca había un prado en donde tenían todos su plaza y mercado: les venía también del Asia abundancia de trigo molido.

XXIV. Cuando me paro a pensar en este canal, hallo que Jerges lo mandó abrir para hacer alarde y

---

<sup>4</sup> Es patente que este modo de cavar ahorraba la fatiga de las escalas, y podía continuarse siempre pasando la tierra de

ostentación de su grandeza, queriendo manifestar su poder y dejar de él un monumento; pues pudiendo sus gentes a costa de poco trabajo trasportar sus naves por encima del istmo, mandó con todo abrir aquella fosa que comunicase con el mar, de anchura tal que por ella al par navegaban a remo dos galeras. A estos mismos que tenían a su cuenta el abrir el canal, se les mandó hacer un puente sobre el río Estrimon.

XXV. Al tiempo que se ejecutaban estas obras como mandaba, ibanse aprontando los materiales y cordajes de biblo y de lino blanco para la construcción de los puentes. De ello estaban encargados los Fenicios y Egipcios, como también de conducir bastimentos y víveres al ejército, para que las tropas y también los bagajes que iban a la Grecia no pereciesen de hambre. Informado, pues, Jerges de aquellos países, mandó que se llevasen los víveres a los lugares más oportunos, haciendo que de toda el Asia saliesen urcas y naves de carga, cuáles en una, cuáles en otra dirección. Y si bien es verdad que el almacén principal se hacía en la Tracia en la que

---

mano en mano, llenando con la recién extraída del suelo la mayor abertura de la boca hecha al principio.

llaman *Leuca Acta*<sup>5</sup> (blanca playa), con todo tenían otros orden de conducir los bastimentos a Tirodiza de los Perintios, otros a Dorisco, otros a Eyona sobre el Estrimon, otros a Macedonia.

XXVI. En tanto que estos se aplicaban a sus respectivas tareas, Jerges, al frente de todo su ejército de tierra, habiendo salido de Crítalos, lugar de la Capadocia, donde se había dado la orden de que se juntasen todas las tropas del continente que habían de ir en compañía del rey, marchaba hacia Sardes. Allí en la reseña del ejército no puedo decir cuál de los generales mereció los dones del rey en premio de haber presentado la mejor y más bien arreglada milicia, ni aun sé si entraron en esta competencia los generales. Después de pasar el río Halis continuaba el ejército sus marchas por la Frigia, hasta llegar a Celenas<sup>6</sup>, de donde brotan las fuentes del río Meandro y de otro río no inferior que lleva el nombre de Catarractas, el cual, nacido en la plaza misma de Celenas, va a unirse con el Meandro. En aquella plaza y ciudad se ve colgada

---

<sup>5</sup> Lugar vecino al Istmo del Quersoneso. *Tirodiza* estaba en las costas de Heraclea. Dorisco se llamaba una llanura de Tracia con un fuerte sobre el Hebro.

<sup>6</sup> Sobre las ruinas de esta ciudad creció la famosa Apamea o Cibotos, hoy día Apamiz.

en forma de odre, la piel de Marsias, quien, según cuentan los Frigios, fue desollado por Apolo, que colgó después allí su pellejo.

XXVII. Hubo en esta ciudad un vecino llamado Pitio<sup>7</sup> hijo de Atis, de nación Lydio, quien dio un convite espléndido a toda la armada del rey y al mismo Jerges en persona, ofreciéndose a más de esto a darle dinero para los gastos de la guerra. Oída esta oferta de Pitio, informóse Jerges de los Persas que estaban allí presentes sobre quién era Pitio, y cuántos eran sus haberes, que se atreviese a hacerle tal promesa. -«Señor, le respondieron, este es el que regaló a vuestro padre Darío un plátano y una vid de oro, hombre en efecto que sólo a vos cede en bienes y riqueza, ni conocemos otro que lo iguale.»

XXVIII. Admirado de esto último que acababa Jerges de oír, preguntó él mismo a Pitio cuánto vendría a ser su caudal. -«Señor, le responde Pitio, os hablaré con toda ingenuidad sin ocultaros cosa alguna, y sin excusarme con decir que yo mismo no sé bien lo que tengo sabiéndolo con toda puntualidad. Y lo sé, porque al punto que llegó a mi noticia

---

<sup>7</sup> Este, a quien otros llaman Pites o Piteas, fue un insigne minero. Ni fue éste solo en ofrecer un refresco a todo el

que os disponíais a bajar hacia las costas del mar de la Grecia, queriendo yo haceros un donativo para los gastos de la guerra, saqué mis cuentas, y hallé que tenía 2.000 talentos en plata, y en oro 4 millones, menos 7.000 de stateres dárnicos, cuya suma está toda a vuestra disposición; que para mi subsistencia me sobra con lo que me reeditúan mis posesiones y esclavos.»

XXIV. Así se explicó Pitio, y muy gustoso y complacido Jerges con aquella respuesta, -«Amigo Lydio, le dice, después que partí de la Persia, no he hallado hasta aquí ni quien diera el refrigerio que tú a todo mi ejército, ni quien se me presentara con esa bizarría, ofreciéndose a contribuir con sus donativos a los gastos de la guerra. Tú sólo has sido el vasallo generoso que después de ese magnífico obsequio que has hecho a mis tropas te me has ofrecido con tus copiosos haberes. Ahora, pues, en atención a esos tus beneficios, te hago la gracia de tenerte por amigo y huésped, y después quiero suplirte de mi erario lo que te falta para los 4 millones cabales de stateres, pues no quiero la mengua de 7.000 stateres en esa suma que por mi parte ha de quedar entera y

---

ejército persiano, pues lo mismo hizo cierto Lisitides, según cuenta Diodoro de Sicilia

completa. Mi gusto mayor es que goces de lo que has allegado, y procura portarte siempre como ahora, que esa tu conducta no te estará sino muy bien, ahora y después.»

XXX. Habiendo así hablado y cumplido su promesa, continuó su viaje. Pasado que hubo por una ciudad de los Frigios llamada Anaya, y por cierta laguna de donde se extrae sal, llegó a Colosas<sup>8</sup>, ciudad populosa de la Frigia, donde desaparece el río Lico metido por unos conductos subterráneos, y salido de allí a cosa de cinco estadios, corre también a confundirse con el Meandro. Moviendo el ejército desde Colosas hacia los confines de la Frigia y de la Lydia, llegó a la ciudad de Cidrara, en donde se ve clavada una columna mandada levantar por Creso, en que hay una inscripción que declara dichos confines.

XXXI. Luego que dejando la Frigia entró el ejército por la Lydia, dio con una encrucijada donde el camino se divide en dos, el uno a mano izquierda lleva hacia la Caria, el otro a mano derecha tira hacia Sardes, siguiendo el cual es forzoso pasar el río Meandro y tocar en la ciudad de Calatebo, donde

---

<sup>8</sup> Colosas al presente Cone, a cuya iglesia escribió San Pablo la carta *ad Colossenses*.

hay unos hombres que tienen por oficio hacer miel artificial sacada del tamariz y del trigo. Llevando Jerges este camino, halló un plátano tan lindo, que prendado de su belleza, le regaló un collar de oro, y lo señaló para cuidar de él a uno de los guardias que llamaban los Inmortales; y al día siguiente llegó a la capital de la Lydia.

XXXII. Lo primero que hizo Jerges llegado a Sardes fue destinar embajadores a la Grecia, encargados de pedir que le reconociesen por soberano con la fórmula de pedirles *la tierra y el agua* y con la orden de que preparasen la cena al rey, cuyos embajadores envió Jerges a todas las ciudades de la Grecia menos a Atenas y Lacedemonia. El motivo que tuvo para enviarles fue la esperanza de que atemorizados aquellos que no se habían antes entregado a Darío cuando les pidió la tierra y el agua, se le entregarían entonces; y para salir de esta duda volvió a repetir las embajadas.

XXXIII. Después de estas previas diligencias, disponíase Jerges a mover sus tropas hacia Abidos, mientras que los encargados del puente sobre el Helesponto lo estaban fabricando desde el Asia a la Europa. Corresponde enfrente de Abidos, en el Quersoneso del Helesponto entre las ciudades de

Sesto y Madito<sup>9</sup>, una playa u orilla áspera y quebrada confinante con el mar. Allí fue donde no mucho tiempo después, siendo general de los Atenenses Jantippo, hijo de Arisfron, habiendo hecho prisionero al persa Artaitces, gobernador de Sesto, le hizo empalar vivo, así por varios delitos, como porque llevando algunas mujeres al templo de Protesilao, que está en Eleunte, profanaba con ellas aquel santuario.

XXXIV. Empezando, pues, desde Abidos los ingenieros encargados del puente, ibanle formando con sus barcas, las que por una parte aseguraban los Fenicios con cordaje de lino blanco, y por otra los Egipcios con cordaje de biblo. La distancia de Abidos a la ribera contraria es de siete estadios. Lo que sucedió fue que unidas ya las barcas se levantó una tempestad, que rompiendo todas las maromas deshizo el puente.

XXIXV. Llenó de enojo esta noticia el ánimo de Jerges, quien irritado mandó dar al Helesponto trescientos azotes de buena mano, y arrojar al fondo de él, al mismo tiempo, un par de grillos. Aun tengo

---

<sup>9</sup> Abidos es actualmente uno de los Dardanelos llamado castillo viejo de Netolia; y Sesto, el otro llamado castillo viejo de Romelia. Madito al presente Maitos.

oído más sobre ello, que envió allá unos verdugos para que marcasen al Helesponto<sup>10</sup>. Lo cierto es que ordenó que al tiempo de azotarle le cargasen de baldones y oprobios bárbaros e impíos, diciéndole: -«Agua amarga, este castigo te da el Señor porque te has atrevido contra él, sin haber antes recibido de su parte la menor injuria. Entiéndelo bien, y brama por ello; que el rey Jerges, quieras o no quieras, pasará ahora sobre tí. Con razón veo que nadie te hace sacrificios, pues eres un río pérfido y salado.» Tal castigo mandó ejecutar contra el mar; mas lo peor fue que hizo cortar las cabezas a los oficiales encargados del puente sobre el Helesponto.

XXXVI. Y esta fue la paga que se dio a aquellos ingenieros a quienes se había confiado la negra honra de construir el puente: otros arquitectos fueron señalados, los que lo dispusieron en esta forma: iban ordenando sus *penteconteros* y también sus galeras vecinas entre sí, haciendo de ellas dos líneas: la que estaba del lado del Ponto Enoxino se componía de 360 naves, la otra opuesta del lado Helesponto, de 314; aquella las tenía puestas de travesía, ésta las tenía según la corriente, para que las cuerdas que las

---

<sup>10</sup> Muchos modernos son de opinión que todo este castigo es una de las infinitas fábulas de los Griegos.

ataban se apretasen con la agitación y fluctuación. Ordenados así los barcos, afirmábanlos con áncoras de un tamaño mayor, las unas del lado del Ponto Euxino para resistir a los vientos que soplaran de la parte interior del mismo, las otras del lado de Poniente y del mar Egeo para resistir al Euro y al Noto. Dejaron entre los penteconteros y galeras paso abierto en tres lugares para que por él pudiera navegar el que quisiera con barcas pequeñas hacia el Ponto, y del Ponto hacia fuera. Hecho esto, con unos cabrestantes desde la orilla iban tirando los cables que unían las naves, pero no como antes, cada especie de maromas por sí y por lados diferentes, sino que a cada línea de las naves aplicaban dos cuerdas de lino adobado y cuatro de biblo. Lo recio de ellas venía en todas a ser lo mismo a la vista, si bien por buena razón debían de ser más robustas las de lino, de las cuales pesaba cada codo un talento. Una vez cerrado el paso con las naves unidas, ase-rrando unos grandes tablones, hechos a la medida de la anchura del puente, íbanlos ajustando sobre las maromas tendidas y apretadas encima de las barcas: ordenados así los tablones, trabáronlos otra vez por encima, y hecho esto, los cubrieron de fagina y encima acarrearón tierra. Tiraron después un parapeto

por uno y otro lado del puente, para que no se espantaran las acémilas y caballos viendo el mar debajo.

XXXVII. Después de haber dado fin a la manobra de los puentes, y de llegar al rey el aviso de que estaban hechas todas las obras en el monte Atos, acabada ya la fosa y levantados unos diques a una y otra extremidad de ella, para que cerrado el paso a la avenida del mar, impidieran que se llenasen las bocas del canal, entonces, al empezar la primavera, bien provisto todo el ejército partió de Sardes, en donde había invernado, marchando para Abidos. Al partir la hueste, el sol mismo, dejando en el cielo su asiento, desapareció de la vista de los mortales, sin que se viera nube alguna en la región del aire, por entonces serenísima, de suerte que el día se convirtió en noche. Jerges que lo vio y reparó en ello, entró en gran cuidado y suspensión, y preguntó a sus magos qué significaba aquel portento. Respondieron que aquel dios anunciaba a los Griegos la desolación de sus ciudades, dando por razón que el sol era el pronosticador de los Griegos<sup>11</sup> y la luna la

---

<sup>11</sup> Niegan los insignes astrónomos que fuera esta oscuridad eclipse solar. Del modo de hablar de Herodoto infiérese que

Profetisa de los Persas. Alegre sobremanera Jerges con esta declaración, iba continuando sus marchas.

XXXVIII. En el momento de marchar las tropas, asombrado Pitio el Lydio con aquel prodigio del cielo, y confiado en los dones recibidos del soberano, no dudó en presentarse a Jerges y hablarle en esta forma: «¡Si tuvierais, señor, la bondad de concederme una gracia que mucho deseara yo lograr!... El hacérmela os es de poca consideración y a mí de mucha cuenta el obtenerla.» Jerges, que nada menos pensaba que hubiese de pedirle lo que Pitio pretendía, díjole estar ya concedida la gracia y que dijera su petición. Con tal respuesta animóse Pitio a decirle: «Señor, cinco hijos tengo, y a los cinco les ha cabido la suerte de acompañaros en esa expedición contra la Grecia. Quisiera que, compadecido de la avanzada edad en que me veis, dieseis licencia al primogénito para que, exento de la milicia, se quedase en casa a fin de cuidar de mí y de mi hacienda. Vayan en buen hora los otros cuatro; llevadlos en vuestro ejército; así Dios, cumplidos vuestros deseos, os dé una vuelta gloriosa.»

---

o no era buen astrónomo, ignorando la causa del eclipse, o que quería parecer más trágico que matemático.

XXXIX. Mucho fue lo que se irritó Jerges con la súplica, y le respondió en estos términos: «¿Cómo tú, hombre ruin, viendo que yo en persona hago esta jornada contra la Grecia, que conduzco a mis hermanos, a mis familiares y amigos, te has atrevido a hacer mención de ese tu hijo que, siendo mi esclavo, debería en ella acompañarme con toda su familia y aun su misma esposa? Quiero que sepas, si lo ignorabas todavía, que es menester mirar cómo se habla, pues en los oídos mismos reside el alma, la cual, cuando se habla bien, da parte de su gusto a todo el cuerpo, y cuando mal, se entumece e irrita. Al mostrarme tú liberal, hablando como debías, no te pudiste alabar de haber sido más bizarro de palabra de lo que tu soberano fue magnífico por obra. Mas ahora que te me presentas con una súplica desvergonzada, si bien no llevarás todo tu merecido, no dejarás con todo de pagar parte de tu castigo. Agrádecélo a los servicios con que de huéspedes nos trataste, que ellos son los que a tí y a cuatro de tus hijos os libran de mis manos: sólo te condeno a perder ese solo por quien muestras tanto cariño y predilección.» Acabada de dar esta respuesta, dio orden a los ejecutores ordinarios de los suplicios que fuesen al punto a buscar al hijo primogénito de

Pitio, y hallado le partiesen por medio en dos partes, y luego pusiesen una mitad del cuerpo en el camino público a mano derecha, y la otra a mano izquierda, y que entre ellas pasase el ejército.

XL. Ejecutada así la sentencia, iba desfilando por allí la armada. Marchaban delante los bagajeros con todas las recuas y bestias de carga; detrás de estos venían sin separación alguna las brigadas de todas las naciones, las que componían más de una mitad del ejército. A cierta distancia, puesto que no podían acercarse al rey dichas brigadas, venían delante del soberano mil soldados de a caballo, la flor de los Persas: seguíanles mil alabarderos, gente asimismo la más gallarda del ejército, que llevaban las lanzas con la punta hacia tierra. Luego se veían diez caballos muy ricamente adornados, a los que llaman los sagrados Niseos; y la causa de ser así llamados es porque en la Media hay una llanura conocida por Nisa<sup>12</sup>, de la cual toman el nombre los grandes caballos que en ella se crían. Inmediato a estos diez caballos se dejaba ver el sagrado carro de Júpiter, tirado de ocho blancos caballos, en pos de los cuales venía a pie el cochero con las riendas en la ma-

---

<sup>12</sup> Cerca de las puertas Caspias caía este campo y la ciudad de Nisa que le daba el nombre y que lleva ahora el de Talkatan.

no, pues ningún hombre mortal puede subir sobre aquel trono sacro. Venía en seguida el mismo Jerges sentado en su carroza tirada de caballos Niseos, a cuyo lado iba a pié el cochero, el cual era un hijo de Otanes, Persa principal, llamado Patirampes.

XLI. De este modo salió Jerges de Sardes, pero en el camino, cuando le venía en voluntad, dejando su carro pasaba a su carroza o *harmamaxa*<sup>13</sup>: a sus espaldas venían mil alabarderos, los más valientes y nobles de todos los Persas, que traían sus lanzas, según suelen, levantadas. Seguía luego otro escuadrón de caballería escogida compuesto de mil Persas, y detrás de él marchaba un cuerpo de la mejor infantería, que constaba de diez mil. Mil de ellos iban cerrando alrededor todo aquel cuerpo, los cuales en vez de puntas de hierro llevaban en su lanza unas granadas de oro, los restantes nueve mil, que iban dentro de aquel cuadro llevaban en las lanzas granadas de plata. Granadas de oro traían asimismo los que dijimos que iban con las lanzas vueltas hacia tierra y los más inmediatos a Jerges. Seguía a este cuerpo de diez mil, otro cuerpo

---

<sup>13</sup> Era la *harmamaxa* una especie de carroza muy cómoda destinada para las reinas persas.

también de diez mil de caballería persiana; quedaba después un intervalo de dos estadios.

XLII. En esta forma marchó el ejército desde la Lidia hacia el río Caico<sup>14</sup>, en la provincia de la Misia, desde el cual, llevando a mano derecha el monte Canes, se encaminó pasando por Atarnes a la ciudad Carina, y de allí haciendo su camino por la llanura de Teba, por la ciudad de Tramitio y por Antandro, ciudad de los Pelasgos, y dejando a su mano izquierda al Ida, llegó a la región Iliada. Lo primero que allí le sucedió fue que, haciendo noche a las raíces del monte Ida, sobrevinieron al ejército tantos truenos y rayos que dejaron allí mismo mucha gente muerta. Moviendo después el ejército hacia el Escamandro, que fue el primer río con quien dieron en el camino después de salidos de Sardes, secaron sus corrientes, no bastando el agua para la gente y bagaje.

XLIII. Habiendo llegado Jerges a dicho río, movido de curiosidad quiso subir a ver a Pérgamo, la capital de Príamo. Registróla y se informó particularmente de todo, y después mandó sacrificar mil

---

<sup>14</sup> Al Presente Girmasti, Castri, o Chiai, tanta es la variedad de sus nombres: el monte Canes es un promontorio enfrente de Lesbos.

bueyes a Minerva Iliada. No dejaron sus magos de hacer libaciones en honor de los héroes del lugar<sup>15</sup>. Apoderóse del ejército aquella noche un gran terror. Al hacerse de día emprendió su camino dejando a la izquierda las ciudades de Retio y Dárdano, que está confinante con Abidos; y a la derecha la de Gergitas, colonia de los Teucros.

XLIV. Estando ya Jerges en Abidos, quiso ver reunido a todo su ejército. Habían levantado los Abidenos encima de un cerro, conforme a la orden que les había dado, un trono primorosamente hecho de mármol blanco, allí cerca de la ciudad. Sentado en él Jerges, estaba contemplando todo su ejército de mar y tierra esparcido por aquella playa. Este espectáculo despertó en él la curiosidad de ver un remedo de una batalla naval, y se hizo allí una naumaquia en que vencieron los Fenicios de Sidon. Quedó el rey tan complacido por el simulacro del combate como por la vista de la armada.

XLV. Sucedió, pues, que viendo Jerges todo el Helesponto cubierto de naves, y llenas asimismo de hombres todas las playas y todas las campiñas de los Abidenos, aunque primero se tuvo por el mortal

---

<sup>15</sup> De este y otros lugares de Herodoto se ve que los Persas ya no veneraban únicamente al sol.

más feliz y de tal se alabó, poco después prorrumpió él mismo en un gran llanto.

XLVI. Viendo aquello Artabano, su tío paterno, el mismo que antes con un parecer franco e ingenuo había desaconsejado al rey la expedición contra la Grecia; viendo, pues, aquel gran varón que lloraba Jerges, -«Señor, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿cuánto va de lo que hacéis ahora a lo que poco antes hacíais? ¡Poco ha feliz en vuestra opinión, al presente lloráis!- No lo admire, replicóle Jerges, pues al contemplar mi armada me ha sobrecogido un afecto de compasión, doliéndome de lo breve que es la vida de los mortales, y pensando que de tanta muchedumbre de gente ni uno sólo quedará al cabo de cien años.» A lo cual respondió Artabano: -«Aun no es ello lo peor y lo más digno de compasión en la vida humana; pues, siendo tan breve como es, nadie hubo hasta ahora tan afortunado, ni de los que ahí veis, ni de otros hombres algunos, que no haya deseado, no digo una sino muchas veces, la muerte antes que la vida; que las calamidades que a esta asaltan y las enfermedades que la perturban, por más breve que ella sea, nos la hacen parecer sobrado duradera; en tanto grado, señor, que la muerte misma llega a desearse como un puerto y

refugio en que se dé fin a vida tan miserable y trabajosa. No sé si diga que por la aversión que Dios nos tiene nos da una píldora venenosa dorada con esa dulzura que nos pone en las cosas del mundo.»

XLVII. A todo esto replicóle Jerges: «Lo mejor será, Artabano, que pues nos vemos ahora en el mayor auge de la fortuna, nos dejemos de filosofar acerca de la condición y vida humana tal como la pintas, sin que hagamos otra mención de sus miserias. Lo que de tí quiero saber es, si a no haber tenido antes entre sueños aquella visión tan clara, te afirmarías aun en tu primer sentimiento, disuadiéndome la guerra contra la Grecia, o si mudaras de opinión: dímelo, te ruego, francamente. -Señor, le responde Artabano, ¡quiera Dios que la visión entre sueños tenga el éxito que ambos deseamos! De mí puedo decir que me siento hasta aquí tan lleno de miedo, que me hallo fuera de mí mismo, no sólo por mil motivos que callo, sino principalmente porque veo que dos cosas de la mayor importancia nos son contrarias en esta guerra.»

XLVIII. «¡Hombre singular! interrumpióle Jerges, ¿qué significas con esa salida? ¿No me dirías qué cosas son esas dos que tan contrarias me son? Dime: ¿caso el ejército por corto te parece despre-

ciable, creyendo que el de los Griegos ha de ser sin comparación mucho más numeroso? ¿o acaso nuestra armada será inferior a la suya? ¿o en una y otra nos han de dar ellos ventaja? Si nuestras fuerzas que ahí ves te parecen escasas para la empresa, voy a dar orden al punto que se levante un ejército mayor.»

XLIX. A esto repuso Artabano: -«¿Quién, señor, sino un hombre insensato podrá tener en poco ni ese número sinnúmero de tropas, ni esa multitud infinita de naves? No es eso lo que pretendía; antes digo que si acrecentáis el número, añadiréis peso y valor a aquellas dos cosas que mayor guerra nos hacen: y ya que os empeñáis en saberlo, son estas: la tierra y el mar. No hay en todo el mar, a lo que imagino, un puerto que en caso de tempestad sea capaz de abrigar tan grande armada y de poner tanta nave fuera de peligro; y lo peor que de nada nos sirviera un puerto tal, si lo hubiera únicamente en alguna parte, pues nosotros lo necesitáramos en todas las playas de tierra firme donde nos encaminásemos. Ved, pues, señor, cómo por falta de puertos capaces están nuestras fuerzas al arbitrio de la fortuna enemiga y no la fortuna al arbitrio de nuestras fuerzas. Dicha la una de las cosas contrarias, voy a mostra-

ros la otra. La misma tierra os hará una guerra tal, que aun cuando no os oponga fuerzas ningunas, se os mostrará tanto más enemiga, cuanto más os internareis en ella, conquistando siempre más y más países al modo de los hombres que nunca saben moderar su ambición poniendo limites a la próspera fortuna. Con esto significo que al paso que se aumenta la tierra subyugada empleando más largo tiempo en las conquistas, a ese mismo paso se nos irá introduciendo el hambre. Esto bueno es tenerlo previsto; pues claro está que aquel debe pasar por mejor político, a quien en la consulta impone temor todo lo que prevé que podría salirle mal y a quien en la ejecución nada le acobarda.»

L. Respondió Jerges por su parte: -«No puede negarse, Artabano, que hablas en todo con juicio, si bien no debe temerse todo lo que puede suceder, ni contar igualmente con ello, pues el que en la deliberación de todos los casos que se van ofreciendo quisiese siempre atenerse a cualquier razón en contrario, ese tal jamás haría cosa da provecho. Vale más que, lleno siempre de ánimo, se exponga uno a que no lo salgan bien la mitad de sus empresas, que no el que lleno siempre de miedo y sin emprender cosa jamás, no tenga mal éxito en nada. Aun hay

más: que si uno porfia contra lo que otro dice y no da por su parte una razón convincente que asegure su parecer, éste no se expone menos a errar que su contrario, pues corren los dos parejos en aquello. Soy de opinión que ningún hombre mortal es capaz de dar un expediente que nos asegure de lo que ha de suceder. En suma, la fortuna por lo común se declara a favor de quien se expone a la empresa, y no de quien en todo pone reparos y a nada se atreve. ¿Ves a qué punto de poder ha llegado felizmente el imperio de los Persas? Pues dígame que si los reyes mis predecesores hubieran pensado como tú, o al menos se hubieran dejado regir por unos consejeros de tu mismo humor, jamás vieran el Estado tan floreciente y poderoso. Pero ellos se arrojaron a los peligros, y su osadía engrandeció el imperio; que con grandes peligros se acaban las grandes empresas. Emulo yo, pues, de sus proezas, emprendo la expedición en la mejor estación del año; yo, conquistada toda la Europa, daré la vuelta sin haber experimentado en parte alguna los rigores del hambre, sin haber sentido desgracia ni disgusto alguno. Nosotros, por una parte, llevamos mucha provisión de bastimentos, y por otra tendremos a nuestra disposición el trigo de las provincias y naciones adon-

de entraremos; que por cierto no vamos a guerrear contra unos pueblos nómadas, sino contra pueblos labradores.»

LI. Después de este debate movió otro Artabano. «Señor, le dice, ya que no dais lugar al miedo, ni queréis que yo se lo dé, seguid siquiera mi consejo en lo que voy a añadir, pues como son tantos los negocios, es preciso que sea mucho lo que haya que decir. Ya sabéis que Ciro, hijo de Cambises, fue quien con las armas hizo tributario de los Persas a toda la Jonia, menos a los Atenienses. Soy de parecer que en ninguna manera conviene, que llevéis en vuestra armada a los Jonios contra su madre patria, pues sin ellos bien podremos ser superiores a nuestros enemigos. Una de dos, soñar; o han de ser ellos una gente la más perversa si hacen esclavo a su madre patria, o la más justa si procuran su libertad. Poco vamos a ganar en que sean unos malvados; pero si quisieren obrar como hombres de bien, muy mucho serán capaces de incomodarnos y aun de perder vuestra armada. Bueno será, pues, que hagáis memoria de un proverbio antiguo y verdadero, que «hasta el fin no se canta victoria.»

LII. «Artabano, le responde Jerges, de cuanto hasta aquí has filosofado en nada te alucinaste más

que en ese tu temor de que los Jonios puedan volverse contra nosotros. A favor de su fidelidad tenemos una prueba la mayor, de la cual eres tú mismo buen testigo, y pueden serlo juntamente los que siguieron a Darío contra los Escitas; pues sabemos que en mano de ellos estuvo el perder o salvar todo aquel ejército, y que dieron entonces muestra de su hombría de bien y de su mucha lealtad no dándonos nada que sentir. Además, ¿qué novedades han de maquinar ellos dejando ahora en nuestro poder y dominio a sus hijos, a sus mujeres y a sus bienes? Déjate ya de temer tal cosa, guarda en todo buen ánimo; vé y procura cuidar bien de mi palacio y de mi reino, que a tí sólo fío yo la regencia de mis dominios.»

LIII. Así dijo, y enviando a Susa a Artabano, convoca segunda vez a los grandes de la Persia, a quienes reunidos habló de esta conformidad: -«El motivo que para juntaros aquí he tenido, nobles y magnates, ha sido el exhortaros a que continuéis en dar pruebas de vuestro valor, no degenerando de hijos de aquellos Persas que tantas y tan heroicas proezas hicieron, sino mostrando cada uno de por sí y todos en común vuestros ánimos y bríos varoniles. La gloria y provecho de la victoria que vamos

a lograr será común a todos: esto me mueve a encargáros que toméis con todo empeño esta guerra, pues vamos a hacerla contra unos enemigos, a lo que oigo decir, valientes, a quienes si venciéremos, no nos restará ya nación en el mundo que se atreva, a salir en campaña contra nosotros. Ahora, pues, con el favor de los dioses tutelares de la Persia e implorada su protección, pasemos hacia la Europa.»

LIV. Aquel día lo emplearon en disponerse para el tránsito: al día siguiente esperaban que saliera el sol, al cual querían ver salido antes de emprender el paso, ocupados entretanto en ofrecerle encima del puente toda especie de perfumes, cubriendo y adornando con arrayanes todo aquel camino. Empieza a dejarse ver el sol, y luego Jerges, haciendo al mar con una copa de oro sus libaciones, pide y ruega al mismo tiempo a aquel su dios que no le acontezca ningún encuentro tal, que lo obligue a detener el curso de sus victorias antes de haber llegado a los últimos términos de la Europa. Acabada la súplica, arrojó dentro del Helesponto, juntamente con la copa, una pila de oro y un alfange persiano llamado *acinaces*. No acabo de entender si estos dones echados al agua los consagró en honor del sol, o si arre-

pentido de haber mandado azotar al Helesponto, los ofreció al mar a fin de aplacarle.

LV. Acabada esta ceremonia religiosa, empezó a desfilarse el ejército: la infantería y toda la caballería por el puente que miraba hacia el Ponto, y por el que estaba a la parte del Egeo los bagajes y gente de la comitiva<sup>16</sup>. Iban en la vanguardia diez mil Persas, todos ellos con sus coronas, y después les seguían los cuerpos de todas aquellas tan varias naciones sin separación alguna. Estos fueron los que pasaron aquel primer día: al siguiente fueron los primeros en verificarlo los caballeros y los que llevaban sus lanzas inclinadas hacia abajo, coronados también todos ellos: pasaban después los caballos sagrados y el carro sacro, al que seguía el mismo Jerges y los alabarderos y los mil soldados de a caballo, después de los cuales venía lo restante del ejército. Al mismo tiempo fueron pasando las galeras de una a otra orilla; si bien a ninguno he oído que el rey pasó el último de todos.

LVI. Pasado Jerges a la Europa, estuvo mirando desfilarse a su ejército compelido de los oficiales con el azote en la mano, paso en que se emplearon siete

---

<sup>16</sup> Este pasaje demuestra que el puente era doble, sin que las líneas de las galeras estuvieran entre sí contiguas.

días enteros con sus siete noches, sin parar un instante sólo. Dícese que después que acabó Jerges de pasar el Helesponto, exclamó uno de los del país: - «¡Oh Júpiter! ¿a qué fin tú ahora en forma de Persa, tomado el nombre de Jerges en lugar del de Jove, quieres asolar a la Grecia conduciendo contra ella todo el linaje humano, pudiendo por tí sólo dar en el suelo con toda ella?»

LVII. Pasado ya todo el ejército, al ir a emprender la marcha, sucedióles un portento considerable, si bien en nada lo estimó Jerges, y eso siendo de suyo de muy interpretación. El caso fue que de una yegua le nació una liebre, se ve cuán natural era la conjetura de que en efecto conduciría Jerges su armada contra la Grecia con gran magnificencia y jactancia, pero que volvería pavoroso al mismo sitio y huyendo más que de paso de su ruina. Y no fue sólo este prodigio, pues otro le había ya acontecido hallándose en Sardes, donde una mula parió otra, y ésta monstruo hermafrodita, con las naturas de ambos sexos, estando la de macho sobre la de hembra.

LVIII. Jerges, sin atender a ninguno de los dos prodigios, continuaba su camino conduciendo consigo el ejército. La armada naval, fuera ya del Helesponto, navegaba costeando la tierra con dirección

contraria a las marchas del ejército, dirigiendo el rumbo a Poniente hacia el promontorio Sarpedonio, donde tenía orden de hacer alto. El ejército marchaba por el Quersoneso hacia Levante, dejando a la derecha el sepulcro de Hele, hija de Atamante, y a la izquierda la ciudad de Cardia<sup>17</sup>. Pero después de atravesar por medio de cierta ciudad llamada Agora, torció hacia el golfo Melas, como se llama, y al río llamado también Melas, cuyos raudales no fueron bastantes para satisfacer al ejército y quedaron agotados. Y habiendo vadeado dicho río, del cual toma su nombre aquel seno, dirigióse a Poniente, y pasada Eno, ciudad de los Eolios, como también la laguna Stentórida, continuó su viaje hasta Dorisco.

LIX. Es Dorisco una gran playa de la Tracia, término de una vasta llanura por donde corre el gran río Hebro<sup>18</sup>, sobre el cual está fabricada una fortaleza real, a la que llaman Dorisco, en donde había una guarnición de Persas colocada allí por Darío desde cuando hizo allí su jornada contra los Escitas. Pareciéndole, pues, a Jerges que el lugar era a propósito para la revista y reseña de sus tropas,

---

<sup>17</sup> Cardia, al presente Caridia, pequeña población; Agora se llama hoy Malagra, y el golfo y el río de Melas, golfo de Megarisa el primero y Larisa el segundo.

empezó a ordenarlas allí y a contarlas. Y habiendo llegado así mismo a Dorisco todas las naves por orden de Jerges, arrimáronlas los capitanes a la playa inmediata a Dorisco, donde están Sala, ciudad de los Samotracios, y Zona, terminando en Perrio, promontorio bien conocido; lugar que pertenecía antiguamente a los Cicones<sup>19</sup>. En esta playa, pues, arrimadas las naves y sacadas después a la orilla, respiraron los marineros por todo aquel tiempo en que Jerges pasaba revista a sus tropas en Dorisco.

LX. No puedo en verdad decir detalladamente el número de gente que cada nación presentó, no hallando hombre alguno que de él me informe. El grueso de todo el ejército en la reseña ascendió a un millón y setecientos mil hombres; el modo de contarlos fue singular: juntaron en un sitio determinado diez mil hombres apiñados entre sí lo más que fue posible y tiraron después una línea alrededor de dicho sitio, sobre la cual levantaron una pared alrededor, alta hasta el ombligo de un hombre. Salidos los primeros diez mil, fueron después metiendo otros dentro del cerco, hasta que así acabaron de contar-

---

<sup>18</sup> El Hebro conocido hoy con el nombre de Mariza.

<sup>19</sup> Ocupaban los Cicones en la Tracia las costas del Egeo, siendo Eno o la actual Igno su capital.

los a todos, y contados ya, fuéronlos separando y ordenando por naciones.

LXI. Los pueblos que militaban eran los siguientes: Venían los Persas propios llevando en sus cabezas unas tiaras, como se llaman, hechas de lana no condensada a manera de fieltro; traían apegadas al cuerpo unas túnicas con mangas de varios colores, las que formaban un coselete con unas escamas de hierro parecidas a las de los pescados<sup>20</sup>; cubrían sus piernas con largas bragas; en vez de escudos usaban de *gerras*; traían astas cortas, arcos grandes, saetas de caña y colgadas sus aljabas, y de la correa o cingulo les pendían unos puñales hacia el muslo derecho. Llevaban al frente por general a Otanes, padre de Amestris, la esposa de Jerges. Estos pueblos eran en lo antiguo llamados por los Griegos los Cefenes, y se daban ellos mismos el nombre de Arteos. Pero después que Perseo, hijo de Danae y de Júpiter, pasó a casa de Cefeo, hijo de Belo, y casó con la hija de éste, llamada Andrómeda, como tuviese en ella un hijo, le puso el nombre de Persa y lo dejó allí en poder de Cefeo, quien no había tenido la suerte

---

<sup>20</sup> Otros diferencian esas túnicas del coselete, haciendo de ellas una especie de sobrevesta con que cubrían los Persas las armas: la gerra era un escudo tejido de mimbres.

de tener prole masculina. De este Persa tomaron, pues, el nombre aquellos pueblos.

LXII. Venían también los bledos armados del mismo modo, pues aquella armadura es propia en su origen de los bledos y no de los Persas. El general que los conducía era Tigranes, príncipe de la familia de los Aqueménidas. Eran estos pueblos en lo antiguo llamados generalmente Arios, pero después que Medea desde Atenas pasó a los Arios, también éstos mudaron el nombre, según refieren los mismos Medos. Los Cisios<sup>21</sup>, excepto en las mitras que llevaban en lugar de tiara a manera de sombrero, en todo lo demás de la armadura imitaban a los Persas: su general era Anafes, hijo de Otanes. Los Hircanios, armados del mismo modo que los Persas, eran conducidos por Megapano, el mismo que fue después virrey de Babilonia.

LXIII. Los Asirios armados de guerra llevaban cubiertas las cabezas con unos capacetes de bronce, entretejidos a lo bárbaro de una manera que no es fácil declarar, si bien traían los escudos, las astas y las dagas parecidas a las de los Egipcios, y a más de

---

<sup>21</sup> Los Cisios, pueblos vecinos a Susa, son quizá los del moderno Cusistan; los Hircanios, los del Saberiscan o Mazenderan.

esto unas porras cubiertas con una plancha de hierro y unos petos hechos de lino. A estos llaman Sirios los Griegos, siendo por los bárbaros llamados Asirios, en medio de los cuales habitan los Caldeos. Era el que venía a su frente por general Otanes, hijo de Artaqueo.

LXIV. Militaban los Batrianos armando sus cabezas de en modo muy semejante a los Medos, con sus lanzas cortas y con unos arcos de caña según el uso de su tierra. Los Sacas o Escitas cubrían la cabeza con unos sombreros a manera de gorro recto y puntiagudo, iban con largos zaragüelles, y llevaban unas ballestas nacionales, unas dagas y unas segures o *sagares*. Siendo estos Escitas Amirgios, llamábanlos Sacas porque los Persas dan este nombre a todos los Escitas. El general de estas dos naciones de Bactrianos y Sacas<sup>22</sup> era Histaspes, hijo de Darío y de la princesa Atosa, hija de Ciro.

LXV. Los Indios iban vestidos de una tela hecha del hilo de cierto árbol<sup>23</sup>, llevando sus arcos y tam-

---

<sup>22</sup> De los Bactrianos la capital era Bactras, ahora Balk, en la provincia de Manralmahar. Los Sacas eran Tártaros, quizá los Cazalgitas de la gran Tartaria.

<sup>23</sup> Parece hablar del algodón de arbusto, bien que de otros árboles sacan sus hilos y telas los Asiáticos. La que era capital de los Arios es al presente Herat, en la provincia Sitzistan.

bién las saetas de caña, pero con una punta de hierro: así armados venían a las órdenes de Farnazates, hijo de Artabates. Llevaban ballestas los Arios al uso de la Media, y los demás aparatos al uso de los Bactrianos, y tenían por comandante a Sisamnes, hijo de Hidarnes.

LXVI. Las mismas armas que las Bactrianos llevan los Partos, los Corasmios, los Sogdianos, los Gandarios y los Dadicas<sup>24</sup>. Eran sus respectivos generales: de los Partos y de los Corasmios, Artabanes, hijo de Farnaces; de los Sogdianos, Azanes, hijo de Artes; de los Gandarios y de los Dadicas, Artifio, de Artabano.

LXVII. Los Caspianos, vestidos con sus pellicos, venían armados de alfanges y de unos arcos de caña propios de su país, y apercebidos así para la guerra, llevaban a su frente al jefe Arlomarlo, hermano de Artifio. Los Sarangas, vistosos con sus vestidos de varios colores, traían unos borceguíes que les llegaban a la rodilla, y unos arcos y lanzas al uso de los Medos, y su general era Ferentes, hijo de Megabazo.

---

<sup>24</sup> El país que ocupaban los Partos corresponde hoy al Korasan y Erak-Atzem; el de los Korasmios al Kowarezen; el de los Sogdianos a las cercanías de Samarkanda: los Gandarios serán acaso los Gandáridas de la India; los Dadicas son un pueblo del todo desconocido

Venían los Pactías con sus zamarras, armados de unos puñales y de unos arcos al uso de su tierra, conducidos por el jefe Arintas, hijo de Itamames.

LXVIII. Del misino modo que los Pactías, se dejaban ver armados los Utios, los Micos y los Paricanios<sup>25</sup>. Tenían éstos dos generales, porque de los Utios y Micos lo era Arsamenes, hijo de Darío, y de los Paricanias lo era Siromitras, hijo de Eobazo.

LXIX. Los Arabel, que traían ceñidas sus *ziras* o marlotas, llevaban unas arcos largos que de una y otra parte se doblaban, colgados del hombro derecho. Venían los Etíopes, cubiertos con pieles de pardos y de leones con unos arcos largos por lo menos de cuatro codos, hechos del ramo de la palma. Llevaban unas pequeñas saetas de caña, las cuales en vez de hierro tenían unas piedras aguzadas con las que suelen abrir sus sellos: traían ciertas lanzas cuyas puntas en vez de hierro eran unos cuernos agudos de cabras monteses, y a más de esto unas porras con clavos alrededor. Al ir a pelear suelen cubrirse de yeso la mitad del cuerpo y la otra mitad de almagre. El general que mandaba a los Árabes y a los Etíopes situados sobre el Egipto era Arsames,

---

<sup>25</sup> Estos pueblos apenas conocidos, no estarían quizá lejos de la Sogdiana.

hijo de Darío y de Aristona, hija de Ciro, a la cual como Darío amase más que a sus otras mujeres, hizo una estatua de oro trabajado a martillo.

LXX. De los Etiópes que caen sobre el Egipto, como también de los Árabes, era, repito, el jefe Arsamés; pero los Etiópes o negros del Oriente, pues dos eran las naciones de Etiópes que en el ejército había, estaban agregados al cuerpo de los Indios, en el color nada diferentes de los otros, pero mucho en la lengua y en el pelo, porque los Etiópes del Oriente tienen el cabello lacio y tendido, y los de la Libia lo tienen más crespo y ensortijado que los demás hombres. Los Etiópes Asiáticos de que hablaba iban por lo demás armados como los Indios, sólo que en lugar de visera traían el cuero de las cabezas de los caballos con sus orejas y crines, de suerte que la crin les servía de penacho, y llevaban las orejas levantadas. En vez de escudos con que cubrirse, usaban de las pieles de las grullas.

LXXI. Venían los Libios defendidos con una armadura de cuero, y usaban de unos dardos tostados al fuego: era su general Masages, hijo de Oarizo.

LXXII. Concurrían los Paflagonios a la guerra, armada la cabeza con unos morriones encajados, con unos pequeños escudos, con unas no muy lar-

gas astas, con sus dardos y puñales. Llevaban unos botines hasta media pierna al uso del país. Con las mismas armas que los de Paflagonia concurrían los Ligies, los Matienos, los Mariandinos, y los Siros, que son por los Persas llamados Capadoces. Conducía a los Paflagones y Matienos el general Doto, hijo de Megasirido, y a los Mariandinos, Ligies y Siros el general Brias, hijo de Darío y de Aristone.

LXXIII. Su armadura, muy parecida a la paflagónica, tenían con cortísima diferencia los Frigios, quienes, según cuentan los Macedonios, mientras que fueron Europeos y vecinos de aquellos se llamaban Briges, pero pasados al Asia, juntamente con la región, mudaron de nombre. Los Armenios, colonos de los Frigios, venían armados como ellos y el adalid de estas dos naciones era Artoemes, casado con una hija de Darío.

LXXIV. Los Lidios tenían unas armas muy parecidas a las griegas: estos pueblos, llamados antiguamente Meones, mudaron de nombre, tomando el nuevo de Lido, hijo de Atis. Llevaban los Misios en sus cabezas unos capacetes del país y unos pequeños escudos, usando de ciertos dardos tostados: son colonos de los Lidios y se llaman Olimpianos, tomando el nombre del monte Olimpo. El jefe de

entrambos pueblos, Lidios y Misios, era Artafernes, hijo de aquel Artafernes que en compañía de Datis dio la batalla de Maraton.

LXXV. Armábanse los Tracios con unas pieles de zorra en la cabeza y con túnicas alrededor del cuerpo, que cubrían con ziras o marlotas de varios colores: en los pies, y piernas llevaban borceguíes hechos de las pieles de los cervatillos: usaban de dardos, de peltas y de pequeñas dagas. Trasplantados estos al Asia menor, se llamaron Bitinios, siendo antes, como dicen ellos mismos, llamados Strimonios, porque habitaban a las orillas del Strimon, de donde pretenden que fueron arrojados por los Teucros y Misios.

LXXVI. Era general de los Tracios situados en el Asia, Basaces, hijo de Artabano. Tenían aquellos unos pequeños escudos de cuero crudo de buey, y venía cada uno con dos dardos, con que suelen cazar los lobos: llevaban en la cabeza un casco de bronce, al cual estaban pegadas unas orejas y cuernos de buey también de bronce, y sobre el casco su penacho: adornaban las piernas con listones de púrpura. Entre estos pueblos se halla un oráculo de Marte.

LXXVII. Los Cabelees Meones que llaman Lasonios imitaban a los Cilicios en la armadura, que describiré cuando llegue a hablar de los últimos en su lugar. Traían los Milias<sup>26</sup> unas lanzas cortas, y apretaban sus vestidos con unas hebillas: llevaban algunos de ellos unos arcos Licios y en la cabeza unos capacetes de cuero. A todos estos capitaneaba Bardes, hijo de Histaspes. Cubrían los Moscos la cabeza con un casco de madera, y llevaban sus escudos y sus astas pequeñas, pero armadas con una gran punta.

LXXVIII. Armados como los Moscos venían los Tibarenos, los Macrones y los Mosinecos<sup>27</sup>, y eran conducidos por los siguientes caudillos: los Moscos y Tibarenos por Ariomardo, que era hijo de Darío, habido en Parmis, hija de Esmerdis y nieta de Ciro; los Macrones y Mosinecos por Artaites, hijo de Querasmis, el cual era gobernador de Sesto sobre el Helesponto.

LXXIX. Cubrían los Mares la cabeza con unas celadas propias del país que se podían plegar, y lle-

---

<sup>26</sup> Los Milias en la Panfilia recibían el nombre de una ciudad cuyas ruinas se llaman Milia todavía. Los Moscos estaban situados en la parte oriental de Mingrelia.

<sup>27</sup> Caían estas tres naciones en las extremidades de la Capadocia hacia el Ponto Euxino.

vaban además unos escudos pequeños de cuero también con sus dardos. Traían los Coleos puestas en la cabeza unas celadas hechas de madera, y en la mano unos escudos de cuero de buey no adobado; usaban astas cortas y también espadas. General de los Mares y de los Coleos era un hijo de Teaspes, por nombre Farandates; pero el de los Alarodios y de los Saspire<sup>28</sup>, armados a semejanza de los Colcos, era Masistio, hijo de Siromitres.

LXXX. Vestidas y armadas casi como los Medos seguían al ejército las naciones de las islas del mar Eritreo, en donde confina el rey a los que llaman *deportados*. De estos isleños era comandante Mardontes, hijo de Bageo, quien siendo general dos años después quedó muerto en la batalla de Micale.

LXXXI. Todas estas naciones que por tierra serían, eran las que venían alistadas en el ejército del continente. Nombrados llevo los generales mayores de ellas, a cuyo cargo estaba el ordenar y distribuir en cuerpos menores aquella tropa, nombrando a los oficiales subalternos, así los que mandaban a mil,

---

<sup>28</sup> Es difícil determinar a qué nación corresponde la antigua de los Mares, originaria quizá de Maresia, ciudad de Cilicia. Los Colcos habitaban la Mingrelia, Guriel e Inmereta. Los Alarodios estarían acaso vecinos al río Alar en Hircanía y los Saspire a la Albania

como los que a diez mil hombres, si bien estos últimos eran los que señalaban a los capitanes para cien hombres, y a los cabos para diez. Verdad es que había otros prefectos que cuidaban de las brigadas y de las naciones, pero los generales mayores eran los mencionados.

LXXXII. Sobre estos y sobre todo el ejército de tierra, seis eran los generalísimos que tenían el mando universal: el uno era Mardonio, hijo de Gobrias; el otro Tritantecmes, hijo de aquel Artabano que fue de parecer no se hiciera la expedición contra la Grecia; el tercero Smerdomenes, hijo de Otanes, el cual siendo como el anterior hijo de un hermano de Darío, eran ambos primos del mismo Jerges; el cuarto era Masistes, hijo de Darío y de Atosa; el quinto Gergis, hijo de Arizo; el sexto Megabizo, hijo de Zopiro.

LXXXIII. Estos eran los generalísimos de todo el ejército de tierra, exceptuados empero los diez mil Persas escogidos a quienes mandaba Hidarnes, hijo de Hidarnes. Llamábanse estos Persas los Inmortales, porque si faltaba alguno de dicho cuerpo por muerte o por enfermedad, otro hombre entraba luego a suplir el lugar vacante, de suerte que nunca eran ni más ni menos de diez mil Persas. Su uni-

forme era de todos el más vistoso, y ellos los mejores y más valientes. Su armadura era la que dejo antes descrita, y a más de ella se distinguían por la gran cantidad de oro de que iban adornados. Seguiales la comitiva de muchas carrozas y en ellas sus concubinas, y una gran compañía de criados con vistosas libreas. Sus bastimentos, separados de las vituallas del ejército, eran conducidos por camellos y otros bagajes.

LXXXIV. Todas las naciones dichas suelen servir en la caballería, pero no todas iban montadas, sino sólo las que voy a decir. Los Persas militaban a caballo con las mismas armas que usaba su infantería; sólo que algunos llevaban unos yelmos hechos de bronce y de hierro.

LXXXV. Hay a más de estos, ciertos pastores llamados Sagartios que, hablando la lengua de los Persas, usan un traje medio entre el de éstos y el de los Pactiyes. Componían, pues, aquellos un cuerpo de 8.000 caballeros, si bien, según su uso, no llevaban armas ni de bronce ni de hierro, salvo su puñal. Sus armas eran unos ramales hechos de correas, con los cuales entraban animosos en batalla, en la cual suelen pelear en esta forma: métense entre los enemigos y les echan sus ramales que en la extremidad

tienen ciertos lazos; al infeliz que enlazan, sea hombre, sea caballo, le arrastran hacia ellos, y enredado de cerca le matan. Tal es el modo que tienen de pelear, y son contados entre la milicia de los Persas.

LXXXVI. Iguales armas que la infantería usaban los Medos y también los Cisios de a caballo. Los Indios, armados asimismo como sus infantes, peleaban cada uno, o desde su montura, o desde sus carros tirados por caballos o por asnos silvestres. Los jinetes bactrianos iban armados como los peones, no menos que los Caspios e igualmente que los Libios, quienes venían todos montados en sus carros: los caballeros Caspios y Paricanios usaban también las armas de sus peones: los Árabes, si bien eran semejantes en la armadura a los de a pie, venían sobre sus camellos que no ceden en ligereza a los caballos.

LXXXVII. Servían únicamente en la caballería estas naciones, cuyo número subía a 8.000, exceptuados los carros y los camellos. Todos los que a caballo servían, estaban distribuidos en sus respectivos escuadrones; pero los Árabes ocupaban aparte el último lugar, por cuanto los caballos no pueden sufrir la compañía de los camellos, y así para que éstos no les espantasen venían los postreros.

LXXXVIII. Eran generales de la caballería los dos hijos de Datis, el uno Armamitres y el otro Titeo, habiendo quedado enfermo en Sardes el tercer general, Farnuques, quien al partir de aquella ciudad tuvo una sensible desgracia. Sucedió que al montar a caballo pasó un perro por debajo del vientre de éste; el caballo, que no lo había visto venir, se espantó, y empinándose de repente, arrojó a Farnuques. De la caída se le originó un vómito de sangre que al cabo vino a parar en una tisis. Sus criados en el acto hicieron con el caballo lo que su amo les mandó, llevándolo al mismo lugar en donde arrojó al señor y cortándole las piernas hasta las rodillas. Por este accidente perdió Farnuques su mando de general.

LXXXIX. El total de las galeras subía a 1.207, las que venían suministradas por las naciones siguientes: Con 300 concurrían los Fenicios, juntamente con los Sirios de la Palestina, quienes armaban sus cabezas con unos yelmos muy semejantes a los de los Griegos; cubrían su pecho con unos petos de lino, llevaban unos dardos y escudos sin marco en su contorno. Tenían estos Fenicios en lo antiguo, conforme dicen, su asiento en el mar Eritreo, de donde pasaron a vivir en las costas de la Siria, cuya región y todo lo que hasta el Egipto se extiende se

llama Palestina. Con 200 galeras concurrían los Egipcios, que llevaban en sus cabezas unos capaces tejidos, unos escudos cóncavos con grandes cerros que los rodeaban, unas lanzas náuticas y unas enormes segues. Completaban su armadura unos grandes sables que llevaba el mayor número de ellos, cubiertos también con sus coseletes.

XC. Venían armados a su modo los Chipriotas con 130 naves: sus reyes llevaban atados a la cabeza unos turbantes o mitras; los otros traían túnicas, y en lo demás imitaban la armadura griega. Sus pueblos, parte son oriundos de Salamina y de Atenas, parte de la Arcadia, parte de Cidno, parte de la Fenicia y parte de la Etiopía, según los mismos Chipriotas nos refieren.

XCI. Los Cilicios daban por su parte 100 naves, y traían armadas las cabezas con celadas de su país; en vez de escudos usaban adargas hechas de cuero crudo de los bueyes; vestían túnicas de lana; llevaba cada uno dos dardos y una espada parecida a las de Egipto. Estos pueblos en los tiempos antiguos se llamaban Hipaqueos, y después tomaron el nombre que tienen de un Fenicio llamado Cilix, que era hijo de Agenor. Presentaban los Panfilios 30 naves y usaban de armadura griega, siendo descendientes de

ciertos Griegos que, después de la guerra de Troya, se separaron de los demás en compañía de Amfiloco y Calcante.

XCII. Con 50 naves venían los Licios, armados de petos y botines; tenían arcos de cuerno, saetas de caña sin alas, dardos, y además hoces y puñales; llevaban pendientes de los hombros, unas pieles de cabra, y en sus cabezas unos sombreros coronados con plumajes. Los Licios, originarios de Creta, se llamaban antes Termiles, y tomaron su nuevo nombre de Lico, hijo de Pandion, natural de Atenas.

XCIII. Los Dorios del Asia, que iban armados a lo griego, siendo colonos del Peloponeso, venían con 30 galeras. Con 70 se presentaron los Carios, armados en lo demás como los Griegos, sólo que tenían sus hoces y dagas. Llevo ya dicho en lo que antes escribí cómo se llamaban anteriormente tales pueblos<sup>29</sup>.

XCIV. Contribuían con 100 galeras a la amada los Jonios, apercebidos y armados como los Griegos. Estos pueblos, todo el tiempo que habitaron el Peloponeso en la región que al presente se llama Acaya, lo que sucedió antes que Danao y Xuto viesesen a dicho Peloponeso, se llamaban Pelasgos

---

<sup>29</sup> Lib. I, pár. CXLIV y CLXXI.

*Eqialees* (de la plaga), si estamos a lo que dicen los Griegos; pero después, del nombre de Jon, hijo de Xuto, se llamaron Jonios.

XCV. Los isleños, armados al modo griego, presentaron 47 galeras<sup>30</sup>; eran estos asimismo de nación pelásgica, y se llamaron Jonios por la misma razón que las doce ciudades, pero Jonios venidos de Atenas. Concurrían los Eolios con 60 galeras y con las armas a la griega; los cuales, según es tradición de los Griegos, llevaban también en lo antiguo el nombre de Pelasgos. Los Helesponcios, excepto los de Abidos, a quienes había el rey mandado que sin dejar su país tomasen a su cargo la guardia del puente; los restantes pueblos, digo, de las costas del Helesponto, armados al par de los Griegos como colonos de los Dorios y Jonios, se presentaron con 100 naves.

XCVI. En todas las galeras dichas iba tropa de Persas, de Medos y de Sacas para los combates. Las naves más listas y ligeras eran las de los Fenicios, y entre estas con especialidad la de los Sidonios. Así para estas naves, como, para las tropas de tierra,

---

<sup>30</sup> Eran éstos los de las islas Cea, Naxos, Sifno, Serifo; pues los de Quio y de Samos se comprendían entre las doce ciudades jonias.

cada nación había enviado sus respectivos jefes, de los cuales no haré particular mención, por no pedirlo necesariamente el designio de mi historia. Ellos eran tantos, en efecto, cuantas eran las ciudades que enviaban su contingente; pero no todos tenían mérito particular que los haga dignos de memoria, mayormente no concurriendo en calidad de comandantes sino de meros vasallos, pues tengo ya dicho quiénes eran los Persas que tenían toda la autoridad como generales de cada la nación.

XCVII. Los caudillos de la armada naval eran Ariabignes, hijo de Darío; Prejaspes, hijo de Aspiti-nes; Megabazo, hijo de Megabates; y Aquemedes, hijo de Darío. De la armada jónica y cariana era jefe Artabignes, a quien tuvo Darío en una hija de Gobrias; de la egipcia lo era Aquemenes, por parte de padre y madre hermano de Jerges; del resto de la armada lo eran los otros dos. El número de los trierconteros (naves de 30 remos), de penteconteros (de 50 remos), de cercuros (naves de carga) y de barcas largas para el transporte de la caballería, parece que era de tres mil bastimentos.

XCVIII. Los sujetos de mayor nombre después de los generales que venían embarcados eran el Sidonio Tetramnesto, hijo de Amiso; el Tirio Mapen,

hijo de Siromo; el Aradio Mérbalo, hijo de Agabalo; el Cilicio Siennesis, hijo de Oromedonte<sup>31</sup>; el Licio Cibernisco, hijo de Sica; los dos Chipriotas Gorgo, hijo de Quersis, y Timonax, hijo de Timágoras, y tres Carios, Histieo hijo de Timnes, Pigres hijo de Seldomo, y Damasitimo hijo de Candaules.

XCIX. Y si bien no me miro obligado a hacer mención de los otros jefes, la haré con todo de Artemisa, mujer que siguió la expedición contra la Grecia, cuyo valor me tiene lleno de admiración. Muerto su marido, siendo ella la soberana de su ciudad, y viendo que su hijo era niño todavía, por más que no la llamase obligación precisa, no le sufrió con todo su honor y ánimo varonil el no concurrir a la guerra. Llamábase Artemisa, hija de Ligdamis, por parte de padre, natural de Halicarnaso, y de Creta por parte de madre: era señora de los Halicarnasios, de los Coos, de los Nisirios y de los Calidnios<sup>32</sup>; y concurrió con cinco galeras que eran las más famosas de la armada después de las sido-

---

<sup>31</sup> La Cilicia era en cuanto al tributo una Satrapía de la Persia, por mas que tuviera sus reyes Siennesis reconocidos del mismo autor por príncipes dependientes del Persa

<sup>32</sup> La isla de Caos se llama al presente Stanquio; las ciudades de los Nisirios y Calidnios se llaman Nisaro la primera, y Chiráva la segunda.

nias: ella fue la que dio al rey los acertados pareceres entre los de todos los aliados. La gente de las ciudades que ella, según dije, gobernaba, noto aquí que era toda Dórica, pues los Halicarnasios son oriundos de Trecena, y los restantes de Epidauro. Y baste ya lo referido acerca de la armada naval.

C. Hecho el cómputo de las tropas y distribuidas éstas en escuadrones, tuvo Jerges la curiosidad de contemplarlas pasando revista a todas ellas, lo cual así ejecutó. En su carro iba recorriendo cada nación, y plantado delante de ella hacía sus preguntas, las cuales iban notando sus escribanos: hizolo de este modo empezando por un cabo, y acabando por el otro, tanto de la caballería como, de la infantería. Después de verificada esta diligencia, como las galeras de nuevo hubiesen sido echadas al agua, dejando Jerges su carro, se embarcó en una nave sidonia, y sentado en ella bajo un pabellón de oro, iba corriendo por delante de las proas de las galeras informándose de cada una y tomando las respuestas por escrito, del mismo modo que en el ejército de tierra. A este fin habían apartado sus galeras los capitanes cosa de cuatro pletros (400 pasos) de la orilla, y vueltas las proas a tierra habían formado una línea de frente, armados en ellas todos los comba-

tientes en orden de batalla; de suerte que por entre las naves y la playa iba Jerges haciendo la revista.

CI. Acabada ya la reseña de las galeras, saltó Jerges, de su nave e hizo comparecer a Demarato, hijo de Ariston, que le acompañaba en la expedición contra la Grecia, y puesto en su presencia, hablóle en estos términos: -«Mucho gusto tendría ahora, Demarato, en que me respondieras a una pregunta que hacerte quiero. A lo que tú mismo dices y a lo que me aseguran los Griegos que se han presentado en mi corte, tú eres Griego y natural de una ciudad que ni es la menor, ni la menos poderosa de la Grecia. Quiero, pues, que me digas si tendrán valor los Griegos para venir a las manos conmigo. Dígolo porque estoy persuadido de que ni todos los Griegos, ni todos los demás hombres del Occidente, por más que se juntaran en un ejército, serían capaces de hacerme frente en campo de batalla, no yendo acordes entre ellos mismos. Mucha complacencia tendré, pues, en oír sobre esto tu parecer.» Esta fue la pregunta de Jerges, y tal la respuesta de Demarato: -«Señor, le dice: ¿queréis que os diga la verdad desnuda, o que la disfrace con la lisonja?» A lo que respondió Jerges mandándole decir la verdad asegurándole que por ella nada perdería de su gracia.

CII. Con esta seguridad en la fe de Jerges, continuó Demarato: Pues que mandáis, señor, que hable francamente y os diga la verdad, yo os la diré de manera que no daré lugar a que después de esto me cojais en mentira. La Grecia, señor, es una nación criada siempre sin lujo y con pobreza, pero hecha a la virtud, fruto de la sabiduría, y de la severa disciplina. Con la misma virtud que practica remedia su pobreza y se defiende de la servidumbre. Tal elogio debo darlo a todos los Griegos que moran cerca de la región y países dóricos; pero no hablaré ahora de todos ellos, sino solamente de los Lacedemonios. Y en primer lugar digo que de ningún modo cabe que den oídos a nuestras pretensiones, encaminadas a quitar la libertad a la Grecia, de suerte que aunque todos los demás Griegos os presten vasallaje, ellos solos saldrán a recibiros con las armas en la mano. Ni os toméis el trabajo de preguntarme acerca del número de ellos para saliros al encuentro, porque, tened por sabido que si constare su ejército de mil hombres, con mil os darán la batalla; si menos fueren, con menos os la darán, y si fueren más, serán más los que la presenten.»

CIII. Al oírle púsose Jerges a reír: -«Demarato, le replica, ¿qué absurdo es eso que dices? Vamos al

caso: ¿no aseguras haber sido rey de esos valientes? Pregúntote ahora: ¿quisieras tú solo apostártelas aquí mano a mano contra diez hombres juntos? Y en verdad que si la disciplina civil y el buen orden entre vosotros es en todo como me lo pintas, pide el honor y decoro de la corona, que tú, rey de esos héroes, puedas habértelas con doblado número de enemigos. De suerte que si cada uno de ellos es capaz de hacer frente a diez hombres de los míos, debo a ti solo suponerte bastante para resistir a veinte, pues así y no de otro modo puedes salvar la verdad de tu respuesta. Pero si esos hombres son tales en el valor y en el talle de su cuerpo cual eres tú y cuales son los Griegos que vienen a mi presencia, mira no sean esos elogios que les das una mera baladronada y vana exageración. Porque, por Dios, ¿qué camino lleva que 1.000 hombres, o sean 10.000, o sean 50.000, iguales todos ellos e igualmente libres, y no sujetos al imperio de un soberano, puedan hacer frente a un ejército tan grande como el mío, especialmente siendo nosotros más de 1.000 por uno de ellos, si es que subieren a 50.000? Bien pudiera ser que sujetos a las órdenes de un soberano, como entre nosotros se usa, por miedo de él sacasen esfuerzo de necesidad, y obligados con el látigo,

embistiesen pocos contra muchos más; pero sueltos como están y dejada su elección a su arbitrio, no es posible que hagan uno ni otro: antes bien soy de sentir; que cuando fuese igual el número de entrambos, no se atreverían los Griegos a entrar con los Persas solos en batalla. Lo que dices de tanta bravura y valentía se hallará entre los nuestros, no a cada paso ciertamente, sino en tal cual soldado, pues alguno habrá de mis alabarderos persas, que se atreverá a desafiar a tres de los Griegos a un tiempo mismo. Tú empero no lo sabes ni lo conoces; por eso exageras y encomias a tu salvo.»

CIV. A este discurso respondió Demarato: -«Bien veía señor, desde el principio que hablando verdad iba a perder vuestra gracia; pero como me obligabais a que os hablase con toda franqueza y sin lisonja, manifesté lo que según su deber harían los Espartanos. Nadie sabe mejor que vos cuán apasionado podré estar a favor de unos hombres que me degradaron del honor y de los derechos a la corona heredados de mis abuelos; que me desnaturalizaron y me obligaron al destierro: y nadie sabe mejor que yo cuán obligado estoy a vuestro padre que me amparó, me dio alimentos con que vivir y casa en que morar. Me haréis la justicia de no pensar que un

hombre de bien como yo, quiera olvidarse de tantos beneficios, sino que más bien quiere corresponder a ellos. Por lo que mira empero al valor, ni blasonaré de poder salir solo contra diez, ni solo contra dos, ni aun por mi gusto quisiera entrar en singular desafío con uno solo, si bien en caso de necesidad, o si algún empeño mayor a ello me estimulase, vendría gustosísimo en medir mi espada con la de alguno de esos Persas que le dicen capaces de habérselas cada uno con tres Griegos. Porque los Lacedemonios cuerpo a cuerpo no son por cierto los más flojos del mundo, y en las filas son los más bravos de los hombres. Libres sí lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de la patria, a la cual temen mucho más que no a vos vuestros vasallos. Hacen sin falta lo que ella les manda, y ella les manda siempre lo mismo: no volver las espaldas estando en acción a ninguna muchedumbre de armados, sino vencer o morir sin dejar su puesto. Pero ya que os parecen absurdas mis razones, hago ánimo en adelante de no hablaros más sobre ello; lo que ahora dije lo dije precisado. Deseo, señor, que todo os salga a medida de vuestros deseos.»

CV. De la respuesta de Demarato hizo burla Jerjes, y tomándola a risa no dio muestra ninguna de

enojo, sino que le envió enhorabuena y con mucha paz. Después de este coloquio, habiendo nombrado gobernador de Dorisco a Mascames, hijo de Megadostes, y depuesto el antecesor que Darío habla allí dejado, marchando por la Tracia, movió las armas hacia Grecia.

CVI. Era Mascames el nuevo gobernador un sujeto mérito, que a él sólo, como al Persa más sobresaliente entre todos los gobernadores nombrados por Jerges o por Darío, solía el rey hacer todos los años sus presentes, y aun Artajerges, su hijo, continuó en hacer la misma demostración con los descendientes del mismo Mascames: porque habiendo, antes de la presente expedición, sido nombrados en todas partes gobernadores persas, así en la Tracia como en el Helesponto, por más que todos ellos, pasado el tiempo de la expedición, fueron echados por los Griegos del Helesponto y de la Tracia, no lo fue él de Dorisco, no habiendo podido nadie arrojar a Mascames de aquella plaza, a pesar de las tentativas que muchos hicieron con este intento. Por tal motivo, pues, enviaba siempre regalos a aquel gobernador el rey actual de la Persia.

CVII. De todos los gobernadores que fueron echados, de aquellas plazas por los Griegos, a nin-

guno tuvo Jerges por oficial de mérito sino solamente a Boges el de Eona. A éste jamás acababa de celebrarle, y en atención a sus méritos honró muy particularmente a los hijos que de él quedaron entre los Persas. Y en efecto, bien mereció Boges tan grandes elogios, porque viéndose cercado por los Atenienses y por Cimon, hijo de Milciades, aunque tuvo en su mano el salir capitulando de la plaza y restituirse salvo al Asia, no quiso hacerlo, porque al rey no le pareciese que con villanía había comprado su libertad y vida, sino que aguantó el sitio hasta la extremidad. Y cuando vio que no tenía ya más víveres en la plaza, lo que hizo fue degollar a sus hijos, a su mujer, a sus concubinas y a toda la demás familia, y muertos les pegó fuego: después cuanto oro y cuanta plata había en la ciudad fue esparciéndolo todo desde el muro en las corrientes del Strimon, y concluido esto, arrojóse al cabo a sí mismo en una hoguera. Por tales hazañas es aun hoy día muy celebrado entre los Persas.

CVIII. Desde Dorisco continuaba Jerges sus marchas camino de la Grecia, obligando a todos los pueblos que en el viaje hallaba a que le siguiesen armados, y se lo mandaba como soberano de ellos, habiendo sido conquistada toda aquella tierra, como

tengo ya declarado, hasta la Tesalia, y hecha tributaria del rey, primero por Megabazo y después por Mardonio. En el viaje desde Dorisco fue luego pasando Jerges por las plazas de los Samotracios, la última de las cuales hacia Poniente es una ciudad que lleva el nombre de Mesambria: vecina a esta se halla Strima, que es otra ciudad de los Tasios; entre las dos corre el río Liso, cuya agua no bastó para satisfacer al ejército de Jerges, quedando agotada. Este país se llamaba antiguamente la tierra Galaica, y ahora la Briantica, y con toda propiedad debe ser tenida por la región de los Cicones.

CIX. Habiendo atravesado a pie enjuto la madre del Liso, fue siguiendo Jerges las ciudades griegas de Maronea, Dicea y Abdera, y al transitar por ellas pasó igualmente por cerca de unas célebres lagunas vecinas a dichas ciudades, cual es la laguna Ismarida que cae entre Maronea y Strima, y cual es la Bistonida, vecina a Diceas, en la que van a desaguar dos ríos, el Trayo y el Compsato<sup>33</sup>. Cerca de Abdera no pasó Jerges por ningún lago notable, pero sí por el río Nestor, que por allí corre al mar. Continuando

---

<sup>33</sup> Maronea es hoy día Maroqua; Abdera es Asperosa; la laguna Bistonida es Bouron; los demás nombres geográficos son para mí desconocidos.

las marchas más allá de estos parajes, recorrió las ciudades mediterráneas, en una de las cuales hay una gran laguna que tendrá unos 30 estadios de circunferencia, abundante en pesca y de agua muy salobre, y con todo quedó seca sólo con haber abrevado allí las bestias de carga del ejército: la ciudad dicha se llama Pistiro. Dejando las ciudades marítimas y griegas a mano izquierda, pasó Jerges adelante.

CX. Los pueblos de los Tracios por donde llevó el rey sus marchas son los Petos, los Cicones, los Bistonos, los Sapeos, los Derseos, los Edonos y los Satras<sup>34</sup>. De estos, los que están situados en la costa del mar seguían la armada en sus naves, y los que viven tierra adentro de quienes acabo de hacer mención, todos, excepto los Satras, eran precisados a acompañar el ejército de tierra.

CXI. No ha llegado a nuestra noticia que hayan sido hasta aquí los Satras vasallos de ningún señor, habiendo sido los únicos Tracios que hasta mis días han conservado siempre su libertad. El motivo ha

---

<sup>34</sup> Los Petos confinaban con los Cicones, cuya capital era Eno: los Bistonos tenían a Tinda por capital; los Sapeos estaban situados entre el río Melas y el Arzo en el golfo de Eno: los Edonees cerca de la presente Filippo; los Satras o Autonomos en el monte Hemos que los separaba de la Mesia. Estos últimos fueron avasallados por Alejandro.

sido, parte por habitar unos altos montes llenos de todo género de arboleda y maleza y coronados de nieve, parte por ser sumamente guerreros. Tienen un oráculo de Baco situado en altísimas montañas; los Besos<sup>35</sup> son entre los Satras los encargados del santuario, y la Promantida o sacerdotisa es la que responde, como en Delfos, a las consultas y no con más ambigüedad.

CXII. Adelantándose Jerges más allá de la región, pasó por otras fortalezas que son de los Pieres, llamada la una Fagra, y la otra Pergamo. Llevando sus marchas por cerca de dichas plazas, dejaba a mano derecha el Pangeo, monte grande y elevado, en el cual hay minas de oro y plata que disfrutaban los Pieres y Odomantos<sup>36</sup>, y más que todos los Satras.

CXIII. Habiendo ya dejado a los que habitan, por la parte de Bóreas a las faldas del Pangeo, que son los Peones, los Deberas y los Peoplas<sup>37</sup>, torció

---

<sup>35</sup> Los Besos, vecinos a los Satras, tenían por capital a Usucadama, llamada después Adrianópolis.

<sup>36</sup> Los Odomantos, diferentes de los Odrisios, estaban en las riberas del Strimon, confinantes con la Macedonia; los Pieres en las mismas riberas de Strimon bajo el Pangeo, río que divide la Tracia de la Macedonia, junto al cual se refugiaron arrojados de Pieria.

<sup>37</sup> Estos pueblos, situados en la antigua Bisáltica, corresponden a la comarca de la presente Staraquino.

hacia Poniente hasta llegar al Strimon y a la ciudad de Eiona, en donde estaba todavía de gobernador aquel Boges de quien poco antes hice mención. Llámase la Filis esta comarca de las cercanías del Pangeo, la cual hacia Poniente se extiende hasta el río Angiteo que entra en el Strimon, y hacia mediodía hasta el mismo Strimon. A este río hicieron los magos un próspero sacrificio, degollando en honra suya unos caballos blancos.

CXIV. Después de estos sacrificios y otros muchos hechizos con que pretendían encantar al río, pasando por el lugar llamado *Ennea Odi* (los Nueve Caminos) de los Edonos, marcharon hacia los puentes que hallaron ya contruidos sobre el Strimon. Oyendo qué aquél lugar se llamaba los Nueve Caminos<sup>38</sup>, enterraron vivos allí mismo nueve mancebos y nueve doncellas del país. Costumbre de los Persas es enterrar a los vivos, pues oigo decir que Amestris, esposa de Jerges, siendo ya de edad, sepultó vivos catorce hijos de los Persas más ilustres, víctimas que sustituía en su lugar para aplacar a la divinidad que dicen existir debajo de tierra.

---

<sup>38</sup> Esta ciudad se llamó después Amfípolis al presente Chisípolis.

CXV. Después que vadeado el Strimon se puso el ejército en camino, marchó por una playa que cae hacia Poniente y pasó cerca de una ciudad griega allí situada, que se llama Argilo. Aquella región y la que sobre ella está se llama la Bisaltia. Desde allí, dejando a la izquierda el golfo que está vecino al templo de Neptuno y marchando por la llanura llamada Sileo, pasó más allá de Stagiros, ciudad griega, y llegó a Acanto<sup>39</sup>, habiendo incorporado en el ejército estas naciones y las que antes dije, y todas las que moran alrededor del monte Pangeo, obligando a las marítimas a seguir con sus naves la armada, y a las internadas a seguir el ejército. El camino por donde Jerges condujo sus tropas tiénelo los Tracios hasta mis días en gran veneración, no confundiéndolo ni sembrándolo jamás.

CXVI. Llegado el ejército a Acanto, declaró el Persa por amigos y huéspedes a los Acantios y les concedió el uniforme o vestido de los Medos, honrándolos mucho de palabra, así por verlos prontos a la guerra, como por oír que estaba ya el foso terminado.

---

<sup>39</sup> Acanto es hoy Eriso, y Stagira, célebre patria de Aristóteles, o Macra o Libanova; en cuanto a Argilo, distaba poco de Amfípolis y de la embocadura del Strimon.

CXVII. Estaba Jerges en Acanto cuando de resultas de una enfermedad acabó allí sus días Artaqueo, oficial prefecto del canal, muy valido en la corte de Jerges y en la casa de los Aqueménidas. Era en su estatura el mayor de los Persas, teniendo cinco codos regios de alto<sup>40</sup> menos cuatro dedos: nadie le ganaba en lo sonoro y robusto de la voz. Mostró Jerges gran sentimiento de su muerte, y le honró con suntuosas exequias, haciendo que todo el ejército le ofreciese dones sobre el sepulcro. Hácenle los Acantios los sacrificios debidos a un héroe conforme cierto oráculo, y en ellos le invocan por su mismo nombre. En una palabra, reputaba Jerges por gran pérdida aquella muerte.

CXVIII. Los Griegos que daban acogida en sus ciudades al ejército y recibían con cena a Jerges, quedaban oprimidos con el excesivo gasto, y se veían precisados a desamparar sus propias casas. Lo cierto es que obligados los Tasios, a causa de las poblaciones que poseían en tierra firme, a dar los utensilios al ejército y la mesa a Jerges, encargado de la comisión Antipatro, hijo de Orges, hombre de

---

<sup>40</sup> Entre los Griegos la estatura regular es reputaba de cuatro codos; la de cinco era tenida por extraordinaria, y la de diez por agigantada.

tanto crédito como el que más entre sus paisanos, dio al público la cuenta de haber gastado 400 talentos de plata en aquella cena.

CXIX. Y cuentas muy parecidas a esta dieron los comisarios de las otras ciudades a este fin escogidos. Hacíase el convite con tanto aparato, que muy de antemano se daba la orden y señalábase la suntuosidad con que debía celebrarse. Luego que llegaban los pregoneros a las ciudades de aquel distrito, intimándoles el hospedaje, los moradores de ellas, contribuyendo a proporción con el trigo que tenían, molíanlo ante todo y hacían pan para algunos meses. Buscando a más de esto las más preciosas reses, íbanlas cebando para regalo del ejército, como también las aves, así de tierra como de las lagunas, cerradas en sus caponeras y vivares. En segundo lugar, labraban vasos de oro y plata, y copas y demás vajilla para la mesa. Esta singularidad se hacía para el rey y los cortesanos sus comensales; para lo restante del ejército sólo se prevenían los bastimentos ordenados. Cuando acababa de llegar el ejército de su marcha, estaba ya preparado en su campo el pabellón real donde iba a descansar el mismo Jerges, mientras se quedaba la tropa al cielo descubierto. Llegada la hora de la cena, entonces era cuando los

huéspedes se hacían todo manos para el servicio; pero bien comidos y bebidos los hospedados, descansaban allí aquella noche, y venida la mañana, quitaban a sus huéspedes la fatiga cargando con la tienda y con todos los muebles y alhajas con que se iban, sin dejar cosa que no llevasen consigo.

CXX. De aquí nació aquel dicho que a este propósito dijo agudamente Megacreonte, natural de Abdera, quien aconsejó a sus Abderitas que todos, hombres y mujeres, se fueran a los templos en procesión, y allí postrados a los pies de sus dioses les suplicasen por una parte con mucho ardor tuviesen a bien librarles de la otra mitad de sus males que con la vuelta de Jerges les amenazaban, y por otra les dieran gracias muy de veras por lo pasado de que el rey Jerges no acostumbrase comer dos veces al día, porque preciso les fuera a los Abderitas, si se les ordenase darle una comida semejante a la cena, o en caso de esperarlo, caer en una quiebra la mayor del mundo.

CXXI. Así que las ciudades, por más gravadas que quedasen, ejecutaban del mismo modo lo que se les ordenaba. Allí Jerges, después de dar orden a los almirantes que le esperasen con su armada en Terma, ciudad situada en el seno Termeo, que de

ella toma su nombre<sup>41</sup>, licenciólos a fin de que partieran solos con sus galeras. El Motivo que lo movió a que allí le esperasen, fue por ser el más corto el camino que iba a tomar lejos de las costas. Desde Dorisco hasta Acanto había marchado el ejército en el orden siguiente. Habiendo Jerges dividido sus tropas en tres cuerpos, ordenó que marchase uno por la playa, siguiendo la armada naval y llevando a su frente a los generales Mardonio y Masistes; que el otro cuerpo, ordenado también y conducido por los jefes Tritantecmes y Gergis, hiciese su camino marchando tierra adentro; y que el tercero, en el cual iba el mismo Jerges, pasase por el camino de en medio, guiado por los caudillos Smerdomenes y Megabizo.

CXXII. La armada naval, separada ya de Jerges, navegó por el canal abierto en Atos, canal que llega hasta el golfo<sup>42</sup> en que se hallan las ciudades de Asa, Piloro, Singo y Santa. Habiendo tomado a bordo la gente de armas, continuó desde allí su derrota hacia el seno Termeo. Dobló, pues, el Ampelo, promon-

---

<sup>41</sup> Al presente la famosa Saloniqui, antes Tesalónica.

<sup>42</sup> Llámase ahora golfo de Contessa: ignoro el nombre moderno de sus ciudades, excepto el de Singo, que conserva el mismo nombre, no lejos del golfo de Ayomama.

torio de Torona<sup>43</sup>, y fue recogiendo las galeras y tropas de las ciudades griegas por donde pasaba, que eran Torona, Galepso, Sermila, Meciberna y Olinto, las que caen en la provincia llamada ahora Sitonia.

CXXIII. Torciendo la misma armada desde Ampelo hasta el Cannastreo, que es el cabo que más se entra en el mar en la región Palena<sup>44</sup>, iba en todas partes recibiendo naves y milicia, a saber; de Potidea, de Afitir, de Nápoli, de Egea, de Terambo, de Scione, de Menda y de Sano, ciudades de la región que al presente se dice Palena y antes se llamaba Flegra. Costeada esta tierra, continuaba su rumbo al lugar destinado, incorporando consigo las tropas de las ciudades que confinan con Palena y están vecinas al golfo Termeo, cuyos nombres son: Lipax, Combria, Lisas, Gigono, Campsa, Smila y Enea: la región en que están, aun ahora se llama Crosea. Desde Enea, que es la última de las referidas, tomó el rumbo la armada hacia el golfo mismo Termeo y

---

<sup>43</sup> Ampelo es hoy día Cabo Canistro; de sus ciudades circunvecinas ninguna queda ahora.

<sup>44</sup> Ignoro el nombre actual de estas ciudades de Palena, región que toma el título de la ciudad de Palena o Canistro, si se exceptúa la de Potidea que es al presente Schiatti, y la de Enea, que parece ser la ciudad de Moncastro.

al país Migdonio, y navegando por él, llegó a la misma ciudad de Terma y a las de Sindó y de Calestra, situada sobre el río Axio, que separa la Migdonia de la tierra Bateida. En ésta ocupan las ciudades de Yenas y de Pella<sup>45</sup> aquel pequeño distrito que corre hacia la playa.

CXXIV. Aquí, cerca del río Axio, no lejos de la ciudad de Terma y de las otras ciudades intermedias, plantó sus reales la armada naval, esperando la llegada del rey. Entretanto, Jerges, con el objeto de llegar a Terma, habiendo salido de Acanto con el ejército, venía marchando por lo interior del continente. Llevaba su camino por la región Peónica y por la Crestónica, siguiendo el río Equidoro, el cual nacido en tierra de los Crestoneos, corre por la Migdonia, y pasando cerca de una laguna que está sobre el río Axio, desagua en el mar.

CXXV. Caminando el ejército por aquellos parajes, sucedía que los leones acometían a los camellos del bagaje, con la particularidad que, dejando de noche sus moradas y escondrijos, solamente en ellos hacían presa, sin tocar a ninguna otra bestia de carga, ni embestir a hombre alguno. Confieso que de

---

<sup>45</sup> Pella, antigua capital de Macedonia, hoy Janitza o Galatisia: el río Axio, es conocido en el día con el nombre de Vardari.

esto me maravillo, por no saber cuál pudo ser entonces la fuerza que obligase a los leones a embestir solamente contra los camellos, animales que nunca antes habían visto, ni sentido, ni experimentado.

CXXVI. Hállanse por aquellas partes muchos leones y también muchos búfalos, cuyas astas, de extraordinaria magnitud, suelen llevarse a la Grecia. Los términos hasta donde llegan dichos leones son, uno el río Nesto, que pasa por Abdera, y el otro el río Aquelóo, que corre por Acarnania; pues ni más allá del Nesto, por la parte de Levante, ni por la de Poniente más allá del Aquelóo, nadie verá león alguno en lo demás de la Europa ni en lo que resta de tierra firme, de suerte que sólo se crían en el distrito que cae entre dichos ríos.

CXXVII. Llegado Jerges a la ciudad de Terma, hizo alto allí con todo su ejército, el cual, acampado por las orillas del mar, ocupaba toda la tierra que, empezando de la dicha ciudad de Terma y de la de Migdonia, se extiende hasta los ríos Lidias y Hahacmon<sup>46</sup>, que sirviendo de límite a la región Botieida y Macedónica, van a juntarse en una misma madre. Acampados, pues, los bárbaros en estas lla-

---

<sup>46</sup> De estos dos ríos, el Lidias es al presente Castoro, y el Hahacmon el Bistrisa, o según otros, el Pelecas.

nuras, se vio que el Equidoro, uno de los ríos mencionados que baja de la tierra de Crestona, no bastó él sólo para satisfacer el ejército, sino que se quedó sin agua.

CXXVIII. Como viese Jerges desde Terma aquellos dos montes altísimos de la Tesalia, el Olimpo y el Osa, informado de que por un estrecho valle que media entre ellos corría el río Peneo, y oyendo al mismo tiempo que por allí había camino para Tesalia, vínole deseo de ir en una nave a contemplar la desembocadura del Penco. Moviése a ello por haberse ya resuelto a seguir el otro camino de arriba, que por medio de la alta Macedonia guía a los Perrebos pasando por la ciudad de Gonno, asegurado de que este viaje sería el más seguro. Lo mismo fue presentársele tal idea que ponerla por obra. Embárcase en una nave sidonia, de la que hacía su capitana siempre que le venía en voluntad alguna de estas excursiones, y levanta bandera para que lo sigan las otras, dejando allí sus tropas. Llegado a su destino y contemplada la boca del río, quedó muy maravillado con aquella perspectiva. Llamó después a los que de guía le servían para el camino, y les preguntó si podría el río ir por otra parte a desaguar en el mar.

CXXIX. Corre en efecto una tradición que en lo antiguo era la Tesalia toda una gran laguna cerrada por todas partes con unos muy elevados montes, porque por la parte que mira a Levante la ciñen dos montes, el Pelion y el Osa<sup>47</sup>, cuyas raíces están entre sí pegadas; por la parte del Bóreas la rodea el Olimpo; por la de Poniente el Pindo, y por la de Mediodía y del Noto el Otris: lo que en medio resta circuido por dichos montes, era la Tesalia, comarca, de tierra baja. Concurren, pues, hacia ella, dejando aparte otros ríos, estos cinco muy célebres: el Penco, el Apidaño, el Onocono, el Enipeo y el Pamiso, los cuales bajando de los mencionados montes que rodean de todas partes la Tesalia, y juntándose en aquella llanura, dirigen todos al cabo su curso hacia el mismo valle, y éste bien angosto confundiendo sus aguas en una corriente. Desde el lugar en que se juntan álzase el Penco con el nombre de los demás, haciendo anónimos a los otros. Es fama, pues, que ya en los tiempos antiguos, no existiendo todavía aquel barranco, ni teniendo el agua salida por él,

---

<sup>47</sup> De los montes que ciñen la Tesalia, el Pelion se llama Petras en el día; el Osa, Cassavo u Olira; el Olimpo, Laca o Eldos; el Pindo Mezzovo: entre sus ríos, el Peneo es el moderno Salambria; el Apidano es el actual Epideno; los otros son menos conocidos.

concurrían allá con sus aguas los mismos ríos que ahora, y a más de ellos la laguna Bebeida; de suerte que no teniendo dichos ríos los mismos nombres que al presente tienen, llevaban la misma agua y hacían con ella de la Tesalia toda una gran llanura de mar. Los Tésalos mismos dicen que Neptuno fue quien abrió el canal por donde corre el Penco; y razón tienen en lo que dicen, pues cualquiera que crea a Neptuno el dios de los terremotos, cuyas obras sean las aberturas que estos producen, no ha menester más que ver aquella quebrada, para decir que es cosa hecha por Neptuno, siendo a mi parecer efecto de algún terremoto, la separación de aquellos montes.

CXXX. Volviendo ya a los conductores de Jerges, preguntados estos por él si tenía el Peneo alguna otra salida para el mar, bien seguros de lo que le decían le respondieron: -«No, señor, no tiene este río ninguna otra salida que llegue al mar, ésta es la única, estando toda la Tesalia coronada alrededor de montañas.» A lo cual se dice que replicó Jerges: -«Son sin duda los Tésalos hombres hábiles y prudentes, pues muy de antemano han puesto a cubierto sus Estados, retirándose del partido de la Grecia, así por varios motivos, como por ver que su

país era fácil de ser sorprendido y en breve subyugado. Para esto no había más que hacer sino cerrar con un terraplén este barranco, y cegado el canal elevar el río sacado de madre, echándolo sobre las campiñas, con que se lograría anegar todo el llano de la Tesalia, quedando solamente libres los montes. Con esto aludía Jerges a los hijos de Alevas, los primeros entre los Griegos que habían entregado la Tesalia al rey, quien estaba persuadido de que se le entregaban en nombre de toda la nación. Dicho esto, y observado bien el país, hízose Jerges a la vela para volver a Terma.

CXXXI. Cerca de Pieria<sup>48</sup> detúvose Jerges algunos días: el motivo fue el aguardar que la tercera parte de sus tropas desmontase la maleza en las montañas de Macedonia, abriendo por ellas camino al ejército hacia los Perrebos. En este intermedio iban volviendo los mensajeros que habían sido destinados a la Grecia a pedir la entrega del país; unos volvían frustrado su intento; otros con el ofrecimiento de la tierra y el agua.

CXXXII. Los pueblos que le prestaron vasallaje fueron los Tésalos, los Dólopes, los Enienes, los Perrebos, los Maquesianos, los Melienses, los

---

<sup>48</sup> Hoy día Veria, entre el Axio y el Peneo.

Aqueos de Pitia, los Tebanos con los demás Beocios<sup>49</sup>, exceptuando los Tespienses y los Plateenses. Los otros Griegos, empeñados en hacer la guerra al bárbaro, hicieron un tratado, solemnemente juramentados contra los que se entregaron, que la décima parte de los bienes de todo pueblo griego que, sin verse a ello precisado de su voluntad se hubiese entregado al Persa, sería confiscada después de verse la Grecia fuera ya de aquel apremio, y sería consagrada en Delfos al dios Apolo. En estos términos estaba concebido el juramento de los Griegos.

CXXXIII. No había Jerges hecho partir heraldos ni para Atenas ni para Esparta, escarmentado en los que antes envió allá Darío. Sucedió, pues, entonces, que habiendo Darío pedido la obediencia de aquellas ciudades, parte de los enviados a pedirla fueron arrojados en el bátrato, abertura profunda destinada en Atenas a los malhechores, parte en un pozo, con la insolente zumba de mandarles que ellos mismos del bátrato y del pozo tomaran el agua y la tierra

---

<sup>49</sup> De las doce comunidades griegas asociadas a la Asamblea Amfictiónica, nueve, según se ve declaráronse por el Persa. El juramento que los demás Griegos leales hicieron de repartirse los bienes de los infieles fue antes de la batalla de Plateas, si bien la humanidad de Temístocles, conseguida la victoria impidió se llevase a efecto.

para su Darío. Esto fue lo que movió a Jerges a no enviar después otros con la misma demanda. No sabré decir qué mal les viniese a los Atenenses en pena de haber violado así a los tales heraldos<sup>50</sup>, a no ser que por ello digamos que su ciudad fue pasada a sangre y fuego, si bien creo que otra fue la causa.

CXXXIV. Dejóse sentir entre los Lacedemonios la ira de Taltibio, que habla sido el pregonero de Agamenon. Hay en Esparta un templo de Taltibio, y los descendientes de éste, llamados los Taltibiadas, tienen el privilegio de ejecutar todas las embajadas que por medio de heraldos suele hacer Esparta. Sucedió, pues, a los Espartanos, que después del insulto contra los heraldos de Darío no podían en sus sacrificios lograr una víctima de buen agüero: Llevando los Lacedemonios muy de mala gana aquella desventura, juntáronse muchas veces públicamente a deliberar sobre ella, y mandaron pregonar un bando en esta forma: «Quién era aquel Lacedemonio que quisiera ofrecerse a la muerte por Esparta.» No faltaron dos varones en prendas personales y en riquezas distinguidos, llamado el uno Spertias, hijo

---

<sup>50</sup> De ahí se ve cuán sagrado se miraba el derecho de gentes en este punto. Pausanias atribuye la ruina de Milciades al consejo que dio a los Atenenses de semejante atrocidad

de Aheristo, y el otro Bulis, hijo de Nicolao, quienes de su voluntad se ofrecieron a pagar la pena a Darío en venganza de la muerte dada a sus heraldos en Esparta: con esto los Espartanos enviaron a los Medos estas dos víctimas destinadas al suplicio.

CXXXV. Ni fue más digno de admiración el ánimo de estos héroes que el denuedo con que acompañaron su discurso; porque emprendido el viaje para Susa, presentáronse a Hidarnes, señor Persa, que se hallaba de general en las costas y fuertes del Asia menor, el cual, convidándoles con su casa y tratándoles como a huéspedes y amigos, hablóles así: -«¿Por qué, oh amigos Lacedemonios, mostráis tanta aversión a la amistad con que el rey os convida? En mi persona y en mi fortuna tenéis a vista de ojos una prueba, evidente de cómo sabe el rey honrar a los sujetos de mérito y a los hombres de valor. En vosotros mismos experimentaríais otro tanto si quisierais declararos por vasallos del rey, quien, como está de vuestras prendas bien informado, haría sin falta que fuese cada uno de vosotros gobernador de alguna provincia de la Grecia.» A lo cual respondieron: -«Este tu aviso, Hidarnes, por lo que a nosotros mira no tiene igual fuerza y razón que por lo que mira a tí, tú que nos lo das; sí sabes

por experiencia el bien que hay en ser vasallo del rey, pero no el que hay en ser libre e independiente. Hecho a servir como criado, no has probado jamás hasta ahora si es o no dulce la independencia de un hombre libre; si la hubieses alguna vez probado, seguros estamos que no sólo nos aconsejaríais que la mantuviéramos a punta de lanza, sino a golpe de segur ofreciendo el cuello al acero.» Así contestaron a Hidarnes.

CXXXVI. Llegados ya a Susa y puestos en presencia del rey, lo primero en que mostraron su libertad fue en responder a los alabarderos, que pretendían obligarles a que postrados adorasen al rey, que nunca harían tal, por más que diesen con ellos de cabeza en el suelo, pues ni ellos tenían la costumbre de adorar a hombre ninguno, ni a tal cosa habían venido; lo segundo, después de haber porfiado en no quererse postrar, encarándose con el rey lo hablaron en esta sustancia: -«Monarca de los Medos, venimos acá enviados de parte de los Lacedemonios para pagarte la pena que te deben por haber hecho morir en Esparta a tus heraldos.» A esta declaración y oferta respondió Jerges, con gran bizarria de ánimo, que no imitaría en aquello a los Lacedemonios; que ellos en haber puesto las manos

en sus heraldos habían violado el derecho de gentes, pero él, muy ajeno de practicar lo que en ellos reprendiera, no declararía a los Lacedemonios, dándoles la muerte, por libres y absueltos de su culpa y suplicio merecido.

CXXXVII. Lo que con esto lograron los Espartanos fue que se aplacó por entonces la ira vengativa de Taltibio, no obstante de haberse restituido a Esparta los dos enviados Spertias y Bulis, si bien dicen los Lacedemonios que se irritó mucho después su furor en la guerra de los Peloponesios y Atenieses. Soy de opinión que lo que después contra ellos sucedió, fue cosa del todo divina; pues así lo pedía la justicia y disposición de Dios, que una vez declarada contra los enviados la ira de Taltibio, no cesase hasta salir con su intento. Pero lo que más hace ver que anduvo en este negocio la mano de Dios, es el haberse descargado el golpe en los hijos de aquellos dos hombres, que se habían presentado al rey para aplacar el enojo de Taltibio, esto es, en Nicolao, hijo de Bulis, y en Aneristo, hijo de Spertias, el último de los cuales, navegando en una urca bien armada de gente, apresó a los pescadores de Tirinto. Lo que sucedió respecto de Nicolao y Aneristo fue que, habiendo sido enviados por men-

sajeros al Asia de parte de los Lacedemonios, fueron cogidos cerca de Bisante, lugar del Helesponto, descubiertos a traición por el rey de los Tracios Sitalces, hijo de Tereo, y por cierto Pites, de nación Abderita. Conducidos después al Ática, fueron condenados a muerte por los Atenenses, en compañía de Aristeas, hijo de Adimanto y natural de Corinto: todo lo cual sucedió muchos años después de la expedición del rey.

CXXXVIII. Mas para volver a tomar el hilo de la historia, el pretesto de aquella armada del rey era hacer la guerra contra Atenas, y el fin y motivo verdadero el embestir a toda la Grecia. Informados los Griegos mucho tiempo antes de lo que les aguardaba, no todos miraban con unos mismos ojos aquel nublado. Los que habían prometido al Persa el homenaje, entregándole la tierra y el agua, vivían muy satisfechos de que nada tendrían que sufrir de parte del bárbaro; pero los que no le habían prestado vasallaje, hallábanse llenos de miedo, nacido de ver que la Grecia carecía de armada naval capaz de contrastar a la que contra ella venía, y que muchos Griegos, prontos a la obediencia de los Medos, no querían tomar parte con ellos en aquella guerra.

CXXXIX. Véome aquí obligado a decir lo que siento, pues aunque bien veo que en ello he de ofender o disgustar a muchísima gente, con todo, el amor de la verdad no me da lugar a que la calle y disimule. Afirmo, pues, que si asombrados los Atenienses de ver sobre sí el peligro hubieran desamparado su región, o si quedándose en casa se hubieran entregado a Jerges, no se hallara sin duda nación alguna que por mar se hubiese atrevido a oponerse al rey. Y en caso de que nadie por mar hubiera podido resistir a Jerges, creo que por tierra no hubiera podido menos de suceder que, por más baluartes y rebellines con que cubrieran y ciñeran el Istmo los Peloponesios, con todo, desamparados al cabo los Lacedemonios de sus aliados, que lo habrían hecho, obligados a despecho suyo al ver sus ciudades tomadas por la armada del bárbaro; viéndose solos, repito, hubieran sí recibido al enemigo con las armas en la mano, pero haciendo prodigios de valor quedarán todos en el palenque. De suerte que por necesaria consecuencia, o hubieran acabado así los Lacedemonios, o viendo antes de este lance que se echaban todos los demás Griegos al partido del Medo, hubieran ellos también capitulado con Jerges, y así en uno y otro lance quedara la Grecia en poder

de los Persas, pues no alcanzo por cierto de qué hubieran podido servir las fortificaciones construidas sobre el Istmo, si el rey hubiera logrado la superioridad en el mar. Lo cierto es que, atendido lo que pasó, quien diga que los Atenienses fueron los salvadores de la Grecia, razón tendrá para decirlo, pues su situación era tal, que debía la fortuna seguir cualquiera de los dos partidos a que ellos se inclinaron. De donde habiendo elegido el partido de conservar libre a la Grecia, fueron sin duda los que impidieron la esclavitud de los que en ella no se habían entregado al Medo, y los que naturalmente habiendo arrojaron de ella a aquel soberano; en lo que mostraron su valor, no pudiendo recabar de ellos los oráculos espantosos y llenos de terror que de Delfos les venían, que dejasen los intereses de la Grecia, resueltos a hacer cara al enemigo que les embestía y quedarse firmes en su patria.

CXL. Enviando, pues, a Delfos sus diputados religiosos, querían saber lo que el oráculo les preverría. Practicadas allí todas las ceremonias legítimas cerca del templo, lo mismo fue entrar con la súplica en el santuario que vaticinarles lo siguiente la Pythia, por nombre Aristónica: «¡Infeliz! ¿qué es lo que pides con tus súplicas? Deja tu paterna casa,

deja la cumbre suma de tu redondo alcázar. No quedará segura tu cabeza, no tu cuerpo, no la mano, no la ultima planta, nada resta del medio del pecho: todo caído lo abrasa voraz la asiria llama, todo lo tala ligero el sirio carro de Marte; mucha almena cae, y no sola la tuya propia; devora ya la furia de la llama mucho templo, que miro bañado al presente de sudor líquido y trémulo de miedo; corre de la cúpula la negra sangre de forzosos azares vaticinadora. Ea, fuera, digo, de mi cámara; salid en mal hora»<sup>51</sup>.

CXLI. Al oír tales cosas, los enviados de Atenas a la consulta quedaron sorprendidos de tristeza y congoja. Viéndoles en aquella consternación y abatimiento de ánimo por lo terrible del oráculo, Timon, hijo de Aristobulo, uno de los sujetos de primera reputación en Delfos, dióles el consejo de que en traje de suplicantes, y con un ramo de olivo en las manos, entrasen de nuevo a consultar el oráculo. Vinieron en ello los Atenienses, y se explicaron en estos términos: -«No nos negareis, señor y dueño un oráculo mejor a favor de la patria, en

---

<sup>51</sup> Bien pudiera la Pythia sin auxilio de Apolo adivinar lo futuro, viendo el Asia toda armada contra Atenas, aunque no

atención siquiera a nuestro dolor, que declara este olivo que llevamos, insignia de unos infelices refugiados. El caso negativo, no pensamos en partiros de este mismo asilo en donde inmóviles nos cogerá antes la muerte.» Habiendo así hablado, respóndeles segunda vez la Promántida: -«Ni con halago ni con estudio sabe Palas aplacar al Olimpo Júpiter en tal enojo: firme como un diamante es otro oráculo que pronunció. Cuanto cierra dentro el muro de Cécrope, cuanto cubre el sacro retiro del divino Citeron, todo será cogido: ni cede pródigo Júpiter a Tritónida más que un muro de madera nunca tomado, que sirva de asilo para ti y para la descendencia. No quiero que sufras el ímpetu del caballo, ni de tanto infante que pasa desde el Asia: cede vuelta la cara, aunque delante le tengas. ¡Oh Salamina la fausta! ¡oh cuánto hijo de madre perderás tú, o bien Céres se una o se separe!»

CXLII. Habiendo los enviados tomado por escrito esta segunda respuesta, que parecía ser y era realmente más blanda y suave que la primera, dieron la vuelta para Atenas. Luego que regresaron, como en un congreso del pueblo diesen razón del un orá-

---

de balde dulcificaría el vaticinio, vendiendo amenazas, ya a los Persas, ya a los Tésalos, ya a los Atenienses.

culo, entre otras varias interpretaciones de los que lo examinaban, dos había que se miraban por más fundadas y graves. Era una la de algunos ancianos, diciendo que lo que aquel dios les significaba a su parecer en el oráculo, era que el alcázar les quedaría salvo y libre; dando por razón que la fortaleza de Atenas estaba en lo antiguo defendida con una estacada, y conjeturando que esta valla debería ser la muralla de que hablaba el oráculo. Otros decían, por otra parte, que aludía el dios a las naves, y eran de sentir que dejando lo demás se alistase la armada, si bien estos que entendían las naves por aquel muro de madera no veían claro el sentido de los dos últimos versos que decía la Pythia: «¡Oh Salamina la fausta! ¡oh cuánto hijo de madre perderás tú, o bien Ceres se una o se separe!» Estos versos, repito, ponían en confusión a los que tomaban las naves por aquel muro de leño, por cuarto los intérpretes de esta opinión los entendían de modo como si fuera necesario que los Atenienses dispuestos a una batalla naval quedasen vencidos cerca de Salamina.

CXLIII. Había entre los Atenienses un sujeto que poco Antes había empezado a ser tenida por uno de los políticos de más alta reputación, por nombre Temístocles, hijo de Neocles. Decía este

insigne varón, que los intérpretes no daban de lleno en el blanco del oráculo, y alegaba que si aquel verso recayera de algún modo contra los Atenienses, no se explicara el oráculo con tanta blandura, antes bien dijera, ¡oh fatal Salamina! en vez de decir ¡oh Salamina la fausta! puesto que los moradores debiesen perecer cerca de ella, y que tomando el vaticinio por el verso que les convenía, la verdad era que aquel oráculo lo había dado Dios contra los enemigos y no contra los de Atenas. Con estas razones aconsejaba Temístocles a sus conciudadanos que se dispusiesen para una batalla naval, creyendo que esto significaba el muro de madera. Este parecer de Temístocles hizo que los Atenienses tuvieran por mejor lo que él les decía, que no lo que juzgaban los demás consultores, quienes no convenían en que se preparasen para dar la batalla de mar, antes pretendían que dependiese toda su salud de no levantar ni un dedo contra el Persa, sino de abandonar el Ática o irse a vivir a otra región.

CXLIV. Antes de este parecer, había dado ya Temístocles otro que en las circunstancias actuales fue un arbitrio muy oportuno. Había sucedido que teniendo los Atenienses mucho dinero público, producto sacado de las minas de Laurío, y estando

ya para repartirlo a razón de diez minas por cada uno, supo persuadirles Temístocles que, dejado aquel reparto, prefiriesen hacer con aquel dinero 200 naves para la guerra que traían con los de Egiptina. Y en efecto, emprendida ya dicha guerra, fue la salud de la Grecia, por haberse visto obligados en ella los Atenenses a hacerse una potencia marítima, habiendo sucedido la cosa de manera que aquellas naves, sin servir al fin para que se habían fabricado, pudieron ser muy del caso a la Grecia en la ocasión presente. Ni se contentaban los Atenenses con las naves ya hechas, sino que al mismo tiempo iban fabricando otras en sus astilleros, puesto que habían determinado, después de recibido aquel oráculo, salir al encuentro al bárbaro que contra ellos venía, embarcados todos juntos con los demás Griegos que quisiesen seguirles, persuadidos de que en aquello obedecían al dios Apolo. He aquí lo tocante a los oráculos dados a los de Atenas.

CXLV. En un congreso general de los Griegos en que se juntaron los diputados de los pueblos que seguían el partido más sano<sup>52</sup>, después de haber conferenciado entre sí y asegurándose mutuamente con la fe pública, en las sesiones que luego tuvieron,

---

<sup>52</sup> Túvose en Corinto este congreso.

parecióles que lo que más convenía ante todas cosas era reconciliar los ánimos de todos aquellos que entonces estaban haciéndose entre sí la guerra; porque a más de la que se hacían los Atenienses y los de Eginia, no faltaban algunos otros pueblos que ya habían empezado sus hostilidades, si bien eran las de los Atenienses las que más sobresalían. Después de este acuerdo, oyendo decir que Jerges con su ejército se hallaba ya en Sardes, resolvieron enviar al Asia menor exploradores que revelasen de cerca las cosas de aquel soberano; despachar embajadores a Argos para ajustar una alianza contra el Persa; otros a Sicilia para negociar con Gelon, hijo de Dinomenes; otros a Corcira para animar aquellos isleños al socorro de la Grecia, y otros finalmente a Creta; todo con la mira de ver si sería posible hacer una liga de la nación griega en que todos los pueblos quisiesen ir a una contra aquel enemigo común, que a todos venía a embestirles. Y por lo que mira a Gelon, la fama hacía tan grandes sus fuerzas, que de mucho las anteponía a todas las demás de los Griegos.

CXLVI. Tomadas dichas resoluciones y ajustadas entre ellos las desavenencias, lo primero que por obra pusieron fue enviar al Asia tres exploradores,

quienes llegados a Sardes y bien enterados de lo que al ejército del rey concernía, como hubiesen sido sentidos y descubiertos, fueron puestos a cuestión de tormento y encarcelados por los generales de la infantería, que les condenaron a muerte. Llegado el asunto a oídos de Jerges, mereció tal sentencia la indignación del soberano, quien al punto, enviando allá algunos de sus alabarderos, dio la orden que si hallaban vivos aquellos espías, los condujeran a su presencia. Quiso la suerte que no se hubiera aun ejecutado la sentencia, y fueron con esto conducidos delante del rey; y como él les preguntase a qué fin habían venido, oída la respuesta, mandó a sus alabarderos que los guiasen y mostrasen todas sus tropas así de a pie como de a caballo, y que habiéndolas contemplado a todo su placer y gusto, les dejasen ir libres y salvos a donde quiera que intentasen partir.

CXLVII. Y la razón que dio Jerges de ordenarlo así fue, que si perecían aquellos exploradores, sucedería que ni supieran los Griegos de antemano que él viniese con un ejército mayor de lo que creerse podía, ni sería grande el perjuicio que recibieran sus enemigos con la muerte de tres hombres solos; pero que si volvían éstos a la Grecia, añadía, tenía por

cierto que los Griegos, sabedores antes de su llegada de cuán grandes eran sus fuerzas, cederían a las pretensiones de su misma libertad y lograría con esto sujetarles sin la fatiga de pasar allá con sus tropas. Este modo de pensar es conforme a lo que en otra ocasión resolvió Jerges, cuando hallándose en Abidos vio que bajaban por el Helesponto unos bastimentos cargados de trigo que desde el Ponto llevaban a Egina y al Peloponeso. Apéenas oyeron los oficiales de su comitiva que aquellas eran naves enemigas, disponíanse para salir a la presa clavando en el rey los ojos a ver si luego se lo mandaba. Preguntóles entonces Jerges a dónde iban aquellos bastimentos; y los oficiales: -«Van, señor, le respondieron, a nuestros enemigos con esa provisión de trigo. -Pues ¿no vamos nosotros, replicó Jerges, al mismo lugar que ellos, abastecidos de víveres y mayormente de trigo? ¿Qué injuria nos hacen con trasportar esos bastimentos?» Volviendo, pues, a los exploradores, después que todo lo registraron, puestos en libertad, regresaron a Europa.

CXLVIII. Los Griegos confederados contra el Persa, después de vueltos ya los exploradores, enviaron segunda vez embajadores a Argos. Cuentan los Argivos, que supieron desde el principio los

Preparativos del bárbaro contra la Grecia, y como entendiesen y tuviesen por seguro que los Griegos les convidarían a la alianza contra el Persa, enviaron a Delfos diputados para saber del oráculo qué era lo que mejor les estaría en aquellas circunstancias; que el motivo que a ello les impulsó fue ver que acababan de perder seis mil ciudadanos que habían perecido a manos de los Lacedemonios capitaneados por Cleomenes, hijo de Anaxandrides; y que la Pythia dio esta respuesta a sus consultores: -«¡Oh! tú, odiado de tus vecinos, querido del alto cielo, quédate cauto dentro tu recinto; guarda bien tu cabeza que ha de salvar tu cuerpo.» Tal fue la respuesta que les dio la Pythia, según después los diputados a su regreso entrados en el Senado les dieron cuenta de las órdenes que de allá traían; y con todo respondieron los de Argos a la propuesta hecha por los Griegos, que entrarían en la liga con dos condiciones: una la de hacer la paz por treinta años con los Lacedemonios; otra que se les diera por mitad el imperio de todo el ejército aliado, pues por más que en todo rigor de justicia les tocase el imperio total de las tropas<sup>53</sup>, con todo se contentaban con solo la mitad del mando.

---

<sup>53</sup> Esta pretensión alude a la guerra de Troya en que capita-

CXLIX. Esta respuesta, dicen los de Argos, dio su Senado, no obstante que el oráculo les prohibiera entrar en liga contra los Griegos; de suerte que en medio del temor que les causaba el oráculo, querían hacer seriamente un tratado de paz por treinta años, con la mira de que creciera entretanto hasta la edad varonil su juventud. Dan por razón de estas pretensiones que no querían exponerse a quedar en lo porvenir por vasallos de los Lacedemonios, como era de temer que sucediese, si antes de concertar aquella suspensión de armas con ellos, se les añadiera a las desgracias anteriores algún nuevo tropiezo en la guerra contra el Persa. Añaden que los embajadores de Esparta respondieron en su Senado, que por lo tocante al tratado de paz darían parte a su república; pero que acerca del mando del ejército, venían ya con el encargo de responder en nombre de los Espartanos, que estos tenían sus dos reyes, no teniendo sino uno los de Argos; que no era posible despojar del imperio a ninguno de los dos, y que ellos no se opondrían a que el rey de Argos tuviese un poder y mando igual al de los suyos<sup>54</sup>. Por

---

neaba el rey de Argos.

<sup>54</sup> No se comprende cómo los embajadores insisten tanto en sus dos reyes Espartanos, cuando pocos años antes se había

estas razones, añaden los Argivos que, no pudiendo sufrir la insolencia y soberbia de los Espartanos, antes quisieron ser gobernados de los bárbaros, que ceder en nada a los Lacedemonios, y que en fuerza de esta resolución, intimaron a los embajadores que antes de ponerse el sol saliesen de los dominios de Argos, pues de otra manera les mirarían como enemigos.

CL. He aquí cuanto refieren los Argivos sobre este caso; pero corre por la Grecia otra historia, a saber, que Jerges, antes de emprender la expedición contra ellos, envió un heraldo a la ciudad de Argos, quien llegado allá les habló en estos términos: -«Caballeros Argivos, mándame el rey Jerges que os diga de su parte lo siguiente: Nosotros los Persas vivimos en la inteligencia de que Perses, de quien somos descendientes, era hijo de Perseo, el hijo de Danae, y que Perses tuvo por madre a Andrómeda, la hija de Cefeo; de donde venimos nosotros a ser descendientes vuestros. Siendo pues así, no será razón ni que hagamos nosotros la guerra contra

---

tomado la providencia de que uno de los dos solamente saliera a campaña; ni menos cómo el rey de Argos, rey de nombre solamente, quisiera igualarse en el mando al de Esparta, a no decir que eran estas razones pretextos estudiados para conseguir cada parte su pretensión.

nuestros primogenitores, ni que vosotros, confederados con los demás, seáis contrarios nuestros. Vuestro deber será manteneros quietos y neutrales, pues si el negocio me saliese como deseo y espero, sabed que a nadie pienso hacer mayores mercedes que a vosotros.» Dícese, pues, que tal propuesta ni la oyeron los Argivos de mala gana, ni les pareció digna de desprecio; si bien nada ajustaron en el momento con el Persa, ni entraron en pretensión alguna; pero cuando los Griegos los solicitaron para la liga, bien persuadidos de que los Lacedemonios no vendrían en concederles el mando de las tropas, pretendieron entonces parte del mismo pretexto de que se valieron para mantenerse quietos y neutrales.

CLI. No faltan Griegos que en confirmación de lo referido cuentan otra historia, que pasó muchos años después, de esta manera: Dicen que sucedió hallarse en Susa la Memnonia los embajadores de Atenas, Calias, el hijo de Hipomonico, y los que en su compañía habían subido a aquella corte encargados de un negocio diferente del que traían otros embajadores enviados allí por los de Argos; que éstos preguntaron a Artajerges, hijo y sucesor de Jerges, si subsistía aun en su vigor la paz y amistad que tenían ellos concertada con Jerges, o si les miraba ya

como enemigos, y que les respondió el rey Artajerjes que en verdad quedaba el tratado en su vigor, y tanto que a ninguna ciudad miraba él por más amiga de la corona que a la de Argos.

CLII. Pero no me atrevo a asegurar si Jerges envió o no a Argos al tal heraldo con aquella embajada, ni si hicieron dicha pregunta a Artajerjes los embajadores de los Argivos subidos a Susa, ni diré sobre ello otra cosa diferente de la que refieren los mismos Argivos. Sé decir únicamente que si salieran a plaza todos los hombres cargados con sus males acuestas, con la mira de trocar su hatillo con el de otro, echando cada cual los ojos y mirando los males de su vecino, tornarían a toda prisa a cargar con sus mismas alforjas, y se volverían con ellas de mil amores a su propia casa. De donde digo que no hay por qué notar con particular infamia a los Argivos. Por lo que a mí toca, miro como un deber de referir lo que se dice, pero no de creerlo todo; y quiero que esta mi prevención valga en toda mi historia, ya que corre también otra voz que los Argivos fueron los que llamaron al Persa contra la Grecia, por haberles salido muy mal la guerra contra los Lacedemonios, queriendo vengarse por cualquier vía de sus enemi-

gos, antes que sufrir la pena de verse sujetos y vencidos.

CLIII. Y con esto llevo ya dicho lo que a los Argivos, pertenece. Por lo que mira a Sicilia, a más de los embajadores enviados a negociar con Gelon de parte de los confederados, fue destinado al mismo fin Siagro en nombre de los Lacedemonios. Para decir algo de Gelon, es de saber que uno de sus abuelos, colono y morador en Gela, fue natural de la isla de Telo, situada cerca de Triopio<sup>55</sup>; a éste quisieron tener consigo los Lindios oriundos de Rodas, cuando fundaron a Gela juntamente con Antifemo. Andando después el tiempo, sucedió que sus descendientes vinieron a perpetuar en aquella familia el sacerdocio de las diosas infernales, cuyos hierofantes eran, desde que uno de ellos, por nombre Telines, se posesionó de aquel ministerio del modo siguiente: Avino que unos ciudadanos de Gela vencidos en cierta discordia y sedición, huyendo de su patria, pasaron a Mactorio, ciudad situada sobre Gela. Telines, sin el socorro de tropas, armado solamente con el aparato y monumentos sagrados de

---

<sup>55</sup> Telo se llama al presente Piscopia, y Gela Terranova, o según otros, Alicate.

aquellas diosas<sup>56</sup>, logró restituir a Gela aquellos fugitivos. No sabré decir en verdad quién fue el que le dio aquellos misterios y ceremonias, o de qué manera llegaron a sus manos: sé tan sólo que lleno de confianza en ellas obtuvo la vuelta de los desterrados, con el pacto y condición de que en el porvenir debiesen ser sus descendientes hierofantes o sacerdotes de dichas diosas. Lo que de cierto no deja de causarme mucha admiración, es oír que saliese con tal empresa un hombre como Telines, pues fue una de aquellas hazañas que no son para cualquiera, sino propias de un político de talento y soldado de valor; siendo así que Telines, según es fama entre los vecinos de Sicilia, lejos de tener ninguna de estas dos prendas, era naturalmente hombre afeminado y cobarde y dado a las delicias. En resolución, este fue el modo con que obtuvo aquella dignidad.

CLIV. Muerto ya Cleandro, hijo de Pantareo, al cual, después de siete años de dominio o tiranía en Gela, quitó la vida Sabilo, de patria Geloo, se apo-

---

<sup>56</sup> Mactorio hoy Mazzarino. En cuanto a los monumentos sagrados de Telines, pareceme que serían algunos idolillos con la pompa y paramentos sacerdotales usados en los sacrificios de Ceres y de Proserpina, que pudieron ser introducidos por los Rodios, venidos en colonia a Gela desde el Triopio o cabo Eris.

deró del mando de la ciudad Hipócrates, hermano del difunto Cleandro. En el reinado de Hipócrates, como Gelon, descendiente del hierofante Telines, hubiese sido uno de los que mucho se distinguieron en valor y prendas, en las que otros particularmente lucían, y en especial Enesidano, hijo de Patacio y alabardero de Hipócrates, no pasó mucho tiempo sin que por su virtud y mérito fuera aquél nombrado general de caballería. Bien merecido tenía Gelon el empleo, porque sitiando Hipócrates a los Calipolitas, a los Naxios, a los Zancleos, a los Leontinos, a los Siracusanos<sup>57</sup>, y además de estos a muchos de los bárbaros, en todas éstas guerras había hecho brillar muy particularmente su valor y habilidad. Y en efecto, ninguna de las ciudades que acabo de citar pudo librarse de caer en manos de Hipócrates, sino es la de los Siracusanos, y aun éstos, derrotados y vencidos por él cerca del río Eloro, necesitaron de los ciudadanos de Corinto y de Corcira para librarse de su dominio, y se libraron por medio de un ajustamiento, en fuerza del cual obligáronse los Siracu-

---

<sup>57</sup> Calipolis, ciudad de Sicilia, vecina a Mesina; Naxos, después Tauromenium, ahora Tauromina; Zancle, después Mesana, al presente Mesina; Leoncio, hoy Leonti: Bárbaros llamaban los colonos Griegos de Sicilia a los Sicelos u originarios del país.

sanos a entregar a Hipócrates la ciudad Camarina<sup>58</sup>, plaza ya que de tiempos antiguos les pertenecía.

CLV. Después de la muerte de Hipócrates, cuyo reinado duró los mismos años que el de su hermano Cleandro, habiéndole sobrevenido el fin de sus días cerca de la ciudad de Hibla<sup>59</sup> en la expedición que hacía contra los Sicelos o antiguos Sicilianos, Gelon, so color de volver por Euclides y Cleandro, hijos del difunto Hipócrates, a quienes sus ciudadanos no querían reconocer por señores, dio una batalla y venció en ella a los Geloos. Esta victoria le dio lugar a salir con sus verdaderos intentos, apoderándose del señorío y despojando de él a los hijos de Hipócrates. Después de logrado este lance, sucedióle otro igual: los Geomoros<sup>60</sup> siracusanos, que eran los poseedores de los campos, habiendo sido arrojados de la ciudad por la violencia de la plebe y de sus mismos esclavos nombrados los Cilirios, llamaron en su ayuda a Gelon, quien queriéndolos restituir desde la ciudad de Casmena a la de Siracusa, logró

---

<sup>58</sup> Hoy torre de Camarano.

<sup>59</sup> Hibla sería la mayor de las tres ciudades de este nombre, llamada también Megara o Megaris, y en el día Paterno.

<sup>60</sup> Eran los Geomoros los descendientes de los Griegos que se habían apoderado de Siracusa, los dueños de las tierras, los aristócratas en cuyas manos estaba la república.

apoderarse de esta plaza, pues la plebe de los Siracusanos al venir Gelon se la entregó, entregándose igualmente a sí misma.

CLVI. Viéndose ya Gelon dueño de Siracusa, empezó a contar menos con Gela, que tenía bajo su dominio, el que encargó a su hermano Hieron, quedándose con el mando de aquella, poniendo en ella toda su afición, sin haber para él otra cosa que Siracusa. Con este favor del soberano, se vio desde luego crecer la ciudad y subir como la espuma, y así pasando a ella todos los vecinos de Camarina, a los que arruinó, dándoles la naturaleza y derechos de Siracusanos, como por haber practicado otro tanto con más de la mitad de los moradores de Gela. Hizo más aun, pues habiéndosele entregado los Megarenses, colonos en Sicilia a quienes tenían sitiados, entresacó los más ricos, que por haber sido los motores de la guerra contra él mismo temían de él su ruina y muerte, y lejos de castigarles, trasladándolos a Siracusa, los alistó por sus ciudadanos. No lo hizo empero así con el bajo pueblo de los Megarenses, al cual, trasportado a Siracusa, por más que no tuviese culpa alguna en aquella guerra, ni temiese en nada del vencedor, vendió Gelon por esclavo, con la expresa condición de que hubiese de ser sa-

cado de Sicilia, tomando entrambas resoluciones la máxima en que estaba de que el pueblo bajo era malo para vecino.

CLVII. Con estas artes y mañas vino Gelon a ser un gran señor o tirano. Entonces, pues, llegados a Siracusa los embajadores de la Grecia y admitidos a la audiencia de Gelon, le hablaron así: -«Aquí venimos, oh Gelon, enviados de los Lacedemonios, de los Atenenses y de sus aliados, para convidarte a entrar en la liga contra el bárbaro. Sin duda tendrás entendido cómo el Persa viene a invadir la Grecia, habiendo construido un puente sobre el Helesponto, y conduciendo desde el Asia todas las fuerzas de Levante para hacer la guerra a los Griegos. El pretexto de la expedición es la venganza contra Atenas; sus miras son la conquista de la Grecia toda, que pretendo avasallar. De tí quisiéramos, oh Gelon, puesto que es mucho el poder que tienes, poseyendo no pequeña porción de la Grecia, como príncipe y gobernador que eres de Sicilia, que te unieras para el socorro con los libertadores de la patria, y por tu parte la libraras de la opresión. Bien ves que coligada toda la Grecia vendrá a componer un grande ejército capaz de hacer frente en campo de batalla a sus invasores; pero si una parte de los Griegos se

dan a partido; si otra no quiere salir a la defensa con sus socorros; si en fuerza de esto fuera muy corta la porción sana de los que sienten bien, corre toda la Grecia el mayor peligro de venir a caer de su estado y libertad. Ni debes lisonjearte de que si uno por uno nos avasallare en la batalla el Persa victorioso, no vendrá en derechura contra tu persona. Lo mejor es que de antemano te pongas a cubierto de sus tiros: unido a nuestra causa, defenderás la tuya. Basta ya, pues no ignoras que por la ley ordinaria el buen éxito de un negocio depende del buen consejo previo.»

CLVIII. Así se explicaron: tomó la mano Gelon, y hablóles así con mucha fuerza y libertad: -«Maravíllome, señores Griegos, de que con esa proposición atrevida e insolente tengáis ahora la osadía de exhortarme a entrar en liga contra el bárbaro. ¿No os acordáis acaso de lo que conmigo hicisteis, cuando antes os pedí socorro contra un ejército de bárbaros, hallándome empeñado en la guerra con los Cartagineses? ¿cuando os insté otra vez con muchas veras a tomar venganza de los Egestanos por la muerte dada a Dorieo, el hijo de

Anaxandrides?<sup>61</sup> ¿cuando os ofrecí concurrir con mis tropas a libertar y hacer francos aquellos puer-  
tos y emporios de donde sacáis vosotros grandes  
provechos y ventajas? ¿No os acordáis, repito, que  
ni os dignasteis de venir en mi socorro, ni de vengar  
la muerte de Dorieo? Todo esto de Sicilia, por lo  
que a vosotros toca, señores míos, pudieran ya po-  
seerlo los bárbaros a su salvo: gracias a la buena  
suerte y a mi desvelo, que no nos salió mal el nego-  
cio, antes bien mejoramos de suerte. Ahora que la  
rueda de la fortuna os amenaza en casa con la gue-  
rra, al cabo os acordáis de Gelon. Yo por más que  
me ví antes desatendido y despreciado de vosotros,  
no imitaré vuestra conducta volviéndoos la vez: no  
haré tal, antes por el contrario estoy pronto a soco-  
rros, ofreciendo daros 200 galeras armadas,  
200.000 infantes de tropa reglada, 2.000 soldados de  
a caballo, 2.000 ballesteros, 2.000 honderos y 2.000  
batidores jinetes a la ligera<sup>62</sup>: aun más, obligome a

---

<sup>61</sup> De estos sucesos, el de Dorieo puede verse circunstancia-  
do en el libro V. 46; del otro apenas hablan los antiguos,  
sabiéndose que cuando Jerges embistió la Grecia, nada po-  
seían ya los Cartagineses en Sicilia, donde algunos años antes  
habían hecho sus establecimientos, arrojados sin duda de ella  
por el ejército de Gelon.

<sup>62</sup> No parezcan superiores estas fuerzas al poder de Siracusa,  
pues además de ser este muy grande por aquellos tiempos,

dar a todo el ejército griego el trigo que durante la guerra necesitare. Pero bien entendido que todo ello ha de ser con la condición de que sea yo el general y conductor de los Griegos contra el bárbaro; que de otra suerte, protesto que ni concurriré yo mismo, ni enviaré allá tropa alguna.»

CLIX. Siagro que esto oía, no pudo sufrirlo con paciencia, sin que le respondiera en esta conformidad: «¡Pardiez! si tal oyera el generalísimo Agame- non, aquel hijo de Pélope, ¿no daría un gran gemido, bañado en lágrimas su rostro, viendo a sus Espartanos despojados de su imperio por Gelon y por los Siracusanos? Gelon, no vuelvas a tomar en boca esa demanda pretendiendo que te demos el mando del ejército. Si quieres socorrer a la Grecia, puedes hacerlo, bien entendido que deberás estar a las órdenes de los Lacedemonios; y si te desdeñas de obedecernos, está muy bien; no vengas en socorro nuestro.» Como oyese Gelon tal respuesta, y viese tan mal recibida su demanda, replicó por fin en estos términos:

CLX. «Amigo Espartano, eso de echar en cara a un hombre honrado tantas desvergüenzas suele

---

debe reflexionarse que en los antiguos Estados todo ciudadano era soldado por lo común.

despertar y encender en todos la cólera, aunque tú con esa insolencia que conmigo usas no has de poder tanto que me fuerces a perderte el respeto que tú no has sabido guardarme. Sólo te diré que si estáis tan hechos y asidos vosotros con el imperio, por buena razón puedo yo estarlo más, pues soy general de un ejército mayor y de una escuadra más numerosa. Con todo, ya que se os hace tan ardua y tan cuesta arriba mi primera propuesta, voy a bajar algo y ceder de mi pretensión: pido para mí el mando por mar si vosotros lo tuviereis por tierra; yo me contento de mandar por tierra si mejor os viniese mandar en los mares. Esta es mi última resolución; escoged, o contentaros con lo que os digo, o despediros sin esperar tener tales y tan poderosos aliados.»

CLXI. Tal fue el partido que Gelon les propuso: previniendo el enviado de Atenas la respuesta del de Lacedemonia, replicóle en esta forma: -«A vos, señor rey de los Siracusanos, nos envió la Grecia, no para pedirnos un general, sino un ejército. Cerrándonos con decir que no lo enviareis a menos de no capitanear en persona a la Grecia, mostráis bien claro lo mucho que deseáis veros con el mando de ella y con el bastón de general. Al oír nosotros los envia-

dos de Atenas vuestra demanda primera tocante al imperio total de los Griegos, tuvimos por bien de no hablar palabra, bien creídos de que el Lacon sólo sería bastante para volver por su causa y por la nuestra igualmente. Mas ahora que vos, rechazado de la pretensión del mando universal, entráis en la demanda de ser el jefe de la escuadra, queremos sepáis bien que ni aun en el caso de que el Lacon os lo conceda, convendremos nosotros en ello, pues nuestro es el imperio del mar si los Lacedemonios no se lo toman, pues a ellos solos lo cederemos si gustaren de tenerlo; fuera de ellos, a nadie del mundo sufriremos por nuestro almirante. Porque ¿de qué nos sirviera poseer una marina superior a la de los demás Griegos, si cediéramos el mando de las escuadras a los Siracusanos, siendo nosotros los Atenienses la nación más antigua de la Grecia, siendo a más de esto los únicos Griegos nunca vagabundos en busca de nuevas colonias, siendo un pueblo de quien hace el poeta Homero un insigne elogio, diciendo que de Atenas fue al Ilion el hombre más hábil de todos en formar las filas y gobernar un ejército, para que se vea que no nace de arrogancia lo que a nuestro favor decimos?»

CLXII. «¿Sabes lo que puedo decirte, amigo Ateniense? respondió Gelon: que según parece, teniendo vosotros muchos que manden, no tendréis a quien mandar. Ahora, pues, ya que sin ceder nada lo queréis todo para vosotros, tomad al punto la vuelta a casa, y acordaos de decir a la Grecia que ella quiere pasar el año sin gozar de la primavera.» Y lo que Gelon quiso con aquella expresión significar bien se deja entender haber sido, que como el tiempo mejor del año es el de la primavera, así la flor de los Griegos era su propio ejército; por donde privándose la Grecia de las tropas auxiliares de Gelon, acudía éste a la comparación de que era aquello como querer quitar al año la florida primavera.

CLXIII. Sucedió, pues, que embarcados ya los embajadores griegos para la Grecia, después de estas conferencias, Gelon, receloso por una parte de que no tendrían los Griegos fuerzas bastantes para vencer al bárbaro, y no pudiendo por otra sufrir la mengua y desdoro de obedecer a los Lacedemonios, siendo soberano de Sicilia, en caso de pasar con sus tropas al Peloponeso, dejando este medio, echó mano de otro más seguro<sup>63</sup>. Apenas oyó decir que el

---

<sup>63</sup> Sin duda Gelon no tendría noticia por entonces de la alianza que se supone contraída por Jerges con los Cartagineses, a

Persa ya había pasado el HelesPonto, despachó luego con tres galeotas o penteconteros para Delfos a Cadmo, hijo de Escites, y natural de Coos, bien provisto de dinero y encargado de una embajada muy atenta. Mandóle que esperase el éxito de la batalla, y si el bárbaro salía con la victoria, que le regalase en su nombre aquel dinero y le entregase el reino de Gelon, dándole la tierra y el agua; pero si salían victoriosos los Griegos, que diese la vuelta Sicilia.

CLXIV. Era este Cadmo un hombre tal, que habiendo heredado de su padre el principado de Coos, quieto a la sazón y pacífico sin peligro de mal alguno, él, con todo, de su voluntad y por amor únicamente de la justicia, renunció en manos de los Coos el gobierno, y pasó a Sicilia, donde en compañía de los Samios fundó la ciudad de Zancle, que mudó después este nombre en el de Mesana, en la cual él mismo habitaba<sup>64</sup>. A este Cadmo, repito, venido a

---

quienes suministró dinero para que acabaran al mismo tiempo con los Griegos de Sicilia y de la magna Grecia.

<sup>64</sup> Dúdase si este Cadmo el Justo fue hijo de aquel Escites, rey de los zancleos, alabado por justo en el libro VI. pár. XXIV de esta historia, o si Escites debió de ser tío paterno del padre de Cadmo. Con éste pasó a Sicilia el poeta Epicarmo.

Sicilia del modo referido, envió allá Gelon, movido de su entereza, que en otras ocasiones tenía bien conocida. Y en efecto, a más de otras muchas pruebas que de su hombría de bien había dado, dio entonces una de nuevo que no fue de menor consideración, pues teniendo en su poder tan grandes sumas de dinero como le había fiado Gelon, no quiso alzarse con ellas pudiendo hacerlo impunemente, sino que al ver que habían salido victoriosos los Griegos en la batalla naval, de cuyas resultas huía Jerges con su armada, púsose luego en viaje para Sicilia, volviendo allá con todos aquellos tesoros.

CLXV. No obstante lo dicho, es fama entre los vecinos de Sicilia, que se hubiera Gelon vencido a sí mismo, a pesar de la repugnancia que sentía en tener que obedecer a los Lacedemonios, dando socorro a los Griegos, si por aquel mismo tiempo no hubiera querido la fortuna que el tirano de Himera<sup>65</sup> Terilo, hijo de Crinipo, arrojado antes de ella por el señor de los Agrigentinos, Teron, el hijo de Enesidemo, condujese a Sicilia un ejército de trescientos mil combatientes, compuesto de Fenicios, Libios,

---

<sup>65</sup> Himera, después Termas, al presente Termine: Agrigento se llama ahora Girgenti.

Espanoles, Genoveses, Helísicos<sup>66</sup>, Sardos y Corsos, a cuya frente venía Amilcar, hijo de Hanon, rey o general de los Cartagineses. Había Terilo logrado el juntar tan poderoso ejército, valiéndose así de la alianza y amistad que con Amilcar tenía, como principalmente del favor y empeño de Anaxilao, hijo de Cretines y señor de Regio, quien no había dudado en dar sus mismos hijos en rehenes a Amilcar, con la mira de vengar la injuria hecha a Terilo su suegro, con cuya hija, llamada Cidipe, había casado Anaxilao. Con esto, pues, quieren decir que no pudiendo Gelon socorrer a los Griegos, resolvióse enviar a Delfos aquel dinero.

CLXVI. A lo dicho también añaden que en un mismo día sucedió que vencieran en Sicilia Gelon y Teron al Cartaginés Amilcar, y los Griegos al Persa en Salamina<sup>67</sup>; y aun oigo decir que Amilcar, hijo de padre Cartaginés y de madre Siciliana, a quien su valor y prendas habían merecido la dignidad de rey

---

<sup>66</sup> Conjetúrase si los Helísicos eran una gente de los Lígures o Genoveses, o bien Helvios o Helvecios

<sup>67</sup> Diodoro pretende que el día de la victoria de Gelon sobre Amilcar coincidió con el de la defensa de Leónidas en Termópilas. A dicha batalla de Gelon contra los Cartagineses, más bien que a la de Hieron contra los piratas etruscos cerca de Cumas, parece debe referirse la oda segunda Pitia de Píndaro.

de los Cartagineses, después de dada la batalla en que fue vencido, desapareció de todo punto, no habiendo parecido ni vivo ni muerto en parte alguna, a pesar de las diligencias de Gelon, que por donde quiera hizo buscarle.

CLXVII. Los Cartagineses por su parte, guiados quizá por una conjetura razonable, cuentan el caso diciendo que aquella batalla de los bárbaros contra los Griegos que en Sicilia se dio, empezó desde la madrugada, y duró hasta el cerrar de la noche; tan largo quieren que fuese el combate: que Amilcar, entretanto, estabase en sus reales ofreciendo de continuo sacrificios, todos de buen agüero, y quemando en holocausto sobre una gran pira las víctimas enteras; pero que al ver la derrota de los suyos, así como se hallaba haciendo libaciones sobre los sacrificios se arrojó de golpe en aquel fuego, y así abrasado y consumido desapareció. Lo cierto es que ora desapareciese Amilcar del modo que dicen los Fenicios, ora del otro que cuentan los Siracusanos, es tenido por héroe, a quien hacen sacrificios y a cuya memoria no sólo en las colonias cartaginesas se han erigido monumentos, pero aun en Cartago misma se le edificó uno grandísimo. Y baste ya lo dicho de Sicilia.

CLXVIII. Pero los Corcireos, contentos con dar buenas palabras a los enviados, no pensaban en hacerles obra buena; porque encarados con ellos los mismos embajadores que fueron a Sicilia y proponiéndoles las razones mismas que a Gelon propusieron los de Corcira, desde luego se les ofrecieron a todo, prometiendo enviarles las tropas en su socorro, añadiendo que bien veían ellos que no les convenía desamparar la Grecia y dejarla perecer, que perdida ésta cargaría sin la menor dilación sobre sus cervices el yugo de la esclavitud persiana, que sus mismos intereses les obligaban a hacer todo esfuerzo posible para defenderla: tan especiosa fue la respuesta que les dieron. Pero cuando vino el tiempo crítico del socorro, con miras bien contrarias armaron sesenta naves, y hechos a la vela, floja y pesadamente llegaron al cabo al Peloponeso. Allí, cerca de Pilos y de Ténaro<sup>68</sup> echaron ancla en las costas de los Lacedemonios, estándose también a la mira a ver en que pararía la guerra, desconfiados de que pudiesen vencer los Griegos, y persuadidos de que el Persa, tan superior en fuerzas, se apoderaría de toda la Grecia. Así que ellos obraban de modo que

---

<sup>68</sup> Pilo conserva el nombre antiguo; Ténaro lleva el de Caibares, o bien el de puerto de las Codornices

llevaban estudiada ya la arenga pala el Persa en estos términos: -«Nosotros, señor, por más que fuimos solicitados de los Griegos para entrar en la liga y haceros la guerra, no quisimos ir contra vos ni daros que sentir en cosa alguna, y esto no siendo las más cortas nuestras fuerzas, ni el número de nuestras naves el menor, antes bien el más crecido después de los de Atenas.» Con estas razones esperaban sacar del Persa un partido ventajoso y superior al de los otros, ni les saliera vana su esperanza a mi modo de entender; y para con los Griegos llevaban prevenida también su excusa, de que después en efecto se valieron; porque como les culpasen los Griegos, por no haberles socorrido, respondieron que de su parte habían hecho su deber armando sesenta gale-ras; que el mal había estado en no poder doblar el promontorio de Malea impedidos de los vientos Etesias, y que con esto no habían arribado a Sala-mina, donde sin culpa ni engaño alguno habían lle-gado algo después de la batalla naval. Con este pretexto procuraron engañar a los Griegos.

CLXIX. Por lo que mira a los de Creta, después que les convidaron los enviados de la Grecia para la confederación, destinaron ellos de común acuerdo sus remeros a Delfos, encargados de saber de aquel

oráculo si les sería de provecho socorrerá la Grecia, a quienes respondió la Pythia: «¡Simples de vosotros! quejosos de los desastres que os envió furioso Minos, en pago de la defensa y socorro dado a Menelao, no acabáis de enjugar vuestras lágrimas. Ven-góse Minos porque no habiendo los Griegos con-currido a vengar la muerte que en Camico se le dio, vosotros con todo salisteis en compañía de ellos a vengar a una mujer que robó de Esparta un hombre bárbaro» Lo mismo fue oír los Cretenses el tenor del oráculo traído, que suspender el socorro a favor de los Griegos.

CLXX. Aludía el oráculo a lo que se dice de Mi-nos, quien habiendo llegado en busca de Dédalo a Sicania, que ahora llamamos Sicilia, acabó allí sus días con una muerte violenta<sup>69</sup>; que pasado algún tiempo, los Cretenses, a quienes Dios incitaba a la venganza, todos de común acuerdo, excepto sola-mente los Policnitanos y los Presios, pasando a Sici-lia con una poderosa armada, sitiaron por cinco años a la ciudad de Camico que poseen al presente los de Agrigento; pero como al cabo ni la pudiesen

---

<sup>69</sup> Diodoro y Conon tratan de esta expedición del rey Cócalo; de la fundación de la colonia minosa Heraclea, al presente

rendir ni prolongar más el sitio por falta de víveres, la dejaron libre y se volvieron. Que cuando en su navegación estuvieron en las costas de la Yapigia, les cogió una tempestad que los arrojó a la playa, y que perdidas en el naufragio o fracasadas las naves, como les pareciese imposible el regreso a Creta, se vieron precisados a quedarse allí en la ciudad de Hiria<sup>70</sup>, que fundaron ellos mismos, en donde, mudándose el nombre, en vez de Cretas se llamaron Yapiges Messarios, y dejando de ser isleños, se hicieron moradores de tierra firme. Que desde Hiria salieron a fundar otras ciudades, de donde como mucho tiempo después quisiesen desalojarlos los Tarentinos, fueron rotos y deshechos totalmente, de suerte que la matanza así de los de Regio como de los de Tarento allí sucedida, fue la mayor de cuantas sepa yo haber padecido los Griegos; pues entonces fue cuando 3.000 ciudadanos de Regio a quienes Micito, hijo de Quero, obligó a tomar las armas en socorro de los Tarentinos, perecieron del mismo modo que sus aliados; si bien no pudo hacerse el cómputo de los Tarentinos que allí murieron. Y este

---

Castel Blanco, establecida por Minos, o después de su muerte por los de Creta.

Micito de que hablo fue aquel que, siendo criado de la familia de Anaxilao, se quedó por gobernador de Regio, de donde arrojado después pasó a Tegea la de los Arcades, y erigió en Olimpo muchas estatuas.

CLXXI. Pero dejada ya esta digresión que hice de mi historia para decir algo de las cosas de Regio y de Tarento, volvamos a Creta, adonde, según cuentan los Presios, pasaron a vivir como en una tierra despoblada muchos hombres, especialmente de los Griegos<sup>71</sup>. En la tercera edad, después de muerto Minos, sucedió la expedición contra Troya, en la cual no se mostraron los Cretenses los peores defensores de Menelao, en pena de cuya defensa y del descuido de vengar a Minos, vueltos ya de Troya, viéronse asaltados del hambre y de la peste, así hombres como ganados; de suerte que habiendo sido segunda vez despoblada Creta, son los Cretenses que ahora la habitan los terceros colonos de ella mezclados con los pocos que allí habían quedado. La Pythia, al fin, recordando a los Cretenses estas

---

<sup>70</sup> La Yapigia correspondía a la tierra de Otranto en Nápoles, y la antigua Hiria al lugar presente de Rodi

<sup>71</sup> Pocos asuntos tan interesantes como éste de la población de Creta se hallan tan dudosos y controvertidos. La narración de Herodoto es conforme con la que apunta Homero, *Odis.*, 1. XIX, v 172.

memorias, les hizo desistir del socorro que deseaban dar a los Griegos.

CLXXII. Los Tésalos, aunque siguieron por fuerza al principio el partido de los Medos, mostraron después que no les placían las artes y designios de los Alévadas; porque luego que entendieron estar ya el Persa para pasar a Europa, enviaron sus embajadores al Istmo, sabiendo que allí se había juntado un congreso de los diputados de la Grecia, varones escogidos de todos los pueblos que seguían el partido mejor a favor de la independencia de la misma. Llegados allá los embajadores de los Tésalos, hablaron en esta conformidad: -«Nosotros, oh varones Griegos, sabemos bien que para que la Tesalia, y con ella toda la Grecia, quede a cubierto de la guerra, es menester guardar bien la entrada del monte Olimpo, la cual nosotros estamos prontos a custodiar en compañía vuestra; si bien os prevenimos que a este fin es preciso enviar allá mucha tropa. Pero una cosa queremos que entendáis: que si no queréis enviarnos guarnición, nosotros nos compondremos con el Persa; pues no es razón que nosotros solos, apostados en tanta distancia para la guardia y defensa del resto de la Grecia, seamos las víctimas de toda ella, mayormente no teniendo vo-

sotros derecho que nos pueda obligar a tanto, si no queremos nosotros; pues el no poder más, puede más que el deber. Veremos nosotros, en suma, cómo poder quedar salvos.»

CLXXIII. Tal fue el discurso de los Tésalos, en fuerza de cuya representación acordaron los Griegos enviar a Tesalia por mar un ejército de infantes que guardase aquellas entradas, el cual, luego de levantado y junto, navegó allá por el Euripo. Así que la gente hubo llegado a Alo, ciudad de Acaya<sup>72</sup>, saltó en tierra, y dejadas las naves, marchaba hacia Tesalia, hasta que en Tempe se apostó en aquella entrada que desde Macedonia la baja lleva a Tesalia por las riberas del Peneo entre los dos montes Olimpo y Osa. En aquel puesto atrincheraron los oplitas o infantes griegos, que venían a ser 10.000, con quienes se juntó la caballería de los Tésalos. Eran dos sus comandantes: uno el de los Lacedemonios, por nombre Eveneto, hijo de Careno, quien a pesar de no ser de familia real, había sido nombrado para este mando como uno de los polemarcos u oficiales mayores; otro el de los Atenenses, llamado Temístocles, hijo de Neocles. Detuviéronse allí las tropas unos pocos días: el motivo de ello fue que

---

<sup>72</sup> No lejos de Farsalia.

unos enviados allá de parte de Alejandro, soberano de la Macedonia e hijo de Amintas, les aconsejaron que se retirasen si no querían ser atropellados y aun pisados en aquel estrecho paso por el ejército enemigo, significándoles cuán innumerable era el ejército de tierra y la copia de naves. Al oír el aviso y consejo que les daba el Macedon, teniéndolo por acertado y mirándolo nacido de un ánimo amigo y de buen corazón, resolviéronse a seguirlo; aun cuando lo que en efecto les impelió más a ello, a mi juicio, fue el miedo o desconfianza de lograr su intento, oyendo decir que a más de aquella entrada había otra para la Tesalia yendo por los Perrebos en la alta Macedonia y por la ciudad de Gonno<sup>73</sup>, que fue el camino por donde entró cabalmente el ejército de Jerges. Con esto, embarcadas de nuevo las tropas griegas, se volvieron al Istmo.

CLXXIV. En esto vino a parar el subsidio destinado a guarnecer la Tesalia, cuando el rey, que se hallaba ya en Abidos, estaba para pasar desde el Asia a la Europa. Viéndose, pues, los Tésalos des- tituidos de aliados, se entregaron con tanta resolución y empeño al partido de los bledos, que a juicio

---

<sup>73</sup> Quizá es la que al presente se llama Gonisa.

del mismo rey fueron los que mejor y con más utilidad le sirvieron en aquella ocasión.

CLXXV. Vueltos al Istmo los Griegos, movidos del aviso que les había dado Alejandro, entraron de nuevo en consulta dónde sería mejor oponerse al enemigo y qué región fuese más oportuna para teatro de aquella guerra. La opinión más seguida fue que convenía ocupar la entrada en las Termópilas, así por parecerles que era más angosta que la que da paso a la Tesalia, como también por estar más cercana y vecina de la Grecia propia. Ayudóles a ello no tener por entonces noticia de cierta senda de que ni los mismos Griegos que después perecieron cogidos en Termópilas la tuvieron antes que de ella les informasen los Traquinios<sup>74</sup>, hallándose ya en aquellas angosturas. Acordaron, pues, guardar aquel paso para impedir que el bárbaro entrase en la Grecia, y despachar al mismo tiempo las escuadras hacia Artemisio y la costa Histieótida. Y así lo resolvieron,

---

<sup>74</sup> La ciudad de los Traquinios o Heraclea Traquis es ahora la pequeña aldea de Comaro; el estrecho de Termópilas se llama la Boca del Lobo. En cuanto al Artemisio y la Histieótida, es el primero un promontorio de Eubea que da también su nombre al estrecho del mar vecino, y la Histieótida una comarca marítima de Tesalia.

por estar tan vecinos aquellos dos puestos que en cada uno se podía saber lo que en el otro sucediese.

CLXXVI. Explicaré la situación de tales lugares: desde el mar ancho de la Tracia empieza a encerrarse el dicho Artemisio en un canal estrecho que corre entre la isla de Sciato y el continente de Magnesia. Desde el estrecho de Eubea comienza la playa después del promontorio de Artermisio, en la cual está el templo de Diana. Por lo que mira a la entrada en Grecia por Traquina, viene a tener un medio pletro (yugada) donde más se estrecha; si bien esta estrechez suma no es la misma en todo aquel paso, sino solamente un poco antes de acercarse y después de dejar las Termópilas; y aun el camino cerca de los Alpenos que deja a las espaldas, sólo da lugar a un carro; y pasando adelante al lado del río Fénix, y cerca de la ciudad de Antela, otra vez sólo hay paso para un carro. Al Poniente de las Termópilas se levanta un monte alto, inaccesible y escarpado que va hasta el Eta, y por el Levante de las mismas el mar estrecha aquel camino juntamente con unas lagunas y cenagales. Hay en aquella entrada unos baños de agua caliente, que los naturales llaman ollas, y en ellos se deja ver un altar erigido en honra de Hércules. Antiguamente se había levantado una muralla

en aquel paso y en ella había puertas: sus constructores fueron los Focenses por miedo de los Tésalos, viendo que éstos desde la Tesprocia habían pasado a vivir en la región Eólida<sup>75</sup>, que es la que al presente poseen; porque como los Tésalos procurasen sujetar a los Focenses, opusieron éstos aquel reparo para su defensa, y entonces fue cuando discutiendo todos los medios para impedir que pudiesen invadirles su tierra, dieron curso por aquella entrada a las fuentes de agua caliente. Verdad es que aquel muro viejo desde tan antiguo edificado, se hallaba ya con el tiempo por la mayor parte desmoronado y caído; y con todo, resolvieron los Griegos que convenía repararle y cerrar al bárbaro con aquel reparo el paso para la Grecia. Muy cerca de aquel camino hay una aldea llamada los Alpenos, en donde pensaron los Griegos que podrían proveerse de víveres.

CLXXVII. Estos parajes parecieron a los Griegos los más aptos para su defensa; pues miradas atentamente y pesadas todas las circunstancias, convinieron en que debían esperar al bárbaro invasor de la Grecia en un puesto tal, en que no pudiera servirse de la muchedumbre de sus tropas y mucho

---

<sup>75</sup> Nombre antiguo de la Tesalia; la Tesprocia era una región del Epiro, quizá la moderna Vayelitia

menos de su caballería; y luego que supieron que el Persa se hallaba ya en Pieria, partiéndose del Istmo, unos se fueron por tierra a Termópilas con sus tropas, los otros por mar a Artemisio con sus galeras.

CLXVIII. Los Griegos destinados al socorro de la patria iban a prestársele con toda puntualidad. Los Delfios entretanto, solícitos por su salvación y por la de la Grecia, consultaron acerca de ella a aquel su dios. La respuesta del oráculo fue, que se encomendasen muy de veras a los vientos, que ellos serían los mejores aliados y compañeros de armas de la Grecia. Recibido este oráculo, diéronse luego prisa los de Delfos a comunicar con aquellos Griegos que querían conservar su libertad lo que se les había respondido; medio con que se ganaron sumamente el favor y gracia de los pueblos a quienes el bárbaro tenía amedrentados. Hecho esto, alzaron los Delfios en honor de los vientos una ara en Tyia, allí donde Tyia<sup>76</sup>, la hija de Cefiso, tiene su recinto sagrado, tomando de ella nombre aquel lugar, y les hicieron sacrificios; en fuerza de cuyo oráculo aun hoy día los Delfios con sacrificios aplacan a los vientos.

---

<sup>76</sup> Sospéchase si sería la mencionada Tyia, la hija de Castalio, madre de Delfo y amiga de Apolo.

CLXXIX. Para volver a la armada de Jerges, habiendo salido de la ciudad de Terma, envió delante diez naves las más ligeras de todas en derechura hacia Selato, en donde los Griegos tenían adelantadas tres galeras de observación, una de Trecena, otra de Egina, y otra de Atenas, y al descubrir éstas las naves de los bárbaros entregáronse luego a la fuga.

CLXXX. Los bárbaros, dando caza a la galera Trecenia en que iba por capitán Praxino, muy presto la rindieron; y luego, cogiendo al soldado que hallaron el más gallardo de la tripulación, le degollaron encima de la proa de la nave, interpretando a buen agüero el que fuera tan bello y gentil el primero de los Griegos que prendieron. Llamábase León el degollado, nombre que tal vez contribuyó a que fuese la primera víctima de los Persas.

CLXXXI. La galera de Egina, en que iba por capitán Asónides, no dejó de dar mucho que hacer a los Persas, obrando aquel día en su defensa prodigios de valor un soldado que en ella servía, por nombre Pites, hijo de Isquenoo. Este, al tiempo de la refriega, al ser apresada su nave, resistió con las armas en la mano, hasta que todo él quedó acribado de heridas. Pero como al cabo cayese, los Persas que en las naves servían, viéndole respirar todavía,

prendados del valor del enemigo, procuraron con sumo empeño conservarle la vida, curándole con mirra las heridas, y atándoselas después con unas vendas cortadas de un lienzo de *biso* (holanda muy fina). Cuando volvieron a sus reales iban mostrándolo a toda la gente, pasmados de su valor y con mucha estima y humanidad, siendo así que trataban como a viles esclavos a los otros que en la misma nave habían cogido.

CLXXXII. Así fueron apresadas las dos mencionadas naves; pero la tercera, cuyo capitán era Formo, ciudadano de Atenas, varó al huir en la embocadura del Peneo, con lo cual lograron los bárbaros apoderarse del buque, pero de la gente no; pues lo mismo fue ver encallada la nave que saltar a tierra los Atenienses, y volverse a Atenas a pié, caminando por la Tesalia. Los Griegos apostados con sus naves en Artemisio, después de entender lo que pasaba por medio de los fuegos, que para señal y aviso se encendieron en Sciato, llenos de miedo, desamparada aquella posición, hiciéronse a la vela para Calcide, con ánimo de cubrir y guardar el Euripo, si bien dejaron en las alturas de Eubea sus atalayas que de día observasen al enemigo.

CLXXXIII. De las diez naves mencionadas de los bárbaros, tres se fueron arrimando a aquel escollo que está entre Sciato y Magnesia y se llama *Mirmez* (hormiga). Después que los bárbaros levantaron encima del escollo una columna de piedra que consigo traían, salió de Terma el grueso de su armada, once días después que de allá había partido con sus tropas el monarca, y viendo que en aquellas aguas no parecía enemigo que les disputase el paso, iban navegando con toda la escuadra. El piloto principal que la conducía, a fin de no dar en aquel escollo notado con la columna, que se hallaba en la derrota que seguían, era Pammon el Scirio. Habiendo los bárbaros navegado todo aquel día, pasaron parte de la costa de Magnesia hasta llegar a Sepiada<sup>77</sup> y a la playa que está entre aquella costa y la ciudad de Castanea.

CLXXXIV. Hasta llegar al dicho lugar y a Termópilas no tuvo contratiempo alguna aquella armada, cuyo número subiría entonces, según hallo por mis cuentas, a la suma de 1.207 naves venidas del Asia. La suma de la gente que en las naves venía,

---

<sup>77</sup> Sepiada, llamada por unos el cabo de Monastir, por otros el cabo de Quetuno, Magnesia se hallaba en la Tesalia, donde está presente el cabo de San Jorge.

tomada desde el principio de todas aquellas naciones, sería de 241.400 personas, y esto a razón de 200 hombres por nave; pues a más de esta guarnición nacional de las naves iban en cada una de ellas 30 soldados de tropa, ya Persas, ya Medos, ya Sacas, cuya suma de tropa, subía por su parte a 36.210 soldados. A este último número y al otro anterior voy a añadir la suma de gente que en las galeotas o penteconteros venía a razón de 80 hombres por galeota, pues tantos vendrían a ser poco más o menos. Llevo de antes dicho ya que eran 3.000 esos buques, de donde se saca que la suma de su tripulación era de 240.000 hombres. Así que todo el número del ejército de mar asiático hacía la suma de 517.000 hombres con el pico de más de 610. El número de la infantería en el ejército de tierra fue de 1.700.000 y el de la caballería de 80.000: a estos quiero añadir los Árabes que venían en sus camellos, los Libios que acudían en sus carros, y solamente calculará que fuesen todos 20.000 hombres: ahora, pues, la suma total que resulta de los dos ejércitos de mar y de tierra juntamente computadas sube a 2.317.910 hombres; y en este número de tropas sacadas del Asia no incluyo el número de criados y vivanderos,

como tampoco el de los que venían con las embarcaciones cargadas de bastimentos.

CLXXXV. Al número ya sumado es preciso añadir ahora las tropas que le acompañaban tomadas de la Europa, si bien deberemos en esto seguir un cómputo prudente. Digo pues, que los Griegos situados en Tracia y en las islas a ella adyacentes concurrían con 120 naves, por donde los hombres que en ellas venían subirían a 24.000. Añado que los que al ejército juntaban sus tropas por tierra eran los Tracios, los Peones, los Eordos, los Botieos, los colonos oriundos de Cálcide, los Brigos, los Pierios, los Macedonios, los Perrebos, los Enienes, los Dólopes, los Magnesios, los Aqueos, y en un palabra todos los pueblos las castas de la Tracia, de cuyas naciones pongamos que fuera de 300.000 el número de soldados. De suerte, que añadidas estas cifras a la suma de tropa que del Asia venía, el grueso de la gente de guerra se componía de 264 miríadas con el pico de 1.610 hombres, que hacen 2.641.610.

CLXXXVI. Y siendo tan excesivo el número de esta gente de guerra, para mí tengo que no sería menor, sino mayor aún, la chusma en la comitiva de criados y de marineros en las embarcaciones de transporte, en especial en otras naves del convoy que

al ejército seguían. Pero demos que el número de la gente del séquito fuese el mismo ni más ni menos que el de la guerra, y que compusiese aquella otras tantas miríadas como esta componía. Así, con este cómputo, la suma total que Jerges, el hijo de Darlo, condujo hasta Sepiada y Termópilas, subiría a 528 miríadas y 3.220 hombres, que son 5.283.220 hombres.

CLXXXVII. Esta era, pues, la suma mayor del ejército de Jerges, que el número cabal de las mujeres panaderas, de las concubinas y de los eunucos, no será fácil que nadie lo defina, como ni lo será tampoco el que se nos diga el número de tiros en los carros, bestias de carga y el de los perros indios que allí iban. De suerte, que nada me maravilló que el agua de algunos ríos no bastase a satisfacer la sed de tanta turba; pero sí me admiro mucho de que hubiese víveres a mano para abastecer la necesidad de tantos millares de bocas, porque por mis cuentas hallo que llevando al día cada soldado la ración de una chenica (o celetin) de trigo, se gastarían diariamente once miríadas, o bien 410.340 medimnos o cargas del mismo grano, sin contar en este número los víveres para las mujeres, para los eunucos, para los bagajes y para los perros. Y entre tanta muche-

dumbre de gente no se hallaba nadie que en lo gentil de la persona y alto del talle, pareciera más digno y acreedor al mando soberano que el mismo rey Jerges.

CLXXXVIII. Esta gran armada, después que emprendido el curso hubo ya llegado a cierta playa de la costa de Magnesia que está entre la ciudad de Castanea y la costa Sepiada, sacó a la orilla las primeras naves que allí arribaron; pero las que después llegaban, dejábanlas ancladas por su turno, de suerte que por no ser muy grande la playa, anclaron allí formando una escuadra de ocho naves de fondo, todas con la proa al agua. En este orden pasaron aquella noche; pero un poco antes del día, estando el cielo sereno y el mar tranquilo, levantóseles de repente una gran tempestad, hinchándoseles el agua con la furia del viento subsolano, al cual suelen los del país llamar Helespontias. Sucedió, pues, que todos los que observaron que el viento crecía y que por el puesto y orden que anclaban pudieron prevenir la tempestad sacando a tierra sus naves, todos quedaron salvos con ellas. Pero a todas las demás naves que el viento halló ancladas, se las fue llevando con furia, y arrojó las unas a un lugar que está en Pelio llamado *Ipnos* (hornos), y las otras hacia las

playas, de suerte que éstas se estrellaban en Sepiada, aquéllas en la ciudad de Melibea<sup>78</sup>, otras naufragaron en Castanea. Tan deshecha y formidable era la tormenta.

CLXXXIX. Es fama común que los Atenienses, avisados por un nuevo oráculo que acababa de venirles, en que les decía que llamasen en su asistencia y socorro al *yerno*, invocaron con ruegos al Bóreas; pues que, según la tradición de los Griegos, el viento o dios Bóreas estaba casado con una dama ática por nombra Orytia, hija de Erecteo. Movidos, pues, de tal parentesco, que la fama pública dio por valedero, conjeturaban los Atenienses que seria el Bóreas aquel yerno del oráculo, y hallándose con la armada apostados en Calcida, ciudad de Eubea, luego que vieron iba arreciando la tormenta, o quizá antes que la tormenta naciese, invocaban en sus sacrificios al Bóreas y a Orytia que soplasen en su favor, y que hicieran fracasar las naves de los bárbaros, como antes lo habían hecho cerca de Atos. Si fue por estos ruegos y motivos que cargase el Bóreas sobre los bárbaros anclados, no puedo decirlo; sólo digo que pretenden los Atenienses que así como antes les había socorrido el Bóreas, él

---

<sup>78</sup> Situada en Tesalia al pié del monte Osa.

mismo fue entonces el que tales estragos a favor suyo ejecutó. Lo cierto es, que después de partidos de allí edificaron un templo a Bóreas cerca del río Iliso<sup>79</sup>.

CXC. En aquel contratiempo acaecido a los bárbaros, los que más cortos andan no bajan de 400 las naves que dicen haberse perdido allí, y con ellas un número infinito de gente, y una inmensidad de dinero y de cosas de valor. Aquel naufragio, en efecto, fue una mina de oro para un ciudadano de Magnesia llamado Aminocles, hijo de Cretino, que tenía en Sepiada una posesión, pues en algún tiempo recogió allí mucho vaso de oro y mucho asimismo de plata; allí encontró tesoros de los Persas, allí logró infinitas preciosidades y alhajas de oro, de suerte que no siendo por otra parte hombre afortunado, vino a ser muy rico con tanto hallazgo; pero con el dolor y pena de ver muertos desastradamente a sus hijos.

CXCI. Fueron sinnúmero las arcas cargadas de víveres y los otros buques que entonces perecieron. El destrozo en suma fue tal y tan grande, que los jefes de la armada, recelosos de que los Tésalos, viéndolos tan abatidos y mal parados, no se dejasen caer sobre ellos, hicieron de las mismas tablas y reli-

---

<sup>79</sup> Hoy día un pequeño torrente que va al Pireo.

quias del naufragio unas altas trincheras alrededor de su campo. Duró la borrasca por el espacio de tres días: al cuarto los Magos, con víctimas humanas con encantamientos del viento, acompañados de aullidos, con sacrificios hechos a Tetis y a la Nereidas, lograron que calmase, si no es que calmó de suyo sin la mediación de los Magos. Y la causa que les movió a sacrificar a Tetis fue haber entendido de los Jonios cómo aquella diosa había sido arrebatada por Peleo de aquel lugar, y que toda la costa Sepiada estaba bajo la protección y tutela de Tetis y de las demás Nereidas.

CXCII. Las centinelas diurnas de Eubea, bajando de sus eminencias, fueron corriendo a dar a los Griegos la noticia de los estragos del naufragio el segundo día de la tempestad. Ellos, con este aviso, hechas sus súplicas y ofrecidas sus libaciones a Neptuno el Salvador, volviéronse con toda prisa a Artemisio, esperando hallar corto número de naves enemigas; y llegados segunda vez, anclaron cerca de aquel promontorio. Esta fue la primera que dieron a Neptuno el nombre de Salvador.

CXCIII. Luego que cesó el viento y calmaron las olas, los bárbaros, echando al agua sus naves, iban navegando por la costa del continente, y doblado el

cabo de Magnesia, encaminaron las proas hacia el seno que lleva a Pagasas<sup>80</sup>. Hay allí en aquel golfo de Magnesia cierto lugar en donde dicen que Hércules, habiendo sido enviado a hacer aguada, fue abandonado de Jason y de sus compañeros, los de la nave *Argos*, cuando viajaban hacia Ea<sup>81</sup> de Colquide, en busca del vellocino de oro; pues desde aquel lugar, hecha la provisión de agua, habían resuelto hacerse a la vela; y este fue el motivo por el que se le dio al lugar el nombre de Afetas, o abandono. Aquí fue donde dio fondo la escuadra de Jerges.

CXCIV. Pero sucedió que quince naves de la misma que se habían quedado muy atrás en la retaguardia, como viesan las de los Griegos que estaban en Artemisio, y creyesen aquellos bárbaros que serían de las suyas, fueronse hacia ellas y dieron en manos de los enemigos. Era el comandante Sandoces, hijo de Tamasio y gobernador de Cima la Eólida, a quien siendo uno de los jueces regios, había el rey Darío condenado antes a muerte de cruz, convencido del grave delito de haberse dejado cohechar con dinero en una causa que sentenció. Pendiente

---

<sup>80</sup> Ciudad de la comarca Magnesia, al presente Volfo.

<sup>81</sup> Ea, ciudad hoy, según unos, Lipótamo; según otros, Uturet.

ya en la cruz el reo juez, mirando en ello Darío, halló que eran mayores los servicios hechos a la casa real por aquel ministro que los delitos cometidos; y parte por esto, parte por conocer que él mismo había obrado en aquello con más precipitación que acuerdo, le soltó y dio por libre. Así escapó con la vida de las manos del rey; pero, entonces, dando por mar en las de los Griegos, no había de tener la dicha de escapar segunda vez, porque viéndoles navegar los Griegos hacia ellos, entendido luego el error y equivocación en que estaban, saliéndoles al encuentro, fácilmente los apresaron.

CXCV. En una de dichas naves fue preso Aridolis, señor de los Alabadenses<sup>82</sup> que moran en Caria, y en otra lo fue asimismo Pentilo, hijo de Demonoo, jefe de los Pafos, de donde, como hubiese conducido doce naves, perdidas después las once en la tempestad sufrida en la costa Sepiada, navegando hacia Artemisio en la única que le quedaba, fue hecho prisionero. A todos estos cautivos, después de tomar lengua de ellos, de cuanto querían saber tocante al ejército de Jerges, enviaron los Griegos atados al istmo de los Corintios.

---

<sup>82</sup> Su ciudad conserva aun el nombre de Eblebanda: Pafos de Chipre se llama actualmente Bufo.

CXCVI. Así arribó a Afetas la armada naval de los bárbaros, exceptuadas las quince naves que, como decía, eran mandadas por el general Sandoces. Jerges, con el ejército de tierra, marchando por la Tesalia y por la Acaya, llegó al tercer día a la ciudad de los Melienses, habiendo hecho en Tesalia la prueba de la caballería tékala, de la que oía decir que era la mejor de toda la Grecia, ordenando un certamen ecuestre en que la hizo escaramuzar con la suya propia, y en el cual aquella caballería griega llevó de mucho la peor parte. Entre los ríos de Tesalia, el Onocono no dio por sí solo bastante agua al ejército con toda su corriente; ni entre los de la Acaya pudo el Apidano, siendo el mayor de todos, satisfacer, sino escasamente, a las necesidades de aquellas tropas.

CXCVII. Al marchar Jerges hacia Alo, ciudad de la Acaya, queriéndole dar cuenta y razón de todo los guías del camino, íbanle refiriendo cierta historia y tradición nacional acerca del templo de Júpiter el Lafistio. Decíanle cómo un hijo de Eolo, por nombre Atamante, de acuerdo y consentimiento con

Ino, había maquinado dar la muerte a Frixo<sup>83</sup>; cómo después los Aqueos, en fuerza de un oráculo, establecieron contra los descendientes de Frixo, cierta ley gravosa, que fue prohibir a todo mayorazgo de aquella familia la entrada en su pritaneo, que llaman *leita* los de Argos, colocando allí guardias para no dejarles entrar, y esto so pena que el que entrase allí no pudiese salir de modo alguno antes de ser destinado al sacrificio. Añadían también que muchos de aquella familia, estando ya condenados al sacrificio, por miedo de la muerte se habían huído a otras tierras, las cuales, si volvían después de pasado algún tiempo y podían ser cogidos, eran otra vez remitidos al pritaneo. Decían que la tal víctima, cubierta toda de lazos y guirnaldas y llevada en procesión, era al cabo inmolada, y que el motivo de ser así maltratados aquellos descendientes de Citisoro, que era hijo del mencionado Frixo, fue el siguiente: habían resuelto los Aqueos, conforme cierto oráculo, que Atamante, hijo de Eolo, muriese como víctima propiciatoria por su país, y cuando estaban ya para sacrificarle, volviendo dicho Citisoro de Ea, ciudad

---

<sup>83</sup> Según la mitología, Frixo, huyendo a Ea de Colquide con Hele su hermana, se libró de las manos de su padre y de su madrastra Ino.

de la Colquíde, libróle de sus manos, y en pena de este atentado descargó Júpiter el Lefistio la ira y furor contra sus descendientes. Jerges, que tal había oído, cuando llegó cerca del templo y sagrado recinto, no sólo se abstuvo de profanarlo, sino que prohibió a todo el ejército que nadie le violase, y aun a la casa de los descendientes de Atamante tuvo el mismo respeto con que había venerado aquel santuario.

CXCVIII. Esto es lo que sucedió en Tesalia y en Acaya, de donde continuó Jerges sus marchas hacia Málida por la costa de aquel golfo, en el cual no cesa en todo el día el flujo y reflujo del mar<sup>84</sup>. Hay allí vecino al golfo un terreno llano, en unas partes espacioso y en otras muy angosto; alrededor de la llanura se levantan unos altos e inaccesibles montes, que cierran en torno toda la comarca Málida y se llaman los peñascos Traquinios. La primera ciudad que en aquel golfo se encuentra al venir de Acaya es Anticira<sup>85</sup>, bañada por el río Sperquio, que corre desde los Enienes y desagua en el mar. Después de este río, a distancia de 20 estadios, hay otro que se

---

<sup>84</sup> Este era el Euripo o golfo de Negroponto: la Málida correspondía en la costa del golfo de Ziton.

llama el Diras, del cual es fama que apareció allí de repente para socorrer a Hércules mientras se estaba abrasando; pasado éste, cosa de otros 20 estadios, se da con otro río llamado el Melas.

CXCIX. Distante del Metas por espacio cinco estadios está una ciudad llamada Traquina, y por aquella parte donde se halla situado es por donde se extiende más a lo ancho todo el país desde los montes hacia el mar, pues se cuentan allí 22.000 pletros o yugadas de llanura. En el monte que ciñe la comarca Traquinia se descubre una quebrada que cae al Mediodía de Traquina, y pasando por ella el río Asopo va corriendo al pie de la montaña.

CC. Al Mediodía del Asopo corre otro río no grande, llamado el Fénix, que bajando de aquellos montes va a desaguar en el Asopo. El paso más estrecho que hay allí es él que está cerca del río Fénix, en donde no queda más espacio que el de un solo camino de ruedas, abierto allí por el arte. Desde el río Fénix hasta llegar a Termópilas se cuentan 15 estadios, y a la mitad de este camino, entre el río Fénix y Termópilas, se halla una aldea llamada Antela, por donde pasando el Asopo desemboca en el

---

<sup>85</sup> Ciudad de Acaya, cerca del golfo de Ziton, frontera a la isla del mismo nombre, donde se criaba el eléboro.

mar. Ancho es el sitio que hay cerca de dicha aldea y en donde está edificado el templo de Céres la Anfictionida<sup>86</sup>, los asientos de los Anfictiones y el templo también del mismo Anfiction.

CCI. Volviendo a Jerges, tenía éste su campo en la comarca Traquinia de Málida, y los Griegos el suyo en aquel paso estrecho que es el lugar al que la mayor parte de los Griegos llaman Termópilas, si bien los del país y los comarcanos le dan el nombre de Pilas. Estaban, pues, como digo, acampados unos y otros en aquellos lugares: ocupaba el rey todo el distrito que mira al Bóreas hasta la misma Traquina; los Griegos el que tira al Mediodía en aquel continente.

CCII. Era el número de los Griegos apostados para esperar al rey en aquel lugar: de los Espartanos 300 oplitas; de los Tejeos y Mantineos 1.000, 500 de cada uno de estos pueblos; de Orcomeno, ciudad de la Arcadia, 120; de lo restante de la misma Arcadia, 1.000, y este era a punto fijo el número de los Arcades; de Corinto 400; de Fliunte 200, y de los Miceneos 80, siendo estos todos los que se hallaban

---

<sup>86</sup> Esta Céres no parece otra que Céres Pilea. El templo que Acrisio quizá edificó, era donde se juntaban los diputados de la Grecia llamados los Pilágoras.

presentes venidos del Peloponeso; de los Beocios y Tespienses 700, y 400 los Tebanos.

CCIII. A más de los dichos, habían sido convocados los Locros Opuncios<sup>87</sup> con toda su gente de armas y mil soldados más de los Focenses. Habíanlos llamado los Griegos enviándoles unos mensajeros que les dijese cómo ellos se adelantaban ya, precursores de los demás, a ocupar aquel paso, y que de día en día esperaban allí a los otros aliados que estaban en camino; que por lo tocante al mar estaba cubierto y guardado con las escuadras de los de Atenas, de los de Egina y de los restantes pueblos que tenían fuerzas navales; que no tenían por qué temer ni desmayar, pues no era ningún dios venido del cielo, sino un hombre mortal, el enemigo común de la Grecia invadida; que bien sabían ellos que ni había existido mortal alguno, ni había de haberlo jamás, que desde el día de su nacimiento no estuviese expuesto a los reveses de la fortuna, tanto más grandes, cuanto más lo fuese su estado y condición; en suma, que siendo un hombre de carne y hueso el que venía a acometerles, no podía menos

---

<sup>87</sup> Pausanias hace subir a 6.000 el número de los Locros que tomaban el nombre de la ciudad de Opus, situada en el golfo

de tener algún tropiezo en que, humillado, conociese que lo era. Así les hablaron, y con estas razones se resolvieron aquellos a enviar sus socorros a Traquina.

CCIV. Tenían dichas tropas, a más del comandante respectivo de cada una de las ciudades, por general de todo, aquel cuerpo, a quien todos sobremanera respetaban, al Lacedemonio Leonidas, hijo de Anaxandrides y descendiente de varón en varón de los principales personajes siguientes: Leon, Euricratides, Anaxandro, Euricrates, Polidoro, Alcámenes, Teleclo, Arquelao, Egesilao, Doriso, Leobotas, Equestrato, Agis, Euristenes, Aristodemo, Aristomaco, Clodeo, Hilo y Hércules. Había el citado general Leonidas sido hecho rey en Esparta del siguiente modo, fuera de lo que se esperaba:

CCV. Como tuviese dos hermanos mayores, el uno Cleomenes y el otro Dorieo, bien lejos estaba de pensar que pudiese recaer el cetro en sus manos. Pero habiendo muerto Cleomenes sin hijo varón y no sobreviviéndole ya Dorieo, que había acabado sus días en Sicilia, vino la corona por estos accidentes a sentarse rodando en las sienes de Leonidas,

---

de Negroponto. La Fósida, pequeña región de la Grecia, venía a caer en medio de la que hoy llaman Levadia.

siendo mayor que su hermano Cleombroto, el menor de los hijos de Anaxandrides, y estando mayormente casado con una hija que había dejado el rey Cleomenes. Entonces, pues, se fue a Termópilas el rey Leonidas, habiendo escogido en Esparta 300 hombres de edad varonil y militar que ya tenían hijos. Con ellos había juntado el número de Tebanos que llevo dicho, a cuyo frente iba por comandante nacional Leonciades, hijo de Eurimaco<sup>88</sup>. El motivo que había determinado a Leonidas a que procurase llevar consigo a los Tebanos con tanta particularidad, fue la mala fama que de ellos, como de partidarios del Medo corría muy válida. Bajo este supuesto les convidó a la guerra, para ver si concurrían a ella con los demás, o si manifiestamente se apartaban de la alianza de los otros Griegos. Enviaron los Tebanos sus soldados, si bien seguían aquel partido con ánimo discordante.

---

<sup>88</sup> Plutarco, como natural de Tebas, llevado de resentimiento contra Herodoto por la amargura con que trata éste a sus compatriotas, le desmiente acerca de la presencia en las Termópilas del Tebano Leonciades, a quien nuestro autor conocía bien, según el par. XXXIII de este libro. Son frecuentes los pasajes de esta historia que concitan la crítica y la indignación del gran Plutarco.

CCVI. Enviaron delante los Espartanos esta tropa capitaneada por Leonidas con la mira de que los otros aliados quisiesen con aquel ejemplo salir a campaña y de impedir que se entregasen al Medo, oyendo decir que dilataban en tardanzas aquella empresa. Por su parte estaban ya resueltos a salir con todas sus fuerzas, dejando en Esparta la guarnición necesaria, luego de celebradas las *Carnias*, que eran unas fiestas ánuas que les obligaban a la detención. Lo mismo que ellos pensaban hacer los otros Griegos sus aliados por razón de concurrir en aquella misma sazón de tiempo a los juegos olímpicos<sup>89</sup>, y con esto, pareciéndoles que no se vendría tan presto a las manos en Termópilas, enviaron allá adelantadas sus tropas como precursores suyos.

CCVII. Esto era lo que pensaban hacer aquellos Griegos; pero los que estaban ya en Termópilas, cuando supieron que se hallaba el Persa cerca de la entrada, deliberan llenos de pavor si sería bien dejar el puesto. Los otros Peloponesios, en efecto, eran de parecer que convenía volverse al Peloponeso y guardar el Istmo con sus fuerzas; pero Leonidas, viendo a los Locros y Focenses irritados contra aquel modo de pensar, votaba que era preciso

---

<sup>89</sup> Calebrábase la Olimpiada 75 en medio del verano.

mantener el mismo puesto, enviando al mismo tiempo mensajeros a las ciudades, que las exhortasen al socorro, por no ser ellos bastantes para rebatir el ejército de los Medos.

CCVIII. Entretanto que esto deliberaban, envió allá Jerges un espía de a caballo, para que viese cuántos eran los Griegos y lo que allí hacían, pues había ya oído decir, estando aún en Tesalia, que se había juntado en aquel sitio un pequeño cuerpo de tropas, cuyos jefes eran los Lacedemonios, teniendo al frente a Leonidas, príncipe de la familia de los Heraclidas. Después que estuvo el jinete cerca del campo, si bien no pudo observar todo el campamento, no siéndole posible alcanzar con los ojos a los acampaban detrás de la muralla, que reedificada guardaban con su guarnición, pudo muy bien observar con todo los que estaban delante de ella en la parte exterior, cuyas armas yacían allí tendidas por orden. Quiso la fortuna que fuesen los Lacedemonios a quienes tocase entonces por turno estar allí apostados. Vio, pues, que unos se entretenían en los ejercicios gimnásticos y que otros se ocupaban en peinar y componer el pelo: mirando aquello el espía, quedó maravillado haciéndose cargo de cuántos eran: certificóse bien de todo y dio la vuelta con

mucha paz y quietud, no habiendo nadie que le siguiese, ni que hiciese caso ninguno de él. A su vuelta dio cuenta a Jerges de cuanto había observado.

CCIX. Al oír Jerges aquella relación, no podía dar en lo que era realmente la cosa, sino prepararse los Lacedemonios a vender la vida lo más caro que pudiesen al enemigo. Y como tuviese lo que hacían por sandez y singularidad, envió a llamar a Demarato, el hijo de Ariston, que se hallaba en el campo; y cuando lo tuvo en su presencia, le fue preguntando cada cosa en particular, deseando Jerges entender qué venía a ser lo que hacían los Lacedemonios. Díjole Demarato: «Señor, acerca de estos hombres os informé antes la verdad cuando partimos contra la Grecia. Vos hicisteis burla de mí al oírme decir lo que yo preveía había de suceder. No tengo mayor empeño que hablar verdad tratando con vos: oidla ahora también de mi boca: Sabéis que han venido esos hombres a disputarnos la entrada con las armas en la mano, y que a esto se disponen; pues este es uso suyo, y así lo practican, peinarse muy bien y engalanarse, cuando están para ponerse a peligro de perecer. Tened por seguro que si vencéis a estas tropas y a las que han quedado en Esparta, no habrá,

señor, ninguna otra nación que se atreva a levantar las manos contra vos; pero reparad bien ahora que vais contra la capital misma, contra la ciudad más brava de toda la Grecia, contra los más esforzados campeones de todos los Griegos.» Tal respuesta pareció a Jerges del todo inverosímil, y preguntóle segunda vez que le dijese cómo era posible que siendo ellos un puñado de gente y nada más, se hubiesen de atrever a pelear con su ejército; a lo cual respondió Demarato: -«Convengo, señor, en que me tengáis por embustero, si no sucede todo puntualmente como os lo digo.»

CCX. No por esto logró que le diese crédito Jerges, quien se estuvo quieto cuatro días esperando que los Griegos se entregasen por instantes a la fuga. Llegado el quinto, como ellos no se retirasen de su puesto, parecióle a Jerges que nacía aquella pertinacia de mera desfachatez y falta de juicio, y lleno de cólera envió contra ellos a los Medos y Cisios, con la orden formal de que prendiesen a aquellos locos y se los presentasen vivos. Acometen con ímpetu gallardo los Medos a los Griegos, caen muchos en la embestida, vánles otros sucediendo de refresco, y por más que se ven violentamente repelidos, no vuelven pie atrás. Lo que sin duda logran con

aquello es hacer a todos patente, y mayormente al mismo rey, que tenía allí muchos hombres, pero pocos varones esforzados. La refriega empezada duró todo aquel día.

CCXI. Como los Medos se retirasen del choque, después de muy mal parados en él, y fuesen a relevarles los Persas entrando en la acción, hizo venir el rey a los Inmortales, cuyo general era Hidarnes, muy confiado en que éstos se llevarían de calle a los Griegos sin dificultad alguna. Entran, pues, los Inmortales a medir sus fuerzas con los Griegos, y no con mejor fortuna que la tropa de los Medos, antes con la misma pérdida que ellos, porque se veían precisados a pelear en un paso angosto, y con unas lanzas más cortas que las que usaban los Griegos, no sirviéndoles de nada su misma muchedumbre. Hacían allí los Lacedemonios prodigios de valor, mostrándose en todo guerreros peritos y veteranos en medio de unos enemigos mal disciplinados y bisoños, y muy particularmente cuando al volver las espaldas lo hacían bien formados y con mucha ligereza. Al verlos huir los bárbaros en sus retiradas, daban tras ellos con mucho alboroto y gritería; pero al irles ya a los alcances, volvíanse los Griegos de repente y haciéndoles frente bien ordenados, es in-

creíble cuánto enemigo Persa derribaban, si bien en aquellos encuentros no dejaban de caer algunos pocos Espartanos. Viendo los Persas que no podían apoderarse de aquel paso, por más que lo intentaron con sus brigadas divididas, y con sus fuerzas juntas, desistieron al cabo de la empresa.

CCXII. Dícese que el rey, que estuvo mirando todas aquellas embestidas del combate, por tres veces distintas saltó del trono con mucha precipitación receloso de perder allí su ejército. Tal fue por entonces el tenor de la contienda: el día después nada mejor les salió a los bárbaros el combate, al cual volvieron muy confiados de que, siendo tan pocos los enemigos, estarían tan llenos de heridas que ni fuerza tendrían para tomar las armas ni levantar los brazos. Pero los Griegos, ordenados en diferentes cuerpos y repartidos por naciones, iban entrando por orden en la refriega, faltando sólo los Focenses, que habían sido destacados en la montaña para guardar una senda que allí había. Así que, viendo los Persas que tan mal les iba el segundo día como les había ido el primero, se fueron otra vez retirando.

CCXIII. Hallábase el rey confuso no sabiendo qué resolución tomar en aquel negocio, cuando

Epialtes, hijo de Euridemo, de patria Meliense, pidió audiencia para el rey, esperando salir de ella muy bien premiado y favorecido. Declaróle, en efecto, haber en los montes cierta senda<sup>90</sup> que iba hasta Termópilas, y con esta delación abrió camino a la ruina de los Griegos que estaban allí apostados. Este traidor, temiendo después la venganza de los Lacedemonios, huyóse a Tesalia, y en aquella ausencia fue proscrito por los Pilágoras, habiéndose juntado en Pilea el congreso general de los Amficiones, y puesta a precio de dinero su cabeza. Pasado tiempo, habiéndose restituido a Anticira, murió a manos de Atenades, natural de Traquina; y si bien es verdad que Atenades le quitó la vida por cierto motivo, como yo en otro lugar explicaré<sup>91</sup>, con todo, no se lo premiaron menos los Lacedemonios: Epialtes, en suma, pereció después.

CCXIV. Cuéntase también la cosa de otro modo: dícese que los que dieron aviso al rey y condujeron

---

<sup>90</sup> De ella se aprovechó después Alejandro Magno, y Brenno con sus Galos forzando del mismo modo aquel Paso, defendido también entonces por los Focenses. De aquellas emi-nencias desalojó asimismo Caton el Mayor a los Etolos, que las ocupaban por orden de Antíoco.

<sup>91</sup> No se halla dicha narración en lo que nos resta de los nueve libros de Herodoto.

a los Persas por el rodeo de los montes, fueron Onetes, hijo de Fanágoras ciudadano Ristio, y Coridalo, natural de Anticira<sup>92</sup>. Pero de ningún modo doy crédito a esta fábula, por dos razones: la una, porque debemos atenernos al juicio de los Pilágoras, quienes, bien informados sin duda del hecho como diputados públicos de los Griegos, no ofrecieron premio con su bando de proscripción por la cabeza de Onetes ni por la de Coridalo, sino solamente por la de Epialtes el Traquinio; la otra, porque sabemos que Epialtes se ausentó por causa de este delito pudo muy bien Onetes, por más que no fuese Meliense, tener noticia de aquella senda excusada, si por mucho tiempo había vivido en el país, no lo niego: solo afirmo que Epialtes fue el guía que les llevó por aquel rodeo del monte, y en el descubrimiento de la senda le cargo toda la culpa.

CCXV. Alegre Jerges sobremanera, luego que tuvo por bien seguir el aviso y proyecto que Epialtes le proponía, despachó al punto para que lo pudiese por obra a Hidarnes con el cuerpo de tropas que mandaba. Salió del campo Hidarnes entre dos

---

<sup>92</sup> Etesias da por traidores a Colíades y Timafernes, naturales de Traquina, no menos fabuloso e inseguro en esta noticia que en todo lo demás que escribió.

luces antes de cerrar la noche. Por lo que mira a dicha senda, los naturales de Mélida habían sido los primeros que la hallaron, y hallada, guiaron por ella a los primeros Tesalos contra los Focenses, en el tiempo que éstos, cabalmente por haber cerrado la entrada con aquel muro, se miraban ya puestos a cubierto de aquella guerra. Y desde que fue descubierta, habiendo pasado largo tiempo, nunca había ocurrido a los Melienses hacer uso ninguno de aquella senda.

CCXVI. La dirección de ella comienza desde el río Asopo, que pasa por la quebrada de un monte, el cual lleva el mismo nombre que la senda, el de Anopea. Va siguiendo, la Anopea por la espalda a la montaña y termina cerca de Alpeno, que es la primera de las ciudades de Lócride, por el lado de los Melienses, cerca de la piedra que llaman del Melám-pigo, y cerca asimismo de los asientos de los Cercopes, donde se halla el paso más estrecho.

CCXVII. Habiendo, pues, los Persas pasado el Asopo, iban marchando por la mencionada senda tal cual la describimos, teniendo a la derecha los montes de los Eteos, y a la siniestra los de los Traquinios. Al rayar del alba se hallaron en la cumbre del monte, lugar en que estaba apostado un desta-

camento de mil infantes Focenses, como tengo antes declarado, con el objeto de defender su tierra y de impedir el paso de la senda, pues la entrada por la parte inferior estaba confiada a la custodia de los que llevo dicho; pero la senda del monte la guardaban los Focenses, que de su voluntad se habían ofrecido a Leonidas para su defensa.

CCXVIII. Al tiempo de subir los Persas a la cima del monte no fueron vistos, por estar todo cubierto de encinas, pero no por eso dejaron de ser sentidos de los Focenses por el medio siguiente. Era serena la noche y mucho el estrépito que por necesidad hacían los Persas, pisando tanta hojarasca como allí estaba tendida. Con este indicio vándose corriendo los Focenses a tomar las armas, y no bien acaban de acomodárselas, cuando se presentan ya los bárbaros a sus ojos. Al ver estos allí tanta gente armada, quedan suspensos de pasmo y admiración, como hombres que, sin el menor recelo de dar con ningún enemigo, se encuentran con un ejército formado, temiendo mucho Hidarnes no fuesen los Focenses un cuerpo de Lacedemonios, preguntó a Epialtes de qué nación era aquella tropa, y averiguada bien la cosa, formó sus Persas en orden de batalla. Los Focenses, viéndose herir con una espesa lluvia de sae-

tas, retiráronse huyendo al picacho más alto del monte, creídos de que el enemigo venía solo contra ellos sin otro destino, y con este pensamiento se disponían a morir peleando. Pero los Persas conducidos por Epialtes, a las órdenes de Hidarnes, sin cuidarse más de los Focenses, fueron bajando del monte con suma presteza.

CCXIX. El primer aviso que tuvieron los Griegos que se hallaban en Termópilas, fue el que les dio el adivino Megistias, quien, observando las víctimas sacrificadas, les dijo que al asomar la aurora les esperaba la muerte. Llegáronles después unos desertores<sup>93</sup>, que les dieron cuenta del giro que hacían los Persas, aviso que tuvieron aun durante la noche. En tercer lugar, cuando iba ya apuntando el día, corrieron hacia ellos con la misma nueva sus centinelas diurnas, bajando de las atalayas. Entrando entonces los Griegos en consejo sobre el caso, dividiéronse en varios pareceres: los unos juzgaban no convenía dejar el puesto, y los otros porfiaban en que se dejase; de donde resultó que, discordes entre sí, retiráronse, los unos y separados se volvieron a

---

<sup>93</sup> Diodoro nombra un solo desertor, llamado Tirastiadas, de patria Cumana.

sus respectivas ciudades, y los otros se dispusieron para quedarse a pié firme en compañía de Leonidas.

CCXX. Corre, no obstante, por muy válido, que quien les hizo marchar de allí fue Leonidas mismo, deseoso de impedir la pérdida común de todos; añadiendo que ni él ni sus Espartanos allí presentes podían sin faltar a su honor dejar el puesto para cuya defensa y guarda habían una vez venido. Esta es la opinión a que mucho más me inclino, que como viese Leonidas que no se quedaban los aliados de muy buena gana, ni querían en compañía suya acometer aquel peligro, él mismo les aconsejaría que partiesen de allí, diciendo que su honor no le permitía la retirada, y haciendo la cuenta de que con quedarse en su puesto moriría cubierto de una gloria inmortal, y que nunca se borraría la feliz memoria y dicha de Esparta; y así lo pienso por lo que voy a notar. Consultando los Espartanos el oráculo sobre aquella guerra en el momento que la vieron

emprendida por el Persa, respondióles la Pythia, que una de dos cosas debía suceder: o que fuese la Lacedemonia arruinada por los bárbaros, o que pereciese el rey de los Lacedemonios; cuyo oráculo les fue dado en versos exámetros con el sentido siguiente: -«Sabed, vosotros, colonos de la opulenta

Esparta, que o bien la patria ciudad grande, colmada de gloria, será presa de manos persas, o bien si dejare de serlo verá no sin llanto la muerte de su rey el país lacedemonio. Íncrita prole de Hércules, no sufrirá este rey de toros ni de leones el ímpetu duro, sino ímpetu todo del mismo Jove: ni creo que alce Júpiter la mano fatal, hasta que lleve a su término una de dos ruinas.» Contando Leonidas, repito, con este oráculo, y queriendo que recayese la gloria toda sobre los Espartanos únicamente, creo más bien que licenciaria a los aliados, que no que le desamparasen tan feamente por ser de contrario parecer los que de él se separaron.

CCXXI. No es para mí la menor prueba de lo dicho la que voy a referir. Es cierto y probado que Leonidas no solo despidió a los otros, sino también al adivino Megistias, que en aquella jornada le seguía, siendo natural da Acarnania y uno de los descendientes de Melampo, a lo que se decía, quien por las señales de las víctimas les predijo lo que les había de acontecer; y le despidió para que no pereciese en su compañía. Verdad es que el adivino despedido no quiso desampararle, y se contentó con despedir a un hijo suyo, único que tenía, el cual militaba en aquella jornada.

CCXXII. Despedidos, pues, los aliados obedientes a Leonidas, fuéronse retirando, quedando sólo con los Lacedemonios, los Tespienses y Tébanos<sup>94</sup>. Contra su voluntad y a despecho suyo quedaban los Tébanos, por cuanto Leonidas quiso retenérselos como en rehenes; pero con muchísimo gusto los Tespienses, diciendo que nunca se irían de allí dejando a Leonidas y a los que con él estaban, sino que a pie firme morirían con ellos juntamente. El comandante particular de esta tropa era Domófilo, hijo de Diadromas.

CCXXIII. Entretanto, Jerges al salir el sol hizo sus libaciones, y dejando pasar algún tiempo a la hora que suele la plaza estar llena ya de gente, mandó avanzar, pues así se lo había avisado Epialtes, puesto que la bajada del monte era más breve y el trecho mucho más corto que no el rodeo y la subida. Íbanse acercando los bárbaros salidos del campo de Jerges, y los Griegos conducidos por Leonidas, como hombres que salían a encontrar con la muerte

---

<sup>94</sup> Este punto no está entre los antiguos bien aclarado. Dice Diodoro que solo se quedó Leonidas con los de Tespias: Pausanias sustituye a los Tébanos 80 hombres de Micenas: Plutarco acrimina al autor por suponer que Leonidas sólo tenía consigo 300 hombres, cuando cada Espartano solía traer consigo seis o siete de sus ilotas.

misma<sup>95</sup>, se adelantaron mucho más de lo que antes hacían, hasta el sitio más dilatado de aquel estrecho, no teniendo ya como antes guardadas las espaldas con la fortificación de la muralla. Entonces, pues, viniendo a las manos con el enemigo fuera de aquellas angosturas los que peleaban en los días anteriores contenidos dentro de ellas, era mayor la riza y caían en más crecido número los bárbaros. A esto contribuía no poco el que los oficiales de aquellas compañías, puestos a las espaldas de la tropa con el látigo en la mano, obligaban a golpes a que avanzase cada soldado, naciendo de aquí que muchos caídos en la mar se ahogasen, y que muchos más, estrujados y hollados los unos a los pies de los otros, quedasen allí tendidos, sin curarse en nada del infeliz que perecía. Y los Griegos, como los que sabían haber de morir a manos de las tropas que bajaban por aquel rodeo de los montes, hacían el último esfuerzo de su brazo contra los bárbaros, despreciando la vida y peleando desesperados.

---

<sup>95</sup> Son célebres las palabras que de Leonidas a los suyos: «Comed como quien ha de cenar con Plutón.» No es creíble, empero, que embistiera de noche el campo de Jerges con ánimo de matar al rey, por más que Diodoro, Justino y Plutarco lo escriban.

CCXXIV. En el calor del choque, rotas las lanzas de la mayor parte de los combatientes Espartanos, iban con la espada desnuda haciendo carnicería en los Persas. En esta refriega cae Leonidas peleando como varón esforzado, y con él juntamente muchos otros famosos Espartanos, y muchos que no eran tan celebrados, de cuyos nombres como de valientes campeones procuré informarme, y asimismo del nombre particular de todos los trescientos<sup>96</sup>. Mueren allí también muchos Persas distinguidos e insignes, y entre ellos dos hijos de Darío, el uno Abrocomas y el otro Hiperantes, a quienes tuvo en su esposa Fragatuna, hija de Artanes, el cual, siendo hermano del rey Darío, hijo de Histaspes y nieto de Arsames, cuando dio aquella esposa a Darío, le dio con ella, pues era hija única y heredera, su casa y hacienda.

CCXXV. Allí murieron peleando estos dos hermanos de Jerges. Pero muerto ya Leonidas, encendióse cerca de su cadáver la mayor pelea entre Persas y Lacedemonios, sobre quiénes le llevarían, el cual duró hasta que los Griegos, haciendo retirar por cuatro veces a los enemigos, le sacaron de allí a

---

<sup>96</sup> Pausanias nos manifiesta que el nombre de los 300 campeones; estaba notado en una columna levantada en Esparta.

viva fuerza. Perseveró el furor de la acción hasta el punto que se acercaron los que venían con Epialtes, pues apenas oyeron los Griegos que ya llegaban, desde luego se hizo muy otro el combate. Volviéndose atrás al paso estrecho del camino y pasada otra vez la muralla, llegaron a un cerro, y juntos allí todos menos los Tébanos, sentáronse apiñados. Está dicho cerro en aquella entrada donde se ve al presente un león de piedra sobre el túmulo de Leonidas. Peleando allí con la espada los que todavía la conservaban, y todos con las manos y a bocados defendiéndose de los enemigos, fueron cubiertos de tiros y sepultados bajo los dardos de los bárbaros, de quienes unos les acometían de frente echando por tierra el parapeto de la muralla, y otros, dando la vuelta, cerrábanles en derredor.

CCXXVI. Y siendo así que todos aquellos Lacedemonios y Tespienses se portaron como héroes, es fama con todo que el más bravo fue el Espartano Dieneces, de quien cuentan que como oyese decir a uno de los Traquinios, antes de venir a las manos con los Medos, que al disparar los bárbaros sus arcos cubrirían el sol con una espesa nube de saetas, tanta era su muchedumbre, dióle por respuesta un chiste gracioso sin turbarse por ello; antes haciendo

burla de la turba de los Medos, díjole: -que no podía el amigo Traquinio darle mejor nueva, pues cubriendo los Medos el sol se podría pelear con ellos a la sombra sin que les molestase el calor. Este dicho agudo, y otros como éste, dicese que dejó a la posteridad en memoria suya el Lacedemonio Dieneces.

CCXXVII. Después de éste señaláronse mucho en valor dos hermanos Lacedemonios, Alfeo y Maron, hijos de Orisanto. Entre los Tespienses el que más se distinguió aquel día fue cierto Detirambo, que así se llamaba, hijo de Amártidas.

CCXXVIII. En honor de estos héroes enterrados allí mismo donde cayeron, no menos que de los otros que murieran antes que partiesen de allí los despachados por Leonidas, pusieronse estas inscripciones: *«Contra tres millones pelearon sólo aquí, en este sitio, cuatro mil Peloponesios.»* Cuyo epígrama se puso a todos los combatientes en común, pero a los Espartanos se dedicó éste en particular: *«Habla a los Lacedemonios, amigo, y diles que yacemos aquí obedientes a sus mandatos.»* Este a los Lacedemonios al adivino se puso el siguiente: *«He aquí el túmulo de Megistias, a quien dio esclarecida muerte al pasar el Sperquio el alfanje medo: es túmulo de un adivino que supo su hado cercano sin saber dejar las banderas del jefe.»* Los que honraron a los

muertos con dichas inscripciones y con sus lápidas, excepto la del agorero Megistias, fueron los Amfictions, pues la del buen Megistias quien la mandó grabar fue su huésped y amigo Simónides, hijo de Leoprepes.

CCXXIX. Entre los 300 Espartanos de que hablo, dicese que hubo dos, Eurito y Aristodemo, quienes pudiendo entrambos de común acuerdo o volverse salvos a Esparta, puesto que con licencia de Leonidas se hallaban ausentes del campo, y por enfermos gravemente de los ojos estaban en cama en Alpenos, o si no querían volverse a ella, ir juntos a morir con sus compañeros, teniendo con todo en su mano elegir uno u otro partido de estos, dicese que no pudieron convenir en una misma resolución. Corre la fama de que, encontrados en su modo de pensar, llegando a noticia de Eurito la sorpresa de los Persas por aquel rodeo, mandó que le trajesen sus armas, y vestido, ordenó al ilota su criado que le condujese al campo de los que peleaban, y que el ilota después de conducirle allí se escapó huyendo; pero que Eurito, metido en lo recio del combate, murió peleando: el otro, empero, Aristodemo, se quedó de puro cobarde. Opino acerca de esto, a decir lo que me parece, que si sólo Aristodemo hu-

biera podido por enfermo restituirse salvo a Esparta, o que si enfermos entrambos hubieran dado la vuelta, no habrían mostrado los Espartanos contra ellos el menor disgusto. Pero entonces, pereciendo el uno y no queriendo el otro morir con él en un lance igual, no pudieron menos los Espartanos de irritarse contra dicho Aristodemo.

CCXXX. Algunos hay que así lo cuentan, y que por este medio Aristodemo se restituyó salvo a Esparta; pero otros dicen que, destinado desde el campo a Esparta por mensajero, estando aun a tiempo de intervenir en el combate que se dio, no quiso concurrir a él, sino que esperando en el camino la resulta de la acción, logró salvarse; pero que su compañero de viaje, retrocediendo para hallarse en la batalla, quedó allí muerto.

CCXXXI. Vuelto Aristodemo a Lacedemonia, incurrió para con todos en una común nota de infamia, siendo tratado como maldito<sup>97</sup>, de modo que ninguno de los Espartanos le daba luz ni fuego, ni le hablaba palabra, y era generalmente apodado llamándole Aristodemo el desertor. Pero él supo pe-

---

<sup>97</sup> A estos Atimos o *infames* se negaba en Grecia toda conmiseración, como a excomulgados vitandos.

lear de modo en la batalla de Platea, que borrarse del todo la pasada ignominia.

CCXXXII. Cuéntase asimismo que otro de los 300, cuyo nombre era Pantites, que había sido enviado por nuncio a la Tesalia, quedó vivo; pero como de vuelta a Esparta se viese públicamente notar por infame, él mismo de pena se ahorcó.

CCXXXIII. Los Tébanos a quienes mandaba Leontiades, todo el tiempo que estuvieron en el cuerpo de los Griegos peleaban contra las tropas del rey obligados de la necesidad; pero cuando vieron que se declaraba la victoria por los Persas, separándose de los Griegos que con Leonidas se retiraban aprisa hacia el collado, empezaron a tender las manos y acercarse más a los bárbaros, diciendo que ellos seguían el partido de los Medos (y nunca más que entonces dijeron la pura verdad), que habían sido los primeros en entregar todas sus vidas y haciendas, la *tierra* y el *agua* al arbitrio del rey, que precisados de la violencia habían venido a Termópilas, ni tenían culpa en el daño y destrozo que había sufrido el soberano. Por estas razones que en su favor alegaban y de que tenían allí por testigos a los Tesalos, dióseles cuartel, aunque no por eso lograron muy buen éxito, porque los bárbaros mataron a al-

gunos al tiempo que los prendían conforme llegaban, y a los más, empezando por su general Leontiades, se les marcó por orden de Jerges con las armas o sello real como viles esclavos. Hijo fue del dicho Leontiades aquel Eurimaco a quien algún tiempo después, siendo caudillo de 400 soldados Tébanos, mataron los Plateenses, de cuya plaza se habían apoderado.

CCXXXIV. Así se portaron los Griegos en aquel hecho de armas de Termópilas. Jerges, haciendo llamar a Demarato, empezó a informarse de él en esta forma: -«Digote, Demarato, que eres muy hombre de bien, verdad que deduzco de la experiencia misma, viendo que cuanto me has dicho se ha cumplido todo puntualmente. Dime, pues, ahora: ¿cuántos serán los Lacedemonios restantes y cuántos de los restantes serán tan bravos soldados como éstos? ¿o todos serán lo mismo?» Respondió a esto Demarato: -«Grande es, señor, el número de los Lacedemonios<sup>98</sup>, y muchas son sus ciudades. Voy a decirte puntualmente lo que de mí queréis saber.

---

<sup>98</sup> Lacedemonios eran todos los vasallos de Esparta; pero Espartanos solamente los vecinos de la capital, dándose a veces no más el nombre de Lacedemonios a los Periecos, esto es, a los de las ciudades sujetas a Esparta, para distinguirlos de los genuinos Espartanos.

Hay en Lacedemonia la ciudad de Esparta, que vendrá a tener cosa de 8.000 hombres, y todos ellos guerreros tan valientes, como los que acaban de pelear aquí. Los demás Lacedemonios, si bien son todos gente de valor, no tienen empero que ver con ellos.» A esto replicó Jerges: «Ahora, pues, Demarato, quiero saber de tí por qué medio con menos fatiga lograremos sujetar a esos varones. Dímelo tú que, como rey que fuiste, debes de tener su carácter bien conocido.»

CCXXXV. «Señor, respondió Demarato: miro como un deber en todo rigor de justicia el descubrir el medio más oportuno, ya que me honráis con vuestra consulta: este medio sería el que sacaseis vos de la armada 300 naves y las enviaseis contra las costas de Lacedemonia. hay cerca de ellas una isla que se llama Citera<sup>99</sup>, de la cual solía decir Quilon, el hombre más político y sabio que allí se vio jamás, que mejor sería a los Espartanos que el mar se la tragase, que no el que sobresaliese del agua, receloso siempre aquel varón de que por allí había de venirnos algún caso semejante al que ahora os propongo; no porque él ya previese entonces la venida de vuestra armada, sino por el recelo que de una arma-

---

<sup>99</sup> Es la moderna Cerigo.

da, cualquiera que fuese, recibía. Digo, en una palabra, que apoderados los vuestros de aquella isla, amaguen desde ella contra los Lacedemonios y les infundan miedo. Viéndose ellos de cerca amenazados con una guerra en casa, no haya temor que intenten esfuerzo alguno para salir al socorro de lo restante de la Grecia. Domado ya con esto lo demás de la región, quedará únicamente el Estado de la Laconia, flaco ya por sí solo para la resistencia. Pero si vos no lo hacéis así, ved aquí lo que sucederá: hay en el Peloponeso un istmo estrecho, en cuyo puerto, coligados y conjurados contra vos todos los Peloponesios, bien podéis suponer que pelearán con más esfuerzo y valor que no hasta aquí han peleado. Al revés si seguís mi consejo; sin disparar un tiro de ballesta, el istmo y todas las plazas por sí mismas se entregarán.»

CCXXXVI. Hallábase presente a este discurso Aquemenes, hermano que era de Jerges, y general de las tropas de mar, quien, temeroso de que se dejase llevar el rey de tal consejo, le habló en estos términos: -«Veo, señor, que dais oído, y no sé si crédito también, a las palabras y razones de ese hombre, que mira de mal ojo vuestras ventajas o que os urde aun algún tropiezo; pues tales son las

artes que practican con más gusto los Griegos: envidiar la dicha ajena, y aborrecer a los que pueden más. Pues si en el estado en que se halla nuestra armada con la desgracia de haber naufragado 400 naves, sacáis de ella otras 300 para que vayan a recorrer las costas del Peloponeso, sin duda los enemigos se hallarán por mar con fuerzas iguales a las nuestras. Unida, al contrario, la armada entera, a más de que no da lugar a ser fácilmente acometida, es tan superior, que la enemiga, de todo punto no es capaz de pelear con ella. A más de que junta así la armada escoltará al ejército, y el ejército a la armada, marchando al tiempo mismo; al paso que si hacéis esta separación de escuadras, ni vos podréis ayudarlas ni ellas a vos. Lo mejor es que deis buen orden en vuestras cosas, sin entrar en la mira de penetrar los intentos del enemigo, no cuidando del sitio donde os esperarán armados, de lo que harán, del número de tropas que puedan juntar. Allá se avengan ellos con sus negocios, que harto en malhora sabrán cuidarse de ellos; nosotros por nuestra parte cuidemos de los propios. Y si nos salen al encuentro los Lacedemonios y cierran con el Persa, mala se la pronostico; no saldrán sino con la cabeza rota.»

CCXXXVII. «Bien me parece que hablas, Aquemenes, replicó luego Jerges, y como tú lo dices lo haré. No deja Demarato de hablar de buena fe, diciendo lo que cree que más nos conviene, sólo que no sabe pensar tan bien como tú; pues esotro de sospechar mal de su amistad y de que no favorezca mis cosas, no lo haré yo, movido así de lo que él mismo me previno, como de lo que entraña en sí el asunto. Verdades que un ciudadano envidia por lo común a otro su vecino, a quien ve ir prósperos sus negocios, y que con no decirle verdad se le muestra enemigo. Entra esta clase de gente vengo en concederte que un vecino consultado fuese un prodigio de rectitud, y esos prodigios son a fe bien raros. Pero no cabe lo mismo entre huéspedes, ni hay quien quiera más bien a otro que un extraño a su huésped, a quien ve en buen estado, del cual si consultado fuere, le responderá siempre lo que tenga por mejor. Lo que mando y ordeno, en suma, es que nadie en adelante hable mal de mi buen amigo y huésped Demarato.»

CCXXXVIII. Después de haber pasado este discurso, fuese Jerges a pasar por el campo entre los muertos, y allí dio orden que cortada la cabeza de Leonidas, de quien sabía ser rey y general de los La-

cedemonios, fuera levantada sobre un palo. Y entre otras pruebas, no fue para mí la menor esta que dio el rey Jerges de que a nadie del mundo había aborrecido tanto como a Leonidas vivo, pues de otra manera no se hubiera mostrado tan cruel e inhumano contra su cadáver, puesto que no sé que haya en todo el mundo gente ninguna que haga tanto aprecio de los soldados de mérito y valor, como los Persas. En efecto, los encargados de aquella orden la ejecutaron puntualmente.

CCXXXIX. Volveré ahora a tomar el hilo de la historia que dejé algo atrás. Los Lacedemonios fueron los primeros que tuvieron aviso de que el rey disponía una expedición contra la Grecia, lo que les movió a enviar su consulta al oráculo de Delfos, de donde les vino la respuesta poco antes mencionada. Bien creído tengo, y me parece que no sin mucha razón, no sería muy amigo ni apasionado de los Lacedemonios Demarato, hijo de Ariston, que fugitivo de los suyos se había refugiado entre los Medos, aunque de lo que él hizo, según voy a decir, podrán todos conjeturar si obraba por el bien que les quisiese o por el deseo que de insultarles tenía<sup>100</sup>. Lo

---

<sup>100</sup> Bien dudosa sería la conjetura si no nos hubiera mostrado el autor, por los acertados consejos dados al rey por Dema-

que en efecto hizo Demarato, presente en Susa, cuando resolvió Jerges la jornada contra la Grecia, fue procurar que llegase la cosa a noticia de los Lacedemonios; y por cuanto corría el peligro de ser interceptado el aviso, ni tenía otro medio para comunicárselo, valióse del siguiente artificio: Tomó un cuadernillo de dos hojas o tablillas; rayó bien la cera que las cubría, y en la madera misma grabó con letras la resolución del rey. Hecho esto, volvió a cubrir con cera regular las letras grabadas, para que el portador de un cuadernillo en blanco no fuera molestado de los guardas de los caminos. Llegado ya el correo a Lacedemonia, no podían dar en el misterio los mismos de la ciudad, hasta tanto que Gorgo, hija que era de Cleomenes y esposa de Leonidas, fue la que les sugirió, según oigo decir, que rayesen la cera, habiendo ella maliciado que hallarían escrita la carta en la misma madera. Creyéronla ellos, y hallada la carta y leída, enviáronla los demás Griegos.

---

rato contra los Espartanos, que éste, enemistado realmente con ellos, pretendía con sinceridad la sujeción y ruina de su patria.